EL MISTERIO
DEL ESPÍRITU SANTO

Descubra la obra del Espíritu Viviente del Dios Viviente

Traducción: Cristian J. Morán M.

Para Michael Jeffrey Dick

Publicado en ingles por: Tyndale House Publishers, Wheaton, Ill., (1990). Traduc
ción al español solo para uso de lectura para Miami International Seminary. Prohibid
a la publicación y venta de la traducción.

CONTENIDOS

PREFACIO

“El Espíritu Santo no deja huellas en la arena”. Estas palabras provienen de la obra clásica de Abraham Kuyper sobre el Espíritu Santo. Jesús sí dejó huellas en la arena. Él er Dios encarnado, Dios con una naturaleza humana. Cuando sus discípulos caminaron con Él, podían oír su voz, tocar sus manos y ver la arena moviéndose entre sus pies mientras Él pisaba las costas del Mar de Galilea.

Pero el Espíritu Santo es como el viento. Jesús dijo “El viento sopla donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va” (Juan 3:8). No podemos capturar el viento en una botella. Es escurridizo y misterioso, y sin embargo, es real. Vemos los efectos del viento árboles encorvándose y balanceándose en la brisa; banderas agitándose . Vemos la devastación producida por el huracán feroz. Vemos el océano violentarse a causa de un vendaval. Somos refrescados por los suaves céfiros de un día de verano. Sabemos que el viento está allí.

Lo mismo sucede con el Espíritu Santo. Es intangible e invisible. Sin embargo, su obra es más poderosa que el más feroz de los vientos. El Espíritu genera orden a partir del caos y belleza a partir de la fealdad. Puede transformar un hombre cubierto de ampollas de pecado en un modelo de virtud. El Espíritu cambia a las personas. El Autor de la vida es también el Transformador de la vida.

Puesto que el Espíritu es misterioso, somos vulnerables a las supersticiones y distorsiones de su Persona y su obra. Debemos aquí escuchar cuidadosamente a la Escritura mientras ésta nos revela el carácter de Dios el Espíritu Santo.

Este libro se trata de Él, quien es la Tercera Persona de la Santa Trinidad. El l
ibro ha sido escrito para
el laico serio y busca evitar tecnicismos teológicos indebidos. Algunas secciones
requerirán un pensamiento profundo. Algunas exploran lo abstracto porque es inevit
able si hemos de crecer en nuestra comprensión del Espíritu.

El libro ha sido escrito para quienes anhelan una vida espiritual más profunda, u
n resultado que no puede obtenerse sin el Espíritu, Aquel que santifica.

Orlando, Semana Santa de 1989

CAPÍTULO UNO ¿QUIÉN ES EL ESPÍRITU SANTO? El que no conoce a Dios el Espíritu Santo no p
uede conocer a Dios en absoluto. THOMAS ARNOLD LOS POETAS nos dicen que en la
primavera la fantasía de un joven se convierte en amor. En la primavera de 1958,
mi fantasía estaba encerrada en un conflicto mortal. Era un conflicto entre mi cal
idad de hombre mortal y la ley inmortal de Dios, una batalla que ningún hombre pue
de jamás ganar total o finalmente.

Yo estaba experimentando mi propio “High Noon”1 privado. Si recuerdo bien la letra
de la canción del clásico cinematográfico de Gary Cooper, ésta decía más o menos lo siguie
e: Oh, hallarse desgarrado entre el amor y el deber: suponiendo que pierdo mi
rubia belleza. Observa esa gran mano avanzar… acercándose al pleno mediodía…

1 “Pleno Mediodía”. El autor se refiere a la película de 1952 cuyo título en español fue “
Hora Señalada” o “Solo Ante el Peligro” (N. del T.).

Mi belleza no era rubia, pero todo lo demás se ajustaba a mis circunstancias. Yo
me hallaba desgarrado entre el amor y el deber, y el reloj se acercaba al mediodía
.

En 1952 me enamoré. En la primavera de 1957 le di a mi novia un anillo de diamant
es. Estábamos comprometidos para casarnos. La boda estaba programada para Junio de
1960.

Todos nuestros sueños y planes matrimoniales fueron sacudidos por una inesperada
onda de choque que nos golpeó durante el otoño de 1957. Fui repentina y violentament
e (en un sentido espiritual) convertido a Cristo. Apresuradamente le di a mi pro
metida mis alegres noticias. Difícilmente podía esperar para compartir mi nueva fe c

on ella teniendo la plena esperanza de que ella abrazaría inmediatamente al Señor co
nmigo.
Vertí la historia de mi conversión frente a ella. Yo estaba efervescente de entusia
smo espiritual. Había hallado la perla de gran precio y ahora estaba exaltando las
maravillas de su opulencia delante de ella.
Ella no se impresionó. Fue como tratar de describirle un caleidoscopio a un ciego
. Escuchó cortésmente pero mantuvo una remota indiferencia frente al asunto. Se refu
gió en la esperanza de que yo estaba experimentando una "fase", un coqueteo con alguna
clase de locura religiosa temporal.
"¿A qué te refieres con que has llegado a ser cristiano?" preguntó. "Siempre has sido cri
iano. Fuiste bautizado, confirmado, y todo lo demás".
Ella había sido confirmada en la misma iglesia en que yo lo había sido. Cantábamos ju
ntos en el coro. Asistíamos juntos a la fraternidad de jóvenes. Aprendimos juntos a
bailar en las reuniones sociales de la iglesia. Ahora yo estaba hablando de "nacer
de nuevo". Esta era una frase que ella nunca había oído. Era
la época pre-Jimmy Carter, pre-Chuck Colson, antes de que la frase nacido de nuevo
invadiera el léxico de la cultura popular. En 1958, la frase le comunicó a mi prome
tida una señal de fanatismo que representaba una clara y peligrosa amenaza para nu
estra relación.
A medida que los meses transcurrieron, lo que yo esperaba que acrecentara mi re
lación con mi prometida originó, en lugar de ello, una severa tensión. Pronto descubrí q
ue no muchas personas compartían mi entusiasmo en cuanto a nacer de nuevo. Mi madr
e sentía que yo la estaba rechazando a ella y sus valores. Mi hermana era hostil.
Mis amigos eran incrédulos. Mi pastor, y justamente tenía que ser él, se refería a mí como
un "maldito necio".
Yo estaba empezando a descubrir las tensiones generadas por las diferencias de o
pinión y comprensión en cuanto al cristianismo. Estaba empezando, también, a conocer l
os mandamientos, no sólo de Moisés sino de Cristo. La peor regla, aquella que irrita
ba mi alma, era la que se refería a estar "en yugo desigual". Se me había enseñado que a u
n creyente no se le permitía casarse con una no creyente.
Sin embargo, yo estaba enamorado de una no creyente. Estaba comprometido con una
no creyente. Me estaba desgarrando entre el amor y el deber.
Traté de negociar con Dios. Hice un voto ante Él. Prometí que si mi novia no llegaba a
ser cristiana al final de una visita que haría a mi universidad durante un fin de
semana, rompería con ella.
No le hablé a ella acerca de mi voto. A nadie le hablé de aquello. Fue un pacto priv
ado entre yo y el Todopoderoso.
Durante la mañana del día en que estaba prevista su llegada, me encerré en mi cuarto y
entré en una vigilia de oración intercesora. Hice que las súplicas de la viuda fastid
iosa de la parábola de Jesús parecieran moderadas
en comparación. Si hubiera estado presente un ángel contra el cual poder luchar, yo
hubiera abandonado la colchoneta de combate como un parapléjico. No sabía nada de un
a elección ni de decretos eternos. Si Dios no tenía el nombre de mi prometida en el
Libro de la Vida, Yo lo quería inscrito allí ese mismo día. Los violentos estaban toma
ndo el reino de Dios por la fuerza. O al menos yo estaba tratando de hacerlo.
Esa noche, ella asistió a una reunión de oración conmigo. Estaba reticente. Desconfiab
a. Se sentía frustrada por mi insistencia en que fuera conmigo a "esta cosa religios
a".
En medio de la reunión de oración, ella, como John Wesley en Aldersgate, sintió en su
corazón un "extraño calor". Como Agustín en el huerto y Martín Lutero en la torre, vio las
uertas del paraíso abiertas, y pasó entre ellas.
Después de la reunión, con un entusiasmo que excedía el mío, dijo exactamente lo siguien
te: "Ahora sé quién es el Espíritu Santo".
Este comentario no refleja el análisis de un teólogo especializado. Es la observación
de una recién convertida a la fe cristiana. Creo, sin embargo, que merece alguna e
xposición. Es una respuesta espontánea frente a una experiencia que cambia la vida,
y conlleva la visión de una reacción a primera vista, una respuesta virgen ante la f
e.
Tan simple como suena dicha declaración, conlleva algunas profundas visiones. Exam
inémosla, pues, de cerca.

La primera palabra es significativa. “Ahora”, dijo ella. Ahora se refiere al tiempo
presente. La inferencia clara es que el ahora se halla en agudo contraste con lo
que sucedía antes. El ahora llama la atención hacia algo nuevo que no estaba presen
te en el entonces.
Cuando mi prometida hizo esta declaración,
explicó que en el pasado ella había oído hablar del Espíritu Santo. El Espíritu Santo era
mencionado en la iglesia. La fórmula trinitaria “En el nombre del Padre, del Hijo, y
del Espíritu Santo” se oía frecuentemente en las bodas, en las palabras de los sacra
mentos del bautismo y la Cena del Señor, en las bendiciones y en las palabras fina
les de la oración pastoral.
Sin embargo, en su experiencia en la iglesia, las palabras Espíritu Santo estaban
referidas simplemente a una parte vaga y abstracta de la liturgia. El nombre, o
título, de la Tercera Persona de la Trinidad no tenía un significado concreto para e
lla.
La palabra sé indicaba un amanecer de reconocimiento. Repentinamente, surgió una con
ciencia que previamente había estado velada por la abstracción. “Ahora sé”, declaró.
Cuando Vesta (mi prometida) agregó “sé”, estaba confesando una nueva clase de conocimien
to. De nuevo, esta no era la primera vez en que ella había oído hablar del Espíritu Sa
nto. Ella estaba familiarizada con el lenguaje. Había rendido los exámenes del catec
ismo. Poseía alguna conciencia cognitiva del Espíritu Santo.
“Ahora sé” indica una nueva clase de conocimiento, un conocimiento que va más allá de lo c
ognitivo para llegar a un tipo de conocimiento personal y experimental.
Esta declaración trae a la mente la enseñanza apostólica relacionada con la conciencia
espiritual. Pablo les declara a los corintios:

“Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han entrado al corazón del hombre, son las cosas
que Dios ha preparado para los que le aman”. Pero Dios nos las reveló por medio del
Espíritu, porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios. Porque
entre los hombres, ¿quién conoce
los pensamientos de un hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Asimismo, n
adie conoce los pensamientos de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros hemos r
ecibido, no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que cono
zcamos lo que Dios nos ha dado gratuitamente, de lo cual también hablamos, no con
palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las enseñadas por el Espíritu, combina
ndo pensamientos espirituales con palabras espirituales. Pero el hombre natural
no acepta las cosas del Espíritu de Dios, porque para él son necedad; y no las puede
entender, porque se disciernen espiritualmente. (1 Corintios 2:9–14)

Este pasaje es tan crucial para nuestra comprensión del Espíritu Santo, que regresar
emos a él más tarde para una exposición más completa. Sin embargo, observamos ahora que
Pablo habla aquí de una clase de discernimiento espiritual que no es “natural” para n
osotros. Es decir, en nuestro estado humano caído carecemos de la capacidad para r
ecibir las cosas de Dios. En verdad, Pablo declara enfáticamente: “y no las puede en
tender”.
Es imposible que una persona no espiritual discierna cosas espirituales. No somo
s personas espirituales por naturaleza. Una persona no puede discernir cosas esp
irituales mientras no sea primero hecha vivir a las cosas espirituales por el Es
píritu de Dios. Lo que nos capacita para tener discernimiento espiritual es la obr
a de regeneración y renacimiento espiritual llevada a cabo por el Espíritu.
Cuando Vesta dijo “Ahora sé”, estaba conscientemente o inconscientemente dando testimoni
o de su nuevo estado espiritual, su conversión.
“Ahora sé quién es el Espíritu Santo”.
Es significativo que Vesta no haya dicho “Ahora sé qué es el Espíritu Santo”. Ella supo qu
ién era Él. Su conciencia inicial de Dios el Espíritu Santo en su vida fue una concien
cia de una presencia personal.
La Biblia no revela al Espíritu Santo como un “eso” (una fuerza, poder o cosa abstract
a) sino como un “Él”. El Espíritu Santo es una persona. La personalidad incluye intelige
ncia, voluntad, e individualidad. Una persona actúa con intencionalidad. Ninguna f
uerza abstracta puede jamás “tener la intención” de hacer algo. Las intenciones buenas o
malas están limitadas a los poderes de los seres personales.

LA BIBLIA USA PRONOMBRES PERSONALES PARA EL ESPÍRITU SANTO

Cuando hablamos de personas, usamos palabras tales como yo, tú, él y ella. Hay ocasi
ones, por supuesto, en que dichas palabras son usadas para referirse a cosas u o
bjetos impersonales. Empleamos términos que definen un género para cosas tales como
barcas, automóviles o la iglesia. Normalmente, esto se hace de maneras claramente
reconocibles. La personificación es, además, una herramienta útil para las expresiones
poéticas.
Sin embargo, cuando las Escrituras utilizan pronombres personales para el Espíritu
Santo, lo hacen en pasajes que no son poéticos sino narrativos y didáticos. En Hech
os 13:2, leemos:

Mientras ministraban al Señor y ayunaban, el Espíritu Santo dijo: Apartadme a Bernabé
y a Saulo para la obra a la que los he llamado.

Notamos aquí el uso de las palabras Apartadme y He atribuidas al Espíritu Santo. Not
amos, también, al
pasar, que en este texto el Espíritu Santo habla y da instrucciones inteligibles e
intencionales. Observamos un caso similar en Juan 15:26:

Cuando venga el Consolador, a quien yo enviaré del Padre, es decir, el Espíritu de v
erdad que procede del Padre, Él dará testimonio de mí.

Aquí Jesús se refiere al Espíritu como quien y como Él. Algunos eruditos pueden responde
r que en este texto la palabra griega para Consolador no corresponde al género mas
culino y que, de acuerdo a las reglas de la gramática, el pronombre debe concordar
en género con el sustantivo. Sin embargo, hay una oración interpuesta ("el Espíritu de
verdad que…") que usa el género neutro para Espíritu. Ésta es seguida inmediatamente por l
a palabra Él. Si el escritor pretendía que el Espíritu fuera concebido como una fuerza
neutra impersonal, no habría razón para usar el pronombre masculino Él en una combina
ción tan cercana con un sustantivo neutro.
Si el asunto es poco claro en Juan 15, resultará nítido en Juan 16:13:

Pero cuando Él, el Espíritu de verdad, venga, os guiará a toda la verdad, porque no ha
blará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga, y os hará saber lo que
habrá de venir.

Aquí no hay razón gramatical alguna para usar el pronombre masculino Él a menos que Je
sús tenga la intención de declarar, en este pasaje didáctico, que el Espíritu Santo es u
na persona.

SOMOS LLAMADOS A TENER UNA RELACIÓN PERSONAL CON EL ESPÍRITU SANTO

La Biblia nos llama a "creer" en el Espíritu Santo. Somos bautizados en su nombre así co
mo en el nombre del Padre y del Hijo. El Espíritu es un objeto de oración. Los creye
ntes no deben dirigir sus oraciones a "cosas". Hacerlo sería un acto de idolatría. Sólo de
bemos dirigirnos a Dios, quien es personal.
La bendición apostólica, en el Nuevo Testamento, incluye una referencia al compañerism
o y la comunión con el Espíritu Santo:

La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean
con todos vosotros. (2 Corintios 13:14)

El Nuevo Testamento nos exhorta a no pecar contra el Espíritu Santo, a no resistir
al Espíritu Santo y a no afligir al Espíritu Santo. Es presentado como una persona

a la cual podemos agradar u ofender, alguien que puede amar y ser amado, y con e
l cual podemos tener un compañerismo personal.

EL ESPÍRITU SANTO LLEVA A CABO TAREAS PERSONALES

El Espíritu Santo se relaciona con nosotros como una persona. Nos hace cosas y hac
e cosas para nosotros, cosas que normalmente asociamos con una actividad persona
l. Nos enseña. Nos conforta. Nos guía. Nos anima.
Estas actividades pueden ser llevadas a cabo, a veces, por objetos impersonales.
 Los marineros pueden ser "guiados" por las estrellas. Podemos ser
reconfortados al contemplar una hermosa puesta de sol. Sin embargo, el bienestar
 que deriva de semejante contemplación está basado en una suposición consciente o inco
nsciente de que tras la puesta de sol hay un Artista Personal que origina dicha
puesta de sol. Podemos "recibir enseñanza" mediante la observación de objetos naturales,
 pero sólo a modo de analogía.
La manera en que el Espíritu conforta, guía, enseña, etc., es una manera personal. Mie
ntras Él lleva a cabo estas tareas, la Biblia describe su actividad implicando int
eligencia, voluntad, sensaciones, y poder. El Espíritu escudriña, selecciona, revela
, y amonesta. Las estrellas y las puestas de sol no se comportan de esta manera.

En resumen, concluimos que si el Espíritu Santo puede ser amado, adorado, obedecid
o, ofendido, afligido, y es alguien contra quien se puede pecar, entonces debe s
er una persona.
Pero la pregunta aún sigue en pie: ¿Es el Espíritu Santo una persona distinta? ¿Tiene Él u
na personalidad que pueda distinguirse de la de Dios el Padre y la de Dios el Hi
jo? Todas las características personales que la Biblia le atribuye, ¿están verdaderame
nte referidas a la personalidad del Padre, considerándose al Espíritu simplemente co
mo un aspecto del Padre?
Estas preguntas plantean inmediatamente el problema referido a cómo debemos pensar
 en cuanto a Dios. ¿Creemos en un solo Dios o en tres Dioses? La difícil y misterios
a idea de la Trinidad se inmiscuye en nuestro pensamiento en el momento en que c
omenzamos a pensar en el Espíritu Santo como una persona distinta. La fe clásica de
la iglesia es que el Espíritu Santo no es solamente una persona; Él es una persona d
ivina; es Dios.

CAPÍTULO DOS

EL ESPÍRITU SANTO ES DIOS

Cada vez que decimos
"Creo en el Espíritu Santo", queremos decir que creemos que hay un Dios viviente que t
iene la capacidad y la disposición de entrar en la personalidad humana
y cambiarla.
    J. B. PHILLIPS

HEMOS visto que la Biblia revela que el Espíritu Santo es una persona, no una cosa
. Lo llamamos Él en lugar de Eso. Al mismo tiempo, la Biblia revela también que el E
spíritu Santo es una persona divina. Él es Dios. Este capítulo así como el resto del libr
o afirmará esto una y otra vez. No obstante, antes de que podamos observar al Espírit
u Santo como Dios, debemos observar primero a Jesucristo como Dios.
Durante siglos, ha habido encarnizadas discusiones con respecto a la deidad de J
esús. En cada generación ha habido esfuerzos por reducir a Jesús al nivel de un ser me
ramente humano. La confesión de la iglesia ha señalado que Cristo es el hombre-Dios,
 una persona con dos naturalezas, humana y divina. En el Concilio de
Calcedonia, en el año 451 D. C., la iglesia declaró que Jesús era verdaderamente hombr
e (vere homo) y verdaderamente Dios (vere deus).

En la historia de la iglesia, cuatro siglos han estado marcados por severos deba
tes en cuanto a la deidad de Cristo; estos fueron los siglos cuatro, cinco, diec
inueve y veinte. Menciono esto porque casualmente estamos viviendo en uno de los
siglos en que la deidad de Cristo ha sido más acaloradamente discutida (en efecto
, el libro The Myth of God Incarnate [El Mito de Dios Encarnado], que cuestionó se
riamente la deidad de Jesús, fue popular hace pocos años. Lamentablemente, no fue es
crito por aquellos que se encuentran fuera de la iglesia, sino más bien por respet
ados maestros de teología). Cristo es visto de diferentes maneras como el más grande
de los hombres, un profeta único, el ejemplo supremo de la ética, un modelo de "auten
ticidad" existencial, un símbolo del espíritu revolucionario humano, un poder angélico,
e incluso un hijo "adoptado" de Dios. Todas estas designaciones, sin embargo, incluy
en habitualmente la idea de que Jesús es una criatura, un hombre (o ángel) creado po
r Dios. Todos estos enfoques incluyen la idea de que Cristo tuvo un principio en
el espacio y el tiempo; se niega su eternidad y coesencialidad con Dios.
Algunas religiones modernas exaltan la persona de Jesús en forma tal que éste funcio
na como un punto focal de devoción religiosa pese al hecho de que es visto como un
a criatura. Tanto los mormones como los Testigos de Jehová ven a Jesús como un ser c
reado, pero aun así le rinden una considerable devoción. Si semejante devoción encierr
a una verdadera adoración, entonces, lamentablemente, debemos concluir que estas r
eligiones son, en esencia, idólatras. Idolatría significa rendirle adoración a alguien
o algo fuera del Dios Eterno. La idolatría involucra la adoración de criaturas. El
mormonismo puede insistir en que Jesús es el Creador del mundo, pero aun así, su act
o de creación es posterior al momento en que Él mismo fue creado por Dios. La idea e
s más o menos la siguiente: Dios creó a Jesús, y luego Jesús creó el mundo. En este caso,
Jesús es tanto Creador como criatura.
Si Jesús no es Dios, entonces se deduce que el cristianismo ortodoxo es herético des
de la raíz. Va en contra de la unicidad de Dios y adscribe adoración al Hijo y al Es
píritu Santo, los cuales no son divinos. Si, por otra parte, el Hijo y el Espíritu S
anto son en realidad divinos, entonces debemos concluir que los Testigos de Jeho
vá son falsos testigos de Jehová y que el mormonismo es una secta herética no cristian
a.
Aunque hay muchas, en verdad demasiadas, denominaciones cristianas, la mayoría de
ellas reconoce a las otras como formas verdaderas, aunque imperfectas, de expres
ión cristiana. Los bautistas generalmente consideran a los presbiterianos como una
expresión válida de la iglesia cristiana universal. Los presbiterianos reconocen qu
e los luteranos son verdaderamente cristianos.
Entre las diversas organizaciones cristianas, se asume que, aunque difieren de o
tras organizaciones en algunos puntos doctrinales, estos puntos particulares no
son absolutamente esenciales para el cristianismo verdadero. La causa de que la
mayoría de los cristianos ortodoxos no reconozca al mormonismo ni a los Testigos d
e Jehová como iglesias cristianas es que la deidad de Cristo y del Espíritu Santo so
n vistas como afirmaciones esenciales del cristianismo bíblico. Se diría lo mismo de
l unitarismo, que también niega la deidad del Hijo y el Espíritu Santo.
Mientras los debates concernientes a la deidad de Cristo han sido tan encarnizad
os, ha habido comparativamente poca controversia en cuanto a la
deidad del Espíritu Santo. La Biblia representa tan claramente al Espíritu Santo pos
eyendo atributos divinos y ejerciendo autoridad divina, que desde el siglo cuart
o su deidad ha sido raras veces negada por quienes están de acuerdo en que Él es una
persona. Es decir, aunque ha habido muchas disputas concernientes a la pregunta
de si el Espíritu es una persona o una "fuerza" impersonal, una vez que se admite que
Él es verdaderamente una persona, el hecho de que es una persona divina encaja fáci
lmente (Esto no es demasiado sorprendente; después de todo, el Espíritu, dado que nu
nca ha asumido una forma humana como lo hizo el Hijo, no podría ser "simplemente un
ser humano", que es lo que muchas herejías dicen acerca de Jesucristo. Un Espíritu deb
e, obviamente, ser un ser espiritual).
En la Escritura encontramos una alusión frecuente a la deidad del Espíritu Santo. En
el Antiguo Testamento, por ejemplo, lo que se dice de Dios es dicho también del E
spíritu de Dios. Las expresiones "Dios dijo" y "el Espíritu dijo" son intercambiadas repet
amente. Se dice que la actividad del Espíritu Santo es la actividad de Dios.
Los mismos fenómenos ocurren en el Nuevo Testamento. En Isaías 6:9, Dios habla y dic

e “Ve, y di a este pueblo”. El apóstol Pablo cita este texto en Hechos 28:25 y lo pres
enta diciendo: “Bien habló el Espíritu Santo a vuestros padres por medio de Isaías el pr
ofeta”. Aquí, el Apóstol atribuye el hablar de Dios al Espíritu Santo.
Del mismo modo, el Apóstol declara que los creyentes somos el templo de Dios porqu
e el Espíritu Santo mora en nosotros (Ver Efesios 2:22; 1 Corintios 6:19 y Romanos
8:9-10). Si el Espíritu Santo mismo no es Dios, ¿cómo podríamos ser correctamente llama
dos el templo de Dios simplemente porque el Espíritu Santo mora en nosotros? Uno p
odría responder esta pregunta
arguyendo que el Espíritu Santo es enviado por Dios y por lo tanto representa a Di
os. Esto significaría, simplemente, que donde Dios está representado por uno de sus
agentes activos podría decirse que Dios está “allí”. Llegar a esta conclusión, sin embargo
es jugar irresponsablemente con el significado evidente del texto. A lo largo de
la Escritura, el Espíritu Santo es identificado con Dios mismo, no meramente retr
atado como un representante comisionado por Dios.

En Hechos 5:3-4, leemos:

Pedro dijo: Ananías, ¿por qué ha llenado Satanás tu corazón para mentir al Espíritu Santo,
quedarte con parte del precio del terreno? (…) No has mentido a los hombres sino
a Dios.

Vemos aquí una ecuación: Una mentira dirigida al Espíritu Santo es una mentira dirigid
a a Dios mismo.
Cristo y los apóstoles describen repetidamente al Espíritu Santo como Uno que posee
perfecciones y atributos divinos. La blasfemia contra el Espíritu Santo es conside
rada como el pecado imperdonable. Si el Espíritu Santo no fuera Dios, sería extremad
amente improbable que la blasfemia contra Él fuera considerada imperdonable.
El Espíritu Santo es omnisciente. Él lo sabe todo. Vemos aquí al Espíritu poseyendo un a
tributo de Dios. La omnisciencia es una marca de la Deidad, no de las criaturas.
Las criaturas están limitadas por el tiempo y el espacio. Estos límites imponen una
restricción sobre el alcance del conocimiento que poseen. Pablo declara:

El Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios. Porque entre los hombr
es, ¿quién conoce los pensamientos de un
hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Asimismo, nadie conoce los pensami
entos de Dios, sino el Espíritu de Dios. (1 Corintios 2:10-11)

El Espíritu Santo es omnipresente. El salmista pregunta retóricamente:

¿Adónde me iré de tu Espíritu, o adónde huiré de tu presencia? Si subo a los cielos, he aq
allí estás tú; si en el Seol preparo mi lecho, allí estás tú. (Salmo 139:7-8)

Notamos, en este pasaje, que la presencia del Espíritu Santo es identificada con l
a presencia de Dios. Donde está el Espíritu, allí está Dios. La pregunta retórica plantead
a por el salmista implica que un fugitivo no podría alcanzar lugar alguno que estu
viera lejos o fuera de la presencia del Espíritu Santo. El Espíritu Santo está en toda
s partes; Él es omnipresente, es ubicuo. Una vez más, semejantes atributos pertenece
n al ser de Dios y no son compartidos por las criaturas. Ni siquiera los ángeles,
siendo seres espirituales, tienen la capacidad de estar presentes en más de un lug
ar al mismo tiempo. Aunque los ángeles, incluyendo al ángel caído Satanás, son espíritus,
son espíritus finitos. Ellos siguen estando atados por el espacio y el tiempo. Per
tenecen al orden de las criaturas. Ningún ser creado es omnipresente.

El Espíritu Santo es omnisciente, omnipresente, y eterno. Jamás hubo un momento en q
ue el Espíritu de Dios no existiera. El Espíritu Santo es además omnipotente, todopode
roso. En la Escritura, notamos que el Espíritu opera mediante obras especiales que
son la clase de obras que sólo Dios puede llevar a cabo. Vemos esto tanto en la o
bra de creación como en la obra de
redención.
Cuando pensamos en la obra de creación, normalmente pensamos en ella en cuanto a

la actividad de Dios el Padre. Sin embargo, una mirada minuciosa a la Escritura nos revela que la obra de creación es atribuida a las tres personas de la Divinidad. Mientras describe al Cristo preencarnado, el Verbo, el Logos, Juan declara:

Todas las cosas fueron hechas por medio de Él, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. (Juan 1:3)

Pablo repite esta enseñanza de Juan cuando escribe:

Porque en Él fueron creadas todas las cosas, tanto en los cielos como en la tierra, visibles e invisibles; ya sean tronos o dominios o poderes o autoridades; todo ha sido creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y en Él todas las cosas permanecen. (Colosenses 1:16-17)

Del mismo modo, la Biblia incluye al Espíritu Santo en la obra de creación:

En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba sin orden y vacía, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas. (Génesis 1:1-2)

La actividad del Espíritu Santo en la creación es mencionada o aludida frecuentemente en la Escritura. El salmista declara:

Envías tu Espíritu, son creados, y renuevas la faz de la tierra. (Salmo 104:30)

Job, asimismo, declara:

El Espíritu de Dios me ha hecho, y el aliento del Todopoderoso me da vida. (Job 33:4)

El Espíritu Santo es el autor de la vida y de la inteligencia humana (Ver Job 32:8 y 35:11). Él es la fuente de poder para la concepción de Jesús en el útero de María.

Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso lo santo que nacerá será llamado Hijo de Dios. (Lucas 1:35)

El Espíritu Santo ungió profetas, jueces y reyes con poder de lo alto. Ungió a Jesús para su ministerio. En el Nuevo Testamento, el Espíritu Santo es la fuente de poder para la resurrección de Cristo de entre los muertos.

Pero si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el mismo que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos, también dará vida a vuestros cuerpos mortales por medio de su Espíritu que habita en vosotros. (Romanos 8:11)

El Espíritu exhibe poder para efectuar cosas que sólo Dios puede hacer. Hablando de la relación de Dios con Abraham, Pablo escribió:

(Como está escrito: Te he hecho padre de muchas naciones), delante de aquel en quien creyó, es decir Dios,
que da vida a los muertos y llama a las cosas que no son, como si fueran. (Romanos 4:17)

Generar vida a partir de la muerte y crear algo a partir de la nada requiere el poder omnipotente de Dios. Ninguna criatura puede producir algo a partir de la nada. Ninguna criatura puede generar vida a partir de la muerte. Ninguna criatura puede, tampoco, reavivar un alma que está espiritualmente moribunda. Todas estas acciones requieren el poder de Dios. Todas estas cosas pueden ser y son realizadas por el Espíritu Santo.

Las Sagradas Escrituras nos presentan al Espíritu Santo como un objeto correcto de adoración. La inclusión del Espíritu Santo en la fórmula del Nuevo Testamento para el bautismo es significativa. Juan Calvino comenta al respecto:

San Pablo de tal manera enlaza y junta estas tres cosas, Dios, fe y bautismo, que argumentando de lo uno a lo otro concluye que, así como no hay más que una fe, igualmente no hay más que un Dios; y puesto que no hay más que un bautismo, no hay tampoco más que una fe. Y así, si por el bautismo somos introducidos en la fe de un solo Dios para honrarle, es necesario que tengamos por Dios verdadero a Aquel en cuyo nombre somos bautizados. Y no hay duda de que Jesucristo al mandar bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mt. 28:19) ha querido declarar que la claridad del conocimiento de las tres Personas debía brillar con mucha mayor perfección que antes. Porque esto es lo mismo que decir que bautizasen en el nombre de un solo Dios, el cual con toda evidencia se ha manifestado en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (…) Así pues, ¿qué es lo que quiso Cristo cuando mandó bautiz en el nombre
del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, sino que debíamos creer con una misma fe en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo? ¿Y qué es esto sino afirmar abiertamente que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios? Ahora bien, si debemos tener como indubitable que Dios es uno y que no existen muchos dioses, hay que concluir que el Verbo o Palabra y el Espíritu no son otra cosa sino la esencia divina. (Institución I/XIII/16)

El Espíritu Santo es incluido no solamente en la formula para el bautismo, sino también en la bendición apostólica:

La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. (2 Corintios 13:14)

Concluimos, entonces, que la Biblia adscribe claramente deidad al Espíritu Santo.
El Espíritu es una persona; el Espíritu es Dios.
Tan pronto como hacemos esta afirmación dual, chocamos instantáneamente con una de las más importantes pero desconcertantes doctrinas de la fe cristiana la Trinidad .
¿Cómo es posible que distingamos entre tres personas Padre, Hijo y Espíritu Santo y confesemos todavía que creemos en un solo Dios? En el próximo capítulo exploraremos este difícil misterio de la fe cristiana.

CAPÍTULO TRES

EL MISTERIO DE LA TRINIDAD

Hoy ato a mí mismo El fuerte nombre de la Trinidad, Por invocación del mismo, Los Tres en Uno y Uno en Tres.
SAN PATRICIO

UNA de las declaraciones más conocidas de la Biblia es el Gran Mandamiento:

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. (Deuteronomio 6:5)

Jesús habló de este mandamiento, diciendo:

Este es el grande y el primer mandamiento. Y el segundo es semejante a éste: Amarás

a tu prójimo como a ti mismo. (Mateo 22:38-39)

Cuando Jesús llamó al Gran Mandamiento el "primer" mandamiento, no quiso decir primero e
n un orden de tiempo. Hubo muchos mandamientos dados por Dios antes de que el Gr
an Mandamiento fuese revelado. Al decir "primero", claramente Jesús quiso decir primer
o en orden de importancia. Es la ley que resume todas las
otras leyes y de la cual depende todo lo demás en la Ley y los Profetas.
Antes de que podamos siquiera empezar a amar a Dios con todo nuestro corazón, nues
tra alma y nuestras fuerzas, debemos tener primero algún concepto del Dios que hem
os de amar. Hubo un marco, un contexto en el cual se dio el Gran Mandamiento ini
cialmente. Entre los judíos, este marco es llamado el Shema. El Shema se hallaba e
n el centro de la liturgia judía en el Antiguo Testamento. Era recitado frecuentem
ente en la adoración judía y obviamente fue bien conocido por Jesús desde su juventud.
El Shema presenta y antecede al Gran Mandamiento con estas palabras:

Escucha, oh Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor uno es. (Deuteronomio 6:4)

El Señor uno es. Esta confesión de fe marca a Israel como una nación absolutamente com
prometida con el monoteísmo. Monoteísmo significa creer en un Dios y sólo en un Dios.
Establece una división profunda entre la fe religiosa del Antiguo Testamento y cua
lquier forma de politeísmo. La mayor parte de los antiguos vecinos de Israel pract
icaba el politeísmo. Su devoción estaba dirigida hacia muchos dioses y diosas, aun s
i creían en un dios principal. Tenían deidades especiales para la guerra, la fertili
dad, el amor, la naturaleza, etc.
Sin embargo, para Israel, el compromiso con la unidad del único Dios Todopoderoso
era normativo. El Primer Mandamiento del Decálogo (los Diez Mandamientos) reforza
ba este mandato:

No tendrás otros dioses delante de mí. (Éxodo 20:3)

Esta ley excluía totalmente la adoración de
cualquier otro dios o diosa fuera de Yahvé, el Dios verdadero. Las palabras delant
e de mí en la ley no significaban "antes de mí en preferencia". Es decir, el Primer Mand
amiento no implicaba la idea de que fuera lícito para los judíos adorar y servir a o
tras deidades mientras éstas no estuvieran clasificadas por sobre Yahvé en términos de
preferencia o estatus.
Por el contrario, el "delante de mí" significaba "ante mi presencia". Lo que Dios estaba d
iciendo es que Él no toleraría la intrusión de la adoración de ninguna otra deidad en ni
ngún lugar y en ningún momento. Adscribir adoración a alguien o algo fuera de Yahvé era
degenerar al nivel de la idolatría y causar la ira de Dios por ello.
Es a causa de este fervoroso compromiso con el monoteísmo en el Antiguo Testamento
que el concepto de la Trinidad provoca tanta consternación. Si Dios es uno, ¿cómo pod
emos justificar la adoración de tres personas Padre, Hijo y Espíritu Santo ?
El concepto de la Trinidad está diseñado para responder esa pregunta. La fórmula de la
Trinidad es esta: "Dios es uno en esencia, tres en persona".
La fórmula busca proteger al cristianismo de un combate serio en dos frentes. Por
un lado, la iglesia desea mantener su estricta adhesión al monoteísmo. De ahí la prime
ra parte de la fórmula "Dios es uno en esencia" . Esto significa, simplemente, que hay só
un Ser al cual llamamos Dios.
Por otro lado, la iglesia busca ser fiel a la clara revelación bíblica de la deidad
de Cristo y la deidad del Espíritu Santo. En consecuencia, la iglesia distingue tr
es personas en la Divinidad Padre, Hijo y Espíritu Santo . Esto explica la segunda pa
rte de la fórmula "Tres en persona" .
Antes de que intentemos explorar más
profundamente lo que esto significa, puede ser útil enfrentar algunas objeciones c
omunes que se plantean contra la fórmula trinitaria.

OBJECIÓN 1: LA PALABRA TRINIDAD NO ES UNA PALABRA BÍBLICA Y REPRESENTA LA INVASIÓN DE UNA FILOSOFÍA FORÁNEA EN LA REVELACIÓN BÍBLICA.

Juan Calvino era particularmente sensible frente a esta crítica. Respondiendo a quienes deseaban restringir y confinar el lenguaje teológico a palabras extraídas de la Escritura, Calvino escribió:

Si ellos llaman palabra extraña a la que sílaba por sílaba y letra por letra no se encuentra en la Escritura, ciertamente nos ponen en gran aprieto, pues con ello condenan todas las predicaciones e interpretaciones que no están tomadas de la Escritura de una manera plenamente textual. (Institución I/XIII/3)

Lo que Calvino y otros teólogos han sostenido es que el punto en cuestión no es si una palabra particular ha sido tomada de la Escritura, sino si el concepto es bíblico. Podemos usar palabras no bíblicas en nuestras expresiones teológicas siempre que comuniquen conceptos bíblicos.

Calvino estaba agudamente consciente de las fortalezas y debilidades de todo lenguaje humano. Escribió:

Cuanto de Él pensamos, en cuanto procede de nosotros mismos, no es más que locura, y todo cuanto hablamos, vanidad. Con todo, algún medio hemos de tener, tomando de la Escritura alguna regla a la cual se conformen todos nuestros pensamientos y palabras. (I/XIII/3)

La prueba de nuestros conceptos debe ser ésta: ¿Se derivan válidamente de la Escritura?

El cristianismo ortodoxo afirma la incomprensibilidad de Dios. Con esto no pretendo decir que no podamos saber nada acerca de Dios. Lo que Dios revela sobre sí mismo es comprensible hasta un nivel adecuado. Sin embargo, hay una debilidad que es parte integral de nuestra capacidad para captar las cosas de Dios. Ningún hombre puede comprenderlo enteramente. Nuestro conocimiento de Él está lejos de ser exhaustivo. Aun la revelación de sí mismo que recibimos a través de la Escritura es una especie de acomodación divina a nuestras debilidades. Dios nos habla en nuestro lenguaje humano. Nuevamente, Calvino comenta el frecuente uso de formas humanas al que recurre la Biblia para describir a Dios.

Pues, ¿qué hombre con un poco de entendimiento no comprende que Dios, por así decirlo, balbucea al hablar con nosotros, como las nodrizas con sus niños para igualarse a ellos? Por lo tanto, tales maneras de hablar no manifiestan en absoluto cómo es Dios en sí, sino que se acomodan a nuestra rudeza, para darnos algún conocimiento de Él; y esto la Escritura no puede hacerlo sin ponerse a nuestro nivel y, por lo tanto, muy por debajo de la majestad de Dios. (I/XIII/1)

Hay razones obligatorias por las cuales la iglesia usa un lenguaje extrabíblico para formular conceptos bíblicos. Por un lado, la iglesia se ve forzada a hacerlo así porque los herejes tuercen y distorsionan las palabras bíblicas con el fin de hacerlas significar algo distinto a lo que la Biblia tuvo en su propósito. La estratagema de los herejes ha sido siempre tratar de formular sus doctrinas en lenguaje bíblico. Pablo advierte a los efesios con respecto a esto mismo:

Que nadie os engañe con palabras vanas, pues por causa de estas cosas la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia. (Efesios 5:6)

Las “palabras vanas” con respecto a las cuales escribe Pablo son palabras que han sido despojadas de su significado, vaciadas de su contenido verdadero. Durante siglos, la iglesia ha tenido que luchar contra semejante mal uso y abuso del lenguaje.

El propósito del lenguaje teológico técnico es alcanzar una precisión de significado así como también salvaguardar a la grey de las astutas y sutiles distorsiones doctrinales. Se ha dicho que es imposible para cualquiera escribir un credo o confesión de fe lo suficientemente hermético como para impedir que los inescrupulosos puedan re

definir los términos con el fin de hacer lo que se les antoje.
Una táctica favorita de los herejes es entrar en la consideración de sutilezas teológi
cas a partir de las palabras. En cuanto a este problema referido a la confesión de
 la iglesia sobre la Trinidad, Calvino escribe:
Tal novedad de palabras si así se puede llamar hay que usarla principalmente cuando
conviene mantener la verdad contra aquellos que la calumnian y que, tergiversándol
a, vuelven lo de dentro afuera, lo cual al presente vemos más de lo que quisiéramos,
 resultándonos difícil convencer a los enemigos de la verdad, porque con su sabiduría
carnal se deslizan como sierpes de las
manos, si no son apretados fuertemente. De esta manera los Padres antiguos, preo
cupados por los ataques de las falsas doctrinas, se vieron obligados a explicar
con gran sencillez y familiaridad lo que sentían, a fin de no dejar resquicio algu
no por donde los impíos pudieran escapar, a los cuales cualquier oscuridad de pala
bras les sirve de escondrijo donde ocultar sus errores. (I/XIII/4) Aquí llegamos
al corazón del asunto en lo histórico. Fue la crisis arriana del siglo cuarto lo que
 demostró tan claramente la necesidad de formular con precisión la doctrina de la Tr
inidad. La principal "serpiente escurridiza" de la controversia fue un sacerdote lla
mado Arrio. Arrio confesaba que Cristo era "Dios" y el "Hijo de Dios". Sin embargo, bajo
 un escrutinio minucioso se observó que Arrio había redefinido la palabra Dios en fo
rma tal que llegó a ser un término prácticamente vacío. La palabra Dios en el vocabulari
o de Arrio era ambigua. Arrio insistía en que, pese a que Jesús era "Dios" gracias a un
proceso de adopción divina, era, no obstante, un ser creado (Si Dios deja de signi
ficar Deidad eterna, entonces Dios pasa a ser una palabra vacía). Una profesión de f
e compuesta por Arrio afirmaba esto claramente:
Reconocemos un solo Dios, quien es el único no engendrado, el único eterno, y el único
 sin principio.2
2 Citado en J. N. D. Kelly, Creeds in the Making [Credos en Desarrollo] (Londre
s: Longmans, 1972), 232.

La profesión continúa esto con una larga lista de "únicos", todos los cuales enfatizan el
enfoque de Arrio
en cuanto a que el Hijo, o Verbo, está subordinado al Padre, el cual solo es el Di
os único. Dios deseaba crear el mundo, y engendró al Hijo con este propósito. El Hijo
es verdaderamente exaltado, pero aún es, como los seguidores de Arrio jamás se cansa
ron de señalar, una ktisis, una criatura. Sin embargo, dado que Arrio continuaba a
firmando que "el Hijo es Dios", los creyentes serios fueron confundidos. De manera q
ue los ortodoxos buscaron un término preciso que indicara sin ambigüedad que el Hijo e
ra divino y por lo tanto coeterno con el Padre y de la misma sustancia que el Pa
dre.
El término teológico con el cual Arrio se atragantó fue una expresión extraída del lenguaj
e de la filosofía griega. Se trataba del término homoousios. Nunca un solo término teo
lógico ha engendrado tanta controversia como homoousios (La actual controversia co
n respecto a la palabra inerrancia en relación con la Biblia podría demostrar ser ta
n dramática como las primeras batallas en torno a homoousios).
El término homoousios significa "misma sustancia" o "misma esencia". Arrio estaba dispuest
o a decir que Jesús era Dios. Sin embargo, no estaba dispuesto a decir que Jesús era
 de la misma esencia (homo significa "misma", ousios significa "sustancia") que el Padre
. El término homoousios fue la horquilla teológica mediante la cual se clavó al suelo
 el escurridizo cuello de Arrio.
No obstante, Arrio estaba dispuesto a usar el término homoiousios en lugar de homo
ousios. Nótese la i que va detrás de homo. En este punto, la controversia empieza a
dirigirse no solamente a una palabra, sino a una sola letra. La sutil pero cruci
al diferencia entre el término griego homoi y homo es la diferencia que hay entre
las palabras semejante (o similar) e igual. Homoiousios significa "esencia semejan
te o similar",
mientras homoousios significa "misma esencia".
Arrio apeló a un veredicto anterior de la historia de la iglesia en que Sabelio, o
tro hereje, fue condenado por usar el término homoousios. Sabelio y sus seguidores
 habían sido condenados por decir que Jesús era de la misma esencia (homoousios) que
 el Padre, de modo que la iglesia había insistido en el término homoiousios.

La trama se complica. Todo este debate puede llegar a ser muy desconcertante cua
ndo vemos que la iglesia dio una media vuelta con respecto a los términos que perm
itía y los que condenaba.

La razón por la cual Sabelio había sido condenado por usar homoousios era que él quería
decir algo completamente diferente a lo que la iglesia del siglo cuarto pretendía
decir a través de ello. La enseñanza de Sabelio estaba cargada de conceptos gnósticos.
 El gnosticismo fue una de las herejías más tempranamente surgidas y a la vez una de
 las más virulentas que la iglesia cristiana primitiva se vio forzada a combatir.
Una de sus doctrinas principales consistía en un enfoque modalista de Dios.

En el modalismo gnóstico, el universo no era visto como una creación hecha por Dios
al exterior de sí mismo. En lugar de eso, la creación y todas las cosas que hay en e
lla eran vistas como una especie de extensión del propio ser de Dios. Toda la real
idad creada sería una especie de emanación que fluye del centro del ser de Dios. Mie
ntras más lejos del centro fluyen las emanaciones, menos perfecta llega a ser la r
ealidad. El espíritu y la mente están más cerca del centro, la materia viviente está más l
ejos, y la materia inerte (cosas inorgánicas tales como los minerales) es la más lej
ana al centro. Sin embargo, todo lo que es viene a ser un modo del ser de Dios y
 participa de su esencia.

Sabelio decía que el Hijo era homoousios con Dios pero no era Dios. Se trataba de
una emanación muy
cercana proveniente de Dios, pero aun así distante del centro de la esencia Divina
. Su analogía era esta: Jesús era al Padre lo que los rayos del sol son al sol. Los
rayos del sol son de la misma esencia que el sol. Son irradiados por el sol, per
o no son el sol mismo.

El concepto de homoousios que sostenía Sabelio fue, de esta manera, condenado, y l
a iglesia usó el término homoiousios en su lugar. La razón tras la elección de esta pala
bra es clara. Sabelio usó homoousios para enseñar una disimilitud entre Dios y Jesús.
Por lo tanto, la iglesia escogió el término homoiousios ("esencia semejante") para decla
rar su fe en la similitud entre Dios y Jesús.

Arrio invirtió la situación. Usó el término homoi-ousios para enfatizar la disimilitud e
ntre Jesús y Dios. Quiso decir que, aunque Jesús era verdaderamente como Dios, no er
a coesencial con Dios. La iglesia del siglo cuarto respondió a Arrio con un resona
nte "¡No!" El cambio de términos indicaba que la iglesia estaba insistiendo en que Jesús n
o es meramente como Dios, sino que Él es Dios. Él es homoousios (de la misma esencia
, coesencial) con Dios, aunque no en el sentido gnóstico.

La controversia arriana no fue una tormenta en un vaso de agua ni un juego teológi
co de boxeo contra una sombra. Lo que estaba en juego aquí era la confesión de la ig
lesia en cuanto a la deidad total de Jesús y del Espíritu Santo. Se requirió una enorm
e crisis para provocar a la iglesia a cambiar su preferencia de lenguaje teológico
. La herejía sabeliana había menguado, y la nueva amenaza del arrianismo fue juzgada
 tan severamente que justificó el uso del reconocidamente peligroso término homoousi
os para combatirla.

Aunque la iglesia cambió su elección de términos para expresar la deidad de Cristo y d
el Espíritu Santo, el concepto de la iglesia no cambió. Tanto en la
controversia sabeliana como en la arriana, la iglesia estaba usando todas las he
rramientas lingüísticas a su disposición para asegurar una adherencia al concepto bíblic
o de la Trinidad. Lejos de buscar circundar o ir más allá de la Escritura, la iglesi
a estaba buscando proteger el concepto bíblico frente a quienes podrían socavarlo me
diante el uso de ambigüedades ingeniosas.

El fruto de la controversia arriana fue el Credo Niceno, que afirmó la coesenciali
dad de la Divinidad y dijo que Jesús era "engendrado, no hecho" para desconocer cualqu
ier insinuación de criatureidad en la Segunda Persona de la Divinidad.

El himno de la iglesia conocido como Gloria Patri fue también un fruto de la contr
oversia. El Gloria Patri funcionó como un "canto de guerra" trinitario. Los arrianos h
icieron circular cantos despectivos y obscenos como parte de su propaganda contr
a los trinitarios. En respuesta, los trinitarios cantaron, en un solo espíritu, es
tas palabras:

Gloria sea al Padre,
Y al Hijo,

Y al Espíritu Santo.
Como era en el principio,
Es ahora y será siempre,
Por los siglos de los siglos.
Amén.

Aquí, la Trinidad es confesada en el canto mediante la adscripción de un atributo di
vino la gloria a cada una de las tres personas de la Divinidad. Al mismo tiempo, s
e confiesa la eternidad de cada una de las tres personas de la Trinidad.
Vemos entonces que el término Trinidad no surgió porque la iglesia estuviera entregánd
ose a la especulación filosófica vana o estuviera jugando
innecesariamente con conceptos griegos. Como insistió Calvino, la iglesia estuvo f
orzada a emplear dicha terminología por causa de los herejes que estaban corrompie
ndo la revelación bíblica concerniente a la Divinidad.
Hoy arde furiosamente el mismo tipo de controversia con respecto a la naturaleza
de la propia Escritura. Aquellos que niegan la inspiración total y el carácter reve
latorio de la Biblia no vacilarán en referirse a ésta como "la Palabra de Dios" o inclus
o como "infalible", sin embargo, se atragantarán con el término teológico inerrancia. Si e
n verdad la Biblia es la Palabra de Dios, infalible e inspirada, ¿por qué alguien de
bería retroceder ante la palabra inerrante? ¿Puede algo que es errante ser la Palabr
a de Dios? ¿Es que Dios inspira error? ¿Puede realmente fallar algo que es infalible
?
J. I. Packer, un abierto defensor de la inerrancia, dice que la palabra inerranc
ia es un Shibolet. Así como la difícilmente pronunciable palabra Shibolet actuaba co
mo una contraseña para distinguir entre los verdaderos israelitas y los espías (ver
Jueces 12:6), el término inerrancia funciona de modo similar. Cuando se sugiere la
palabra para afirmar la total veracidad de la Escritura, los perros comienzan a
ladrar. Sin duda, la palabra inerrancia, así como la palabra Trinidad, es suscept
ible ante las distorsiones y los malentendidos. No obstante, funciona bien como
una salvaguarda frente a quienes no tienen escrúpulos contra el uso de palabras va
nas.

OBJECIÓN 2: LA DOCTRINA DE LA TRINIDAD ES CONTRADICTORIA Y POR LO TANTO IRRACIONAL .

Conocí una vez un profesor de filosofía que se quejó frente a mí con respecto a la evide
nte irracionalidad del
cristianismo. Dijo "Toda la estructura del cristianismo está construida sobre una co
ntradicción obvia". Cuando pregunté qué contradicción tenía en mente, inmediatamente respo
ió "¡La Trinidad!" Preguntó "¿Cómo puede haber tres dioses y al mismo tiempo un solo Dios?
Relato esta anécdota con un propósito. Los filósofos profesionales están bien entrenados
y por lo general altamente capacitados en la ciencia y el uso de la lógica. Son e
llos quienes se ocupan del minucioso análisis lógico de las proposiciones. El hecho
de que un profesional como él dirigiera un ataque tan audaz contra la formulación qu
e hace la iglesia en cuanto a la Trinidad fue algo que captó mi atención.
Estoy consciente de que muchos cristianos estarían de acuerdo al menos en parte co
n el profesor de filosofía. Ellos no rechazan el cristianismo como él lo hizo, pero
están de acuerdo en que la Trinidad es contradictoria. Esto no les molesta a dicho
s cristianos porque están convencidos de que está bien para el cristianismo aceptar
las contradicciones dado que "los caminos de Dios no son nuestros caminos". Algunos
incluso se glorían en las contradicciones, viendo en ellas la señal misma de un orde
n más elevado de verdad. Este es un resultado trágico de la forma de teología conocida
como Teología Dialéctica o Neo-ortodoxia, hecha popular por pensadores tales como K
arl Barth y Emil Brunner. Barth insistió en que uno no es un cristiano maduro mien
tras no logre aceptar y vivir con contradicciones. Brunner fue tan lejos como pa
ra declarar que la contradicción es el sello mismo de la verdad.
La idea de que el cristianismo descansa sobre una contradicción puede no molestar
a los teólogos dialécticos, pero a mí me molesta profundamente. En la Biblia, la contr
adicción no es el sello de la verdad; es el sello de la mentira. Es la sutil herra

mienta de Satanás.
Dios le dijo a Adán:

De todo árbol del huerto podrás comer, pero del árbol del conocimiento del bien y del
mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás. (Génesis 2:16-17)

“Ciertamente morirás”. Esta fue la simple y clara afirmación de Dios. “Si comes … mueres”.
 términos lógicos, esto puede formularse como: Si haces A, sucederá inevitablemente B.

Satanás vino y dijo “No moriréis”. Su idea era esta: Si haces A, no sucederá B. En otras p
alabras, Satanás se acercó a Eva con una clara contradicción. Podemos imaginar la conv
ersación desarrollándose más o menos así:

Satanás: Adelante, Eva, come, no morirás.

Eva: Pero, Sr. Serpiente, lo que usted está diciendo contradice directamente lo qu
e me dijo mi Dios y Creador.

Satanás: ¡Eva! No te preocupes por eso. Los caminos de Dios no son nuestros caminos.
 Lo que puede ser contradictorio para nosotros no es contradictorio para Dios. A
demás, tú sabes que las contradicciones son el sello de la verdad. Confía en mí. Mi cont
radicción prueba que vengo a ti con una verdad más alta.

Eva: Suena tentador, Sr. Serpiente, y el fruto del árbol se ve apetitoso, pero aún n
o estoy segura de que deba hacerlo.

Satanás: Vamos, Eva. No seas ingenua.
Simplemente estás obsesionada con las categorías griegas de pensamiento. ¿Eres madura
o no? Si realmente eres una creyente madura, deberías ser capaz de vivir en paz co
n las contradicciones. Si confías en mis contradicciones, no caerás; estarás dando un
gran paso adelante para la humanidad.

Eva: Ah, comprendo. Un pequeño paso hacia el árbol; un gran paso adelante para la hu
manidad. ¡Comamos!

Sin la Ley de la Contradicción como una prueba válida para la veracidad de una propo
sición, no tenemos forma alguna de distinguir entre la justicia y la injusticia, l
a obediencia y la desobediencia, la verdad y la falsedad, o entre Cristo y el An
ticristo.
La Ley de la Contradicción no tiene contenido. No provee información. Es estéril, impo
tente con respecto a su capacidad de proporcionar conocimiento nuevo. Su poder y
ace en la fuerza que posee para gobernar. Es como un policía cuya sirena comienza
a aullar cuando traspasamos los límites de la racionalidad. La Ley de la Contradic
ción es un maestro firme. Somete a prueba nuestro pensamiento en busca de coherenc
ia y consistencia. Aborrece la confusión y se regocija en la claridad.
Se ha dicho que “la coherencia es el espantajo de las mentes pequeñas”. Si eso es cier
to, entonces Dios está asediado por innumerables espantajos. Su mente debe ser inf
initesimalmente diminuta.
Dios es coherente. Dios es consistente. En una palabra, Dios es racional. Él es más
que la Razón misma, por supuesto. Pero es si prestamos atención a la Biblia un Ser coh
erente. Quienes prefieren un Dios de contradicciones e incoherencias deben crear
 su propio Dios, porque el Dios verdadero no les va a satisfacer.
Hay un aspecto de la Objeción 2 con el cual estoy de acuerdo. La lógica es válida en u
n punto. Si el concepto de la Trinidad es contradictorio, entonces se deduce ine
vitablemente que es, en consecuencia, irracional. Yo iría aun más lejos. Si es irrac
ional, entonces no es digno de que lo creamos. Dios no es honrado mediante afirm
aciones disparatadas. Si nuestra fórmula para la Trinidad es contradictoria, enton
ces es una afirmación disparatada y debe ser abandonada.
La verdadera pregunta sigue en pie: ¿Es una contradicción la fórmula de la Trinidad? P
odría contestar mi propia pregunta con un simple no, pero eso no bastaría. La respue

sta debe ser más enfática que una mera negación. En vez de eso, respondo “¡Absolutamente no!” Pongo énfasis en la palabra absolutamente. No existe la menor contradicción en la fórmula de la iglesia para la Trinidad.

Las reglas de la lógica y las leyes de la inferencia inmediata son objetivas e impersonales. Pueden ser aplicadas a las proposiciones sin prejuicios emocionales.

Son tan imparciales como las ecuaciones matemáticas. Cuando estas estrictas reglas son aplicadas a la fórmula de la Trinidad, vemos con absoluta claridad que no hay contradicción en ella.

Démosle a la fórmula de la Trinidad el beneficio de la segunda mirada.

Dios es uno en esencia, tres en persona.

La fórmula predica dos cosas con respecto a Dios, dos cosas diferentes (aunque no opuestas). Por un lado, se predica que Dios es uno en esencia. Por otro, se predica que Dios es tres en persona. Podemos declararlo así:

Dios es uno en A; Dios es tres en B.

Ahora, si A y B son contradictorias, entonces la fórmula se acercaría a la contradicción. Si B es contraria a A, entonces designaríamos a B como no-A. La fórmula, entonces, diría:

Dios es uno en A, Dios es tres en no-A.

Aun si este fuera el caso (lo cual no sucede), la fórmula todavía no sería necesariamente contradictoria. Si un ser o sujeto tuviera cuatro dimensiones, podríamos decir que dicho sujeto sería uno en A y además poseería tres no-As.

Para resolver esto, debemos revisar la fórmula de la Ley de la Contradicción (llamada a veces la Ley de la No Contradicción). La Ley declara:

A no puede ser A y no-A al mismo tiempo y en la misma relación.

Esto significa simplemente que algo no puede ser lo que es y no ser lo que es al mismo tiempo y en la misma relación. Permítame ilustrarlo:

Yo soy un hombre. Como hombre, hay varias cosas que se pueden predicar de mí al mismo tiempo. Soy padre, hijo y esposo. Soy cada una de estas tres cosas diferentes al mismo tiempo. Sin embargo, no soy cada una de estas tres cosas en la misma relación. Puedo ser padre e hijo al mismo tiempo pero obviamente no en la misma relación. No puedo ser mi propio padre. Puedo ser el hijo de mi padre y el padre de mi hijo, pero no puedo ser mi propio padre o mi propio hijo.

Volvamos ahora a la fórmula de la Trinidad. Si dijéramos que Dios es uno y sólo uno en esencia, y luego agregáramos que Dios es tres en esencia, tendríamos una auténtica contradicción. No puede haber algo que sea uno y muchos al mismo tiempo y en la misma relación. De manera que si afirmáramos que Dios es tres en persona y uno en persona al mismo tiempo y en la misma relación, estaríamos en medio de una contradicción.

Sin embargo, la fórmula no afirma tales cosas. La fórmula dice que Dios es uno en una cosa (esencia) y tres en otra (personas). A menos que se pueda demostrar que esencia y persona son la misma cosa, la fórmula no es contradictoria.

La distinción entre esencia y persona fue cuidadosamente trazada por la iglesia para evitar hacer una afirmación contradictoria sobre Dios.

La cuestión sigue en pie: ¿Es esta distinción entre esencia y persona una distinción válida? ¿Se trata meramente de un juego de palabras que plantea una distinción verbal sin una diferencia real?

Exploraremos esta pregunta en el próximo capítulo. Por ahora, concluimos que si hay una diferencia real entre esencia y persona, entonces la fórmula para la Trinidad no es contradictoria ni irracional. Es lógica y bíblica.

CAPÍTULO CUATRO

ESENCIA Y PERSONA:
EXPLORANDO EL MISTERIO
DE LA TRINIDAD

No se necesita una gran mente para ser cristiano,
pero se necesita toda la mente que un hombre tenga.
RICHARD C. RAINES

ANTES de que analicemos la distinción entre esencia y persona que resulta tan cruc
ial para nuestra comprensión de la Trinidad, debemos discutir primero la naturalez
a del misterio.
He insistido en el punto de que Dios no es irracional. Es coherente y consistent
e. Su Palabra es inteligible. Sin embargo, eso no significa que el cristianismo
esté libre de misterios.
En otras palabras, estoy haciendo una distinción entre tres nociones peliagudas qu
e por lo general son fácilmente confundidas entre ellas. Estos tres conceptos son
contradicción, paradoja y misterio.
Ya hemos dado una definición de contradicción,
así que ahora procederemos con las otras dos.

PARADOJA

La palabra paradoja es usada a veces como un sinónimo de contradicción. Esto es desa
fortunado por cuanto hay realmente una clara distinción entre las dos palabras, un
a distinción que puede ser descubierta en los orígenes de ellas. La palabra paradoja
está constituida por un prefijo y una raíz. El prefijo para- significa “al lado de”. Pe
nsemos en los paramédicos, en que el para- describe a personas que trabajan al lad
o de los sujetos fundamentales. Sin embargo, el rasgo crítico de la palabra parado
ja está en su raíz. La raíz doja tiene su origen en la palabra griega dokein, que sign
ifica “pensar”, “parecer” o “aparecer”. Una paradoja es algo que, cuando se encuentra junt
a otra cosa, parece ser la cosa junto a la cual está. Una paradoja se llama así porq
ue parece una contradicción. Se ve como una contradicción. Sin embargo, no es una co
ntradicción.
Una paradoja puede acercarse tanto a una contradicción que puede ser fácilmente conf
undida con una contradicción. La formulación de la Trinidad es una auténtica paradoja.
A primera vista puede parecer una contradicción, pero un escrutinio más minucioso d
emuestra que no lo es.
¿Recuerda las primeras líneas de la Historia de Dos Ciudades de Charles Dickens? Com
o un poderoso recurso literario, Dickens hizo un uso artístico de la paradoja:

Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos.

¿Cómo podía el tiempo ser tanto el mejor como el

peor a la vez? Sólo si se le consideraba en dos relaciones diferentes. Lo que Dickens estaba describiendo era un período de conflicto muy real de la historia en que, en un sentido, se experimentaba el mejor de los tiempos, mientras en otro sentido se experimentaba el peor de los tiempos. Había una maravillosa expansión industrial y, para algunos, la oportunidad de acumular una gran riqueza. Para ellos, era el mejor de los tiempos. Para otros, hubo una expansión de la pobreza y un aumento del sufrimiento. Para estas personas era el peor de los tiempos.

La distinción entre paradoja y contradicción se enmaraña más al introducir un tercer término en la escena. Es la palabra antinomia. La palabra antinomia significa simplemente algo que está "contra la ley" (anti-nomos). Originalmente, antinomia funcionaba como un sinónimo de "contradicción" porque una antinomia era una proposición o conjunto de proposiciones que se oponían a la Ley de la Contradicción.

A medida que el lenguaje evolucionó y experimentó cambios sutiles, antinomia comenzó a ser usada como un sinónimo de paradoja. Esto es particularmente cierto en cuanto al uso británico de la palabra. Ahora, cuando oigo a alguien usar la palabra antinomia, no sé con total seguridad si está hablando de una contradicción o una paradoja.

En el pensamiento cristiano hay muchas cosas que son paradójicas. Jesús fue tanto hombre como Dios. La Biblia dice que sólo podemos ser libres si nos hacemos siervos. Hay paradojas que son difíciles de entender pero que de ningún modo son contradictorias.

MISTERIO

En su forma más simple, la palabra misterio apunta hacia algo que no entendemos. El hecho de que algo sea misterioso no significa que no sea cierto. Es posible que con una mayor información lo entendamos, pero al presente se nos escapa. La Biblia nos recuerda esto:

Porque ahora vemos por un espejo, veladamente, pero entonces veremos cara a cara; ahora conozco en parte, pero entonces conoceré plenamente, como he sido conocido. (1 Corintios 13:12)

La Biblia nos revela muchos misterios. Por ejemplo, Pablo escribe:

He aquí, os digo un misterio: no todos dormiremos, pero todos seremos transformados en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la trompeta final. (1 Corintios 15:51-52)

Nuevamente, Pablo escribe:

… el misterio que ha estado oculto desde los siglos y generaciones pasadas, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer cuáles son las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria. (Colosenses 1:26-27)

Hay misterios que Dios ha revelado. Hay otros misterios que permanecen velados ante nuestro entendimiento. Cuando Pablo habla de la unión de un hombre y una mujer en matrimonio, agrega:

Grande es este misterio, pero hablo con referencia a Cristo y a la iglesia. (Efesios 5:32)

Recientemente, alguien me hizo esta pregunta: "R. C., ¿qué hace que la luz viaje a una velocidad de 300.000 kilómetros por segundo?" Me quedé perplejo. Tal vez los físicos o los astrónomos puedan responder esa pregunta. Yo no puedo. Sé que la luz viaja a esa velocidad, pero no sé por qué lo hace. Sé que la esencia del movimiento mismo ha desconcertado a los filósofos y los científicos durante milenios. Hay muchas dimensiones de la realidad que nos confunden, pero nuestra falta de comprensión con respecto

a ellas no las hace menos reales.

El misterio es frecuentemente confundido con la contradicción por una razón obvia . Actualmente, no podemos comprender ninguno. La diferencia es que un misterio puede ser entendido teniendo información adicional, pero una auténtica contradicción nunca puede ser entendida. No podemos entender las contradicciones porque son intrínsecamente ininteligibles. Nadie, sin importar cuán brillante sea, puede entender una contradicción.

Ahora bien, concedo sin reservas que la Trinidad es un misterio desconcertante. Es misteriosa para nosotros porque no entendemos cómo un ser puede incluir tres personas. Estamos acostumbrados a pensar en una proporción que iguala un ser con una persona. Cada persona individual que conozco en este mundo es un ser distinto. Sin embargo, no hay nada en el concepto puro de ser que requiera que limitemos dicho ser a una sola personalidad simplemente porque estamos acostumbrados a pensar que una persona implica un solo ser.

Tropezamos con el mismo tipo de misterio cuando contemplamos la persona de Cristo. Con respecto a Cristo, la iglesia atribuye dos naturalezas a una persona. En Cristo encontramos una persona que tiene una naturaleza humana y una naturaleza divina. Una vez más, esto va en contra de nuestro marco referencial acostumbrado. La idea de una persona con dos naturalezas o esencias distintas es ajena a nuestra experiencia. Sin embargo, no hay ninguna ley de la lógica que impida que una sola persona tenga dos naturalezas.

De nuevo, recordemos que una de las razones apremiantes tras la formulación de la Trinidad por parte de la iglesia en un primer momento fue cercar las fronteras contra los herejes. La iglesia tuvo que protegerse, por un lado, contra el triteísmo (la idea de tres dioses, que es una forma de politeísmo), y por otro lado, contra formas de unitarismo, las cuales negaban la deidad de Cristo y del Espíritu Santo.

La iglesia estableció dichos límites en el Concilio de Calcedonia en 451. Al declarar que Jesús era vere homo (verdaderamente hombre) y vere deus (verdaderamente Dios), la iglesia estaba trazando un rumbo entre visiones que negaban la deidad plena de Cristo y otras que negaban su verdadera humanidad.

Cuando yo era estudiante en el seminario, un profesor de teología que más tarde llegó a ser Decano de la Escuela de Teología de Yale hizo este comentario: “Caballeros, si ustedes quieren salir de las fronteras de Calcedonia, deben decidir que herejía escoger”.

ESENCIA Y PERSONA

En nuestra formulación de la Trinidad hemos hablado repetidamente de una distinción entre esencia (o ser) y persona. ¿De dónde vienen estos términos? ¿Cómo debemos entenderlos cuando los aplicamos a Dios?

Cuando hablamos de la esencia de Dios, estamos tomando prestado un concepto del pensamiento griego. Es el concepto de ser. Algunos teólogos protestan en este punto. Como ya hemos visto, este concepto ha sido atacado como manifestación de una intrusión de la filosofía pagana en la pureza del pensamiento hebreo.

Pareciera que algunos teólogos tuvieran más problemas con el idioma griego que el Espíritu Santo. Al Espíritu Santo le pareció bien usar el vehículo del idioma griego como un medio para transmitir la revelación que es el Nuevo Testamento. En el griego del Nuevo Testamento encontramos frecuentemente diversas formas de la palabra ousia, que es la palabra griega para “ser”. Es el participio presente activo del verbo “ser”.

El concepto de ser es fundamental para nuestro idioma. Me pregunto durante cuánto tiempo podríamos hablar o escribir sin regresar al uso de alguna forma del verbo “ser”. Palabras como soy, es, eres, somos, son, eras, éramos, eran, era y sus tiempos futuros tienen cada una sus raíces en el concepto de ser. Ser está referido a lo que algo es. Cuando el antiguo filósofo griego Parménides escribió las profundas palabras “Todo lo que es, es”, estaba haciendo una afirmación acerca del ser.

Cuando hablamos del ser de Dios o la esencia de Dios, estamos hablando sobre lo que Dios es. Creemos que Dios es sus atributos. Él es un ser simple y unificado en

el sentido de que no hay partes componentes que, al ser sumadas unas con otras,
constituyan su ser. Dios no está hecho de dos o más partes. Él es esencialmente uno.
Es por eso que la iglesia insiste en la tri-unidad de Dios. La pluralidad de per
sonas en la Divinidad no niega la unidad esencial de Dios. Pensar en la Trinidad
como si fueran tres partes de Dios es caer en el triteísmo, por medio del cual la
simplicidad y la unidad de Dios son destruidas. A cualquier costo, la iglesia h
a intentado asegurarse de que la integridad del monoteísmo bíblico permanezca intact
a.
Cuando la iglesia habla de tres personas en la Divinidad, se apoya en la Biblia.
Hay algunos textos bíblicos que son cruciales con respecto a esta materia.

EL PRÓLOGO DEL EVANGELIO DE JUAN

El prólogo del Evangelio de Juan Juan 1:1-18 ocupó un lugar central en la reflexión de l
a iglesia con respecto a la naturaleza de Cristo durante los tres primeros siglo
s de la historia cristiana. El uso que hace Juan del concepto de Logos (Verbo) p
ara referirse a Cristo cautivó el pensamiento de los teólogos. Hallamos aquí la enseñanz
a más abstracta y quizás más profunda del Nuevo Testamento con respecto a Jesús.
El Evangelio de Juan comienza con estas palabras:

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios.
Él estaba en el principio con Dios. (Juan 1:1-2)

Estas notables afirmaciones son hechas por Juan acerca del Verbo (en griego, Log
os). La primera señala que el Verbo existía "en el principio". Juan prosigue declarando
que el Verbo estaba activo en la creación. "En el principio" se refiere al tiempo de l
a creación e indica que el Verbo existía con anterioridad a la creación del mundo. Es
decir, el Logos existía antes de que el universo lo hiciera. Cuando los teólogos hab
lan de la "preexistencia" de Cristo, es esto lo que se quiere decir. Normalmente, la
teología cristiana enlaza la preexistencia con la eternidad. Es decir, al confesa
r la deidad plena de Cristo, la iglesia afirma que Jesús no sólo preexistió al mundo s
ino que preexistió a él eternamente.
Los mormones y los Testigos de Jehová están de acuerdo en que Jesús fue preexistente,
pero niegan que Él fuera/sea eterno. Puesto que la Biblia llama a Cristo "el primogéni
to de toda creación" y "engendrado" del Padre, estos grupos arguyen que Jesús fue la prime
ra criatura creada por el Padre. Jesús, entonces, participó posteriormente en la cre
ación del mundo.
Juan no dice solamente que el Logos preexistió al mundo. Dice que el Verbo estaba
con Dios. Hay dos importantes aspectos en esta afirmación. Primero, notamos el uso
de la palabra con. En el idioma griego hay tres palabras que pueden ser traduci
das a nuestro idioma mediante la palabra con. Existe la palabra sun, de la cual
derivamos el prefijo sin- (como en síntesis, sinagoga y sincronizar). Cuando sincr
onizamos nuestros relojes, igualamos el tiempo del uno con el otro. La palabra s
inagoga usa este prefijo para indicar un lugar donde la gente se reúne para estar
los unos "con" los otros.
La segunda palabra griega es la palabra meta. Ésta se traduce habitualmente como "co
n" en el sentido de estar "junto a". Cuando camino por la calle junto a mi esposa, cog
iéndola de la mano, estoy "con" ella en el sentido de meta.
La tercera palabra es la más íntima de las tres. Es la palabra griega pros. Esta pal
abrita sirve como base de una palabra más grande en el griego, prosopon, que signi
fica "rostro". El sentido que implica pros es estar con alguien en una relación cara a
cara. Esta es la palabra que Juan usa en el Prólogo. Cuando Juan declara que el L
ogos estaba "con Dios" en el principio, se expresa la idea de que el Logos disfrutab
a una relación cercana, íntima y personal con Dios.
La segunda característica importante de esta afirmación es que en ella Juan distingu
e claramente entre el Logos y Dios. Esta es una de las razones principales por l
as cuales debemos hacer distinciones en la Divinidad. La Biblia distingue claram
ente entre el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo. Juan 1 es la Evidencia A de est

a distinción.
Sin embargo, lo que cautiva más enfáticamente nuestra atención es la tercera afirmación de Juan. Él no se detiene luego de decir meramente que el Verbo estaba con Dios. P rosigue declarando: “Y el Verbo era Dios”.
Aquí tenemos la afirmación más clara e inequívoca
del Nuevo Testamento con respecto a la deidad de Cristo. Mientras que en la afir mación previa Juan distingue entre el Logos y Dios, ahora declara una identidad [i gualdad] entre el Logos y Dios usando una forma del verbo “ser”. Vemos aquí una identi ficación del ser del Logos con el ser de Dios.
Esta es una de las razones principales por las cuales la iglesia, buscando ser f iel a la Biblia, se ha visto forzada a insistir sobre una unidad de ser entre lo s miembros de la Trinidad. La Biblia declara claramente una identidad de ser ent re el Logos y Dios. Los dos son uno en ser o esencia.
Sin embargo, debemos seguir honrando la distinción que existe entre el Logos y Dio s. Hay dos cosas claras que se ven a partir de este pasaje: 1. Debemos sostener la unidad de ser que hay entre el Logos y Dios. 2. Debemos distinguir entre el L ogos y Dios sin violar la unidad esencial que hay entre ellos. Aunque los dos se distinguen, la distinción no debe ser una distinción o separación esencial.
Los mormones y los Testigos de Jehová llevan a cabo una increíble gimnasia lingüística p ara evadir la clara enseñanza de este texto. Ellos en verdad torturan el texto par a arrancar de él los puntos de vista que sostienen. Por ejemplo, la Biblia de los Testigos de Jehová traduce el texto de la siguiente manera:

Y el Verbo era un dios.

La justificación usada por los Testigos es una justificación lingüística errónea. En este texto, el artículo definido el se omite. El idioma griego no tiene un artículo indef inido.
Cuando un sustantivo aparece sin el artículo definido, se puede proveer el artículo indefinido un si el contexto lo justifica. Si alguna vez un contexto prohibió una inserción semejante, es el contexto de este versículo. Si los mormones y los Tes tigos de Jehová quieren insertar el artículo indefinido un aquí, caen al nivel más bajo del politeísmo. Si el Logos es “un” Dios pero no “el” Dios, debemos hacer la pregunta obvi a: ¿Cuántos Dioses hay? Si sabemos algo acerca del autor del Evangelio de Juan, es q ue fue un monoteísta incondicional.
La mayor parte de los mormones y los Testigos de Jehová estarían de acuerdo. Ellos t rasladan su defensa a una expresión más sutil. Dirigen la atención a una oscura frase proveniente de los labios de Jesús. En el contexto de un debate con sus detractore s, los judíos le dijeron a Jesús:

No te apedreamos por ninguna obra buena, sino por blasfemia; y porque tú, siendo h ombre, te haces Dios. Jesús les respondió: ¿No está escrito en vuestra ley: “Yo dije: sois dioses”? Si a aquellos, a quienes vino la palabra de Dios, los llamó dioses (y la E scritura no se puede violar), ¿a quien el Padre santificó y envió al mundo, vosotros d ecís: “Blasfemas”, porque dije: “Yo soy el Hijo de Dios”? Si no hago las obras de mi Padre , no me creáis; pero si las hago, aunque a mí no me creáis, creed las obras; para que sepáis y entendáis que el Padre está en mí y yo en el Padre”. (Juan 10:33–38)

Los mormones y los Testigos de Jehová señalan este texto para justificar la traducción de Juan 1:1 “y el Verbo era un Dios”. Aquí, Jesús cita una referencia del Salmo 82 en q ue la palabra dios es utilizada para los mortales. De manera que los mormones y los Testigos de Jehová arguyen que el hecho de que Juan declarara que el Logos era “un” dios no significa que el propósito de Juan en el Prólogo fuera afirmar que el Logo s era verdaderamente Dios.
Si, no obstante, observamos de cerca el texto en
Juan 10, veremos que en este intercambio sostenido con los judíos que acusaban a J esús de blasfemia, Jesús no estaba negando su deidad. Al contrario. El texto, en rea lidad, implica una fuerte afirmación de su deidad.
En este debate, Jesús está respondiendo a la acusación de blasfemia. Sus enemigos se a balanzaron sobre su afirmación de ser el Hijo de Dios. Le acusaron de blasfemia po

rque "tú, siendo hombre, te haces Dios". Aquí los judíos al menos entendieron lo que los m
ormones y los Testigos de Jehová no logran captar que Jesús en realidad afirmó ser Dios
.
La sutileza de la respuesta de Jesús debe entenderse en el contexto del método de de
bate que Él empleó. Es un ejemplo clásico de la forma de argumento ad hominem. En el mét
odo ad hominem, uno arguye "dirigido al hombre". Es decir, uno adopta momentáneamente
la postura de sus oponentes y la lleva a su conclusión lógica demostrando que es abs
urda (También se conoce como la forma de argumento reductio ad absurdum).
Los mormones y los Testigos de Jehová interpretan que Jesús estaba diciendo algo así: "¿Us
tedes me acusan de blasfemia porque me llamo a mí mismo el Hijo de Dios? Escuchen,
no pretendo decir nada más que lo que quiso decir el salmista. Yo no soy más divino
que aquellas criaturas que fueron llamadas „dioses" en el Antiguo Testamento".
En esta interpretación de Juan 10, Jesús estaría eludiendo la afirmación de blasfemia so
bre la base de que la palabra dios, en y de sí misma, no significa necesariamente
Deidad.
Sin embargo, ese no fue el punto de Jesús en el debate. En lugar de eso, el sentid
o de los comentarios de Jesús es algo así: "Si no fue blasfemia que el salmista dijera
„Vosotros sois dioses, y todos sois hijos del Altísimo" (Salmo 82:6), entonces es muc
ho menos blasfemo usar la palabra Dios para aludir al unigénito del
Padre. Es decir, si en un sentido menor todos los hijos de Israel fueron llamado
s hijos de Dios sin blasfemia, es mucho menos blasfemo llamar Dios a Aquel que e
s el Hijo de Dios en un sentido único".
En este mismo pasaje, Jesús habla de ser enviado al mundo por su Padre y luego dec
lara su unidad con el Padre: "El Padre está en mí y yo en el Padre".
Cuando volvemos a Juan 1:1, vemos otra razón que nos obliga a no traducir el versícu
lo diciendo "Y el Verbo era un dios". Si seguimos el razonamiento de los mormones y
los Testigos de Jehová, seríamos conducidos a concluir que en un solo momento Juan f
ue culpable de la peor clase de equivocación de significado. La falacia lógica de eq
uivocación ocurre cuando, durante el desarrollo de un argumento o proceso de razon
amiento, el significado de los términos de las premisas cambia. Juan escribe:

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios.

Con o sin el artículo definido, para que Juan razonara coherentemente, la palabra
Dios debe conservar su significado a lo largo de todo el pasaje. Si en la primer
a premisa la palabra Dios significa Dios Mismo, entonces, a menos que Juan se eq
uivoque, se debe aplicar el mismo significado en la segunda cláusula. Si seguimos
el argumento de los mormones y los Testigos de Jehová, tendríamos que asignar signif
icados radicalmente diferentes a la palabra Dios en una y la misma frase.
Cuando agregamos a todo esto que inmediatamente después de la afirmación Juan declar
a que todas las cosas fueron hechas a través del Logos, no cabe duda de que Juan e
stá identificando al Logos con el Dios Creador.
Concluimos, entonces, que Juan 1:1 exige que veamos tanto una distinción entre el
Logos y Dios de
cierta manera como una identidad entre ellos de otra manera .

EL USO HEBREO DE PERSONA

Cuando la fórmula trinitaria busca establecer la distinción entre los miembros de la
Trinidad en términos de persona en lugar de esencia, mira al Libro de Hebreos par
a extraer parte de su fundamento. El autor de Hebreos escribe:

Dios, que en diversas ocasiones y de diferentes maneras habló en el pasado a los p
adres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por su Hijo, al cual ha
designado como heredero de todas las cosas, por medio del cual hizo también los m
undos; el cual, siendo el resplandor de su gloria y la imagen expresa de su pers
ona, y sustentando todas las cosas por la palabra de su poder, habiendo purgado
nuestros pecados por sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas.

(Hebreos 1:1-3) [NKJV traducida]

Aquí, el autor de Hebreos describe a Cristo como "el resplandor de su gloria y la im
agen expresa de su persona". Vemos una distinción entre la persona del Padre y Aquel
que es la imagen expresa de esa persona. Juan Calvino comenta acerca de este te
xto:

Cuando el Apóstol llama al Hijo de Dios "la imagen expresa de su persona" (Hebreos 1:3
), indudablemente atribuye al Padre alguna subsistencia en la cual difiere del H
ijo. (Institución, I/XIII/2) [Versión Beveridge traducida]

PERSONA, SUBSISTENCIA E HIPÓSTASIS

En la cita de Calvino observamos que hace uso de una palabra técnica que se halla
frecuentemente en el lenguaje teológico. Es la palabra subsistencia.
Hay tres palabras en nuestro idioma que guardan una estrecha interrelación pero qu
e pueden ser distinguidas entre ellas. Estas palabras son esencia, existencia y
subsistencia.
Una de las preguntas que frecuentemente me plantean los laicos es ¿Qué es el existen
cialismo? Todo el mundo ha oído la palabra existencialismo, y la mayoría tiene una e
specie de percepción vaga y oscura de lo que significa. Hay una disposición de ánimo e
xistencialista que ha sido ampliamente comunicada a través de la literatura, el dr
ama, las películas y otras formas de arte.
Un portavoz fundamental del existencialismo durante el siglo veinte fue el autor
francés Jean-Paul Sartre, que murió en 1980. Sartre acuñó una frase que ha llegado a se
r una especie de lema o eslogan para el existencialismo. Su frase, traducida a n
uestro idioma, es "la existencia precede a la esencia". Dado el propósito que tenemos
aquí, podemos pasar por alto la importancia filosófica total de esta frase. Lo que i
mporta para nuestro asunto inmediato es que la frase establece una aguda distinc
ión entre existencia y esencia, o entre existencia y ser.
En nuestra forma común de hablar, habitualmente usamos intercambiablemente la pala
bra existencia con la palabra ser. Decimos que las personas existen y que Dios e
xiste. Decimos que las personas son seres y que Dios es un ser. Distinguimos el
ser de Dios y el ser de las personas llamándonos a nosotros mismos seres humanos y
a Dios el Ser Supremo. Hacemos esto porque reconocemos que Dios pertenece a un
orden más alto de ser que nosotros. Somos seres creados. Somos dependientes, deriv
ados,
finitos, seres cambiantes. En una palabra, somos criaturas. Dios no es una criat
ura. Él es increado, independiente, no derivado, infinito e invariable. No obstant
e, es un ser.
Cuando decimos que Dios "existe", queremos decir que Él real y verdaderamente es. Sin
embargo, hay un sentido técnico en el cual es inadecuado decir que Dios existe.
Eso puede parecer escandaloso. De ninguna manera estoy cuestionando la realidad
del ser de Dios. Sin embargo, el ser de Dios es aun más alto que la mera "existencia".

La palabra existir proviene de las palabras latinas que significan, literalmente
, "estar fuera de" (ex-, "fuera de", más sistere, "estar"). ¿Qué es aquello de lo cual las
xistentes están "fuera"? Originalmente, el concepto era este: Existir es estar fuera d
el ser. No significa que existir sea estar completamente fuera del ser. Si estuv
iéramos completamente fuera del ser, no seríamos. Lo único que está completamente fuera
del ser es la no existencia o la nada.
"Estar fuera" del ser significa algo como tener un pie en el ser y el otro en el no
ser. El punto de esta sutil distinción es hacer sitio para el ser de las criaturas
que es finito y cambiante. Nuestro ser no es un ser en estado puro. Nuestro ser
está mezclado con el llegar a ser. Somos tanto reales como potenciales. Siempre e
stamos cambiando. Sin embargo, Dios no cambia. Él no tiene potencial. Él es realidad
pura. Él es eternamente lo que es. Como le dijo a Moisés, "YO SOY EL QUE SOY".
La trama se complica (como si aún no se hubiera complicado lo suficiente). La pala
bra subsistencia establece otra distinción sutil. Subsistir significa literalmente

"estar por debajo" de algo. En teología, no significa estar fuera del ser sino debajo
del ser.
Cuando Juan Calvino y otros teólogos hablan de personas en la Trinidad, quieren de
cir que en la Trinidad
tenemos una esencia (ser) y tres subsistencias. Las tres personas de la Divinida
d subsisten en la esencia divina.
En la formulación de la Trinidad, la palabra persona proviene de la misma palabra
en latín (persona). Es una combinación del prefijo per- ("a través") y la raíz sono. En e
teatro romano, una persona era una máscara a través de la cual hablaban los actores.
Todos hemos visto los símbolos de las máscaras que son el sello distintivo del mund
o del teatro. La máscara del rostro feliz simboliza la comedia y la máscara del rost
ro triste simboliza la tragedia.
Hubo una gran lucha en torno al uso de la palabra persona en la teología debido a
su origen en el lenguaje del teatro. La palabra griega que se halla en el Nuevo
Testamento y que se traduce en el latín y en nuestro idioma como persona es hypost
asis. En consecuencia, cuando hablamos de la Trinidad hablamos de la "unión hipostátic
a de la Divinidad".
Prosiguiendo con sus comentarios acerca de Hebreos 1, Calvino escribe:

Porque siendo la esencia divina simple e individua, incapaz de división alguna, el
que la tuviere toda en sí y no por partes ni comunicación, sino total y enteramente
, este tal sería llamado "carácter" e "imagen" del otro impropiamente. Pero como el Padre,
unque sea distinto del Hijo por su propiedad, se representó del todo en éste, con to
da razón se dice que ha manifestado en él su hipóstasis. (I/XIII/2)

Refiriéndose al versículo en que Hebreos describe a Cristo como el "resplandor de su g
loria", Calvino afirma:

Ciertamente, de las palabras del Apóstol se deduce que hay una hipóstasis propia y q
ue pertenece al
Padre, la cual, sin embargo, resplandece en el Hijo; de donde fácilmente se conclu
ye también la hipóstasis del Hijo, que le distingue del Padre. Lo mismo hay que deci
r del Espíritu Santo, el cual luego probaremos que es Dios; y, sin embargo, es nec
esario que lo tengamos como hipóstasis diferente del Padre. Pero esta distinción no
se refiere a la esencia, dividir la cual o decir que es más de una es una blasfemi
a. Por tanto, si damos crédito a las palabras del Apóstol, síguese que en un solo Dios
hay tres hipóstasis. Y como quiera que los doctores latinos han querido decir lo
mismo con este nombre de "Persona", será de hombres fastidiosos y aun contumaces quere
r disputar sobre una cosa clara y evidente. Si quisiéramos traducir al pie de la l
etra lo que la palabra significa diríamos "subsistencia". (I/XIII/2)

Vemos, entonces, que cuando la iglesia cristiana confiesa su fe en un Dios triun
o, tiene la intención de expresar la idea de que hay una sola esencia o ser, no tr
es, pero habiendo tres personalidades subsistentes distintivas en la Divinidad.
Los nombres Padre, Hijo y Espíritu Santo indican distinciones personales en la Div
inidad pero no divisiones esenciales en Dios. Espero que los lectores hayan segu
ido el argumento hasta aquí. Y lo más importante, espero que capten su importancia p
ara una discusión del Espíritu Santo. La mayor parte de los creyentes estaría feliz de
dejarles la conversación teológica a los teólogos profesionales y seguir viviendo la
vida cristiana. Sin embargo, siglos de actividad teológica han dejado claro que la
vida cristiana no se vive correctamente sin tener las creencias correctas como
fundamento. No todos los cristianos necesitan ser eruditos teológicos con educación
de seminario, pero todo cristiano necesita entender la naturaleza del Dios que a
doramos (Se
supone que debemos amar a Dios con toda nuestra mente). A veces la comprensión es
fácil, como cuando el pecador, viendo su necesidad y la misericordia de Dios, dice
con total sinceridad "Dios, ten piedad de mí, pecador". Sin embargo, a veces se requi
ere más trabajo mental. Y en medio de tantas opiniones y afirmaciones opuestas sob
re Dios y el Espíritu Santo, el trabajo mental es esencial.
Podríamos prescindir de toda la teología técnica acerca de la Trinidad si todos estuviér

amos de acuerdo en que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios y no
obstante el Hijo no es el Padre, ni el Espíritu es el Hijo, sino que cada uno tie
ne su subsistencia única.

En el plan de creación y redención hablamos de la subordinación de ciertas personas de
la Divinidad con respecto a otras. Por ejemplo, aunque Dios el Hijo es coeterno
y coesencial con el Padre, en la obra de redención es el Padre quien envía al Hijo
al mundo. El Hijo no envía al Padre. De forma similar, la Escritura dice que el Hi
jo es engendrado por el Padre; el Padre no es engendrado por el Hijo.

Del mismo modo, creemos que el Espíritu Santo es enviado por y procede del Padre y
del Hijo juntos. El Espíritu no envía al Padre ni al Hijo. Ni tampoco el Hijo ni el
Padre proceden del Espíritu Santo. En la obra de redención, así como el Hijo está subor
dinado al Padre, el Espíritu Santo está subordinado tanto al Padre como al Hijo.
Estar subordinado en la obra de redención, sin embargo, no significa ser inferior
. El Hijo y el Espíritu Santo son iguales al Padre e iguales entre ellos en ser, g
loria, dignidad, poder y valía.

CAPÍTULO CINCO

EL ESPÍRITU SANTO
EN LA CREACIÓN

Espíritu Creador, por cuya ayuda Fueron puestos primero los cimientos del mundo, V
en, visita cada mente humilde; Ven, derrama tus alegrías sobre toda la humanidad.
HIMNO LATINO,
"Veni Creator Spiritus"

LA IGLESIA en Corinto estaba atormentada por problemas de desorden en la congreg
ación. Los dones del Espíritu Santo, y particularmente el de hablar en lenguas, esta
ban siendo objetos de abuso y mal uso. Lo que sucedía allí podría ser descrito adecuad
amente como una refriega carismática.
El apóstol Pablo escribió al menos dos cartas principales a la iglesia corintia con
el fin de proveer consejo y exhortación pastoral. En su primera epístola insistió, a l
o largo de tres capítulos, en la importancia de ejercer el uso de los dones espiri
tuales de manera ordenada. Dijo:

Que todo se haga decentemente y con orden. (14:40)

Yo soy parte de lo que se conoce como la tradición Presbiteriana-Reformada. La ima
gen cultural de los presbiterianos es la de ser clérigos serios y aburridos que ar
rugan la frente ante la menor insinuación de espontaneidad espiritual. Hay una anécd
ota que ilustra este punto:

Un ser de otro planeta vino a la tierra y visitó tres iglesias. Una era metodista,
la segunda era bautista y la tercera era presbiteriana. Al presentar un informe
ante sus superiores, dijo "Cuando visité la iglesia metodista, lo único que oí fue „¡Fueg
¡Fuego!" Cuando visité la iglesia bautista, lo único que oí fue „¡Agua! ¡Agua!" Y cuando
e los presbiterianos, lo único que oí fue „¡Orden! ¡Orden!""

A veces pareciera que el único texto que los presbiterianos han leído en 1 Corintios
es "Que todo se haga decentemente y con orden". La vida de iglesia debe tratarse de
algo más que del orden. Sin embargo, no podemos evitar el hecho histórico de que la
iglesia corintia estaba siendo afectada por un problema de desorden. Aparenteme
nte, la situación no fue corregida mediante los esfuerzos hechos por Pablo en sus
epístolas. Clemente, obispo de Roma, envió posteriormente una carta a Corinto en la
que suplicó a los corintios que releyeran y obedecieran las instrucciones de Pablo
.
Al abordar la caótica situación de Corinto, Pablo hizo esta importante observación:

Dios no es autor de confusión. (1 Corintios 14:33) [NKJV traducida]

La declaración apostólica está cargada de repercusiones teológicas. Nos preguntamos qué te
nía
Pablo en mente cuando expuso este principio dominante. Su mandato de que todas l
as cosas fueran hechas decentemente y con orden descansaba, obviamente, en este
principio: el desorden y el caos no están de acuerdo con el carácter de Dios. El des
orden, el caos, la falta de armonía y la confusión son elementos incoherentes con el
carácter de Dios. Estas características manan de las criaturas caídas, no del Creador
.
Cuando Pablo habla de aquello de lo cual Dios es autor y aquello de lo cual no l
o es, probablemente estaba pensando en la forma en que Dios actuó en la creación ori
ginal.
La historia de la creación en Génesis 1 se concentra en el triunfo de Dios sobre cua
lquier amenaza de caos o confusión. En el corazón de esta consideración se halla el ro
l del Espíritu Santo en la creación.
Las primeras líneas de Génesis registran estas palabras:

En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba sin orden y v
acía, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo, y el Espíritu de Dios se movía s
obre la superficie de las aguas. (Génesis 1:1-2)

El primer versículo de Génesis revela el acto inicial de la creación del universo por
parte de Dios. “En el principio” debe ser tomado en su sentido absoluto. Este versícul
o declara el enorme poder que Dios desplegó al traer el mundo a la existencia a pa
rtir de la nada (en latín, ex nihilo). Esta no es una descripción de un acto en que
Dios meramente moldeó o formó una materia preexistente. El acto divino de Dios fue g
enerar algo a partir de la nada, una acción que sólo Dios puede llevar a cabo.
Cuando usamos la palabra creativo para describir los dones y los talentos de los
artistas o músicos humanos, en
el mejor de los casos estamos usando el término en un sentido analógico. Ningún ser hu
mano tiene la capacidad de ser creativo en el sentido en que Dios es creativo. T
odas las personas creativas usan algún medio ya existente para desplegar su creati
vidad. Un artista creativo puede dar forma a cosas palabras, notas musicales, pin
turas de una manera nueva y sorprendente, pero no obra ex nihilo.
La palabra hebrea que usa Génesis para “crear” es bara, que en el Antiguo Testamento e
s usada exclusivamente en referencia a Dios y su actividad. Nunca se aplica a lo
s seres humanos.
En el segundo versículo de Génesis 1 encontramos un pasaje polémico:

La tierra estaba sin orden y vacía, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo
.

Lo polémico de este versículo es la presencia de tres términos descriptivos sin orden,
vacía, tinieblas . Piense por un momento en la importancia de estas palabras. ¿Qué evoca
n en su mente los conceptos de desorden, vaciedad y tinieblas? Hay algo muy omin
oso en estas palabras. Son características amenazantes.
Debido al carácter ominoso de estos términos, se han propuesto diversas teorías para e
xplicar su presencia.
Ciertos eruditos críticos ven en estas palabras la presencia de elementos del mito
en la narración de Génesis. Muchos antiguos veían la creación del mundo en términos de un
a lucha cósmica entre fuerzas de oscuridad y fuerzas de luz. En el mito babilónico,
la creación resultaba de una lucha primordial con el caos y los monstruos marinos.

Un enfoque relativamente reciente y muy popular de Génesis 1:2 es la llamada Teoría
del Intervalo o Hipótesis
de la Restitución. Según este enfoque, sólo el versículo 1 de Génesis se refiere al acto o
riginal de creación divina. Lo que viene después del versículo 1 es una descripción de l
a restauración redentiva que Dios hace de un universo ya caído. Es decir, hay un eno
rme intervalo de tiempo entre el versículo 1 y el versículo 2 quizás billones de años . E
ese intervalo de tiempo ocurrió la caída de Lucifer y sus ángeles, como también el saque
o del universo original.
Una consideración clave en esta teoría se halla en el verbo estaba del versículo 2. La
mayoría de las traducciones de la Biblia dicen “Y la tierra estaba sin orden”. Los teór
icos del Intervalo han observado que el verbo hebreo en este pasaje puede traduc
irse como llegó a estar. Por lo tanto, ellos traducen el texto de esta manera:

La tierra llegó a estar sin orden y vacía.

En esta traducción, el versículo 2 describe la desintegración del universo en un caos
que fue resultado del pecado. La Teoría del Intervalo es atractiva para muchos por
que ofrece una explicación viable para la presencia de los amenazantes términos deso
rden, vaciedad y tinieblas. También ofrece una vía de escape para aquellos que están c
onvencidos de que el Libro de Génesis refleja una situación de vida de origen relati
vamente reciente en oposición a las teorías científicas y la evidencia de que el unive
rso tiene billones de años y el hombre, por lo menos, millones de años.
La tensión entre la ciencia y la religión se ha intensificado gracias al intento del
Arzobispo Ussher por fechar la creación. Trabajando matemáticamente a partir de las
genealogías presentadas en la Biblia, Ussher, un obispo irlandés que vivió en los 160
0s, calculó que la creación del mundo ocurrió en 4004 A. C. (He visto ediciones de la
Biblia que han impreso esta fecha en el

margen superior de la primera página de Génesis).

A pesar del hecho de que la Biblia no ofrece una fecha de creación específica ni aproximada, multitudes de cristianos fueron educados con la enseñanza de que el mundo fue creado en 4004 A. C. Para defender esa tesis contra los ataques de la ciencia moderna, se subieron al carro de la Teoría del Intervalo.

Yo no estoy persuadido de la verdad de la Teoría del Intervalo. Tiene algunas debilidades serias. Primero, aunque es posible que el verbo hebreo en cuestión pueda traducirse como llegó a estar en vez de estaba, el uso preponderante del verbo en el Antiguo Testamento favorece altamente el uso de estaba. Segundo, la teoría parece ser una invención artificial nacida de una disputa con la ciencia que, en mi opinión, no sería necesaria si no fuera por las especulaciones en la línea de Ussher. Finalmente, no puedo creer que Génesis dedique un solo versículo al crucial acto de la creación original, y luego, abruptamente, sin aviso ni explicación, pase de un salto por sobre millones o billones de años de eventos cósmicos de una importancia crítica sin mencionarlos. En otras palabras, el sentido evidente de los primeros versículos de Génesis indica una secuencia unificada de eventos enlazados.

Yo prefiero la interpretación de los primeros versículos de Génesis como una descripción de las etapas de la creación según la cual los elementos del versículo 2 describen la creación aún desordenada y vacía. Describe la condición de la tierra en su etapa inicial antes de alcanzar su estado final.

Como quiera que entendamos la primera parte del versículo 2, aún enfrentamos estas preguntas: ¿Cómo llevó Dios a cabo su obra de creación? ¿Cuál fue el rol del Espíritu Santo
La única pista que tenemos con respecto al cómo de la creación está en el versículo 3:

Y dijo Dios: Sea la luz. Y hubo luz.

El poder de la creación se halla en el poder del mandato de Dios. Siglos atrás, Agustín escribió acerca de la creación. Declaró que la fuente del poder creativo de Dios se halla en el "Imperativo Divino". Describió la creación como "creación por fiat". El términ proviene de la forma imperativa del latín "ser". Dios creó el mundo a partir de la fuerza pura de su mandato. Él habló en imperativo "¡Sea!" y hubo.

Esto es lo que separa el poder creativo de Dios de toda la creatividad que caracteriza a las criaturas. Ningún artista puede pintar una obra maestra simplemente hablándoles al lienzo y la pintura, ni puede traer a la existencia al lienzo y a la pintura a partir de la nada. Ningún compositor puede crear una sinfonía simplemente gritándoles a los instrumentos de viento de madera y de bronce.

¿Cómo levantó Jesús a Lázaro de entre los muertos? No entró a la tumba y le administró RCP animación Cardiopulmonar]. Permaneció a distancia y llamó a Lázaro de regreso a la vida. Jesús pronunció un mandato un imperativo divino : "¡Lázaro, ven fuera!" Al sonido de la Jesús, las ondas cerebrales se activaron en el cráneo de Lázaro. Su corazón empezó a latir y la sangre comenzó a circular de nuevo por sus venas. El cadáver frío e inerte comenzó a moverse, y Lázaro rompió las cuerdas de la muerte. Todo esto sucedió por el puro mandato del Dios Encarnado.

Dios no necesitó manos ni pies en su obra de creación. No hubo necesidad de herramientas. Él podía mover el mundo sin usar una palanca de Arquímedes. Su voz era suficiente. Dios habló y se cumplió. Algo brotó a partir de la nada.

EL ESPÍRITU INCUBADOR

Añadida al imperativo divino, sin embargo, estaba la "incubación" divina por parte del Espíritu Santo. Génesis dice:

Y el Espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas. (1:2)

Hay una duda con respecto al significado exacto de la palabra hebrea en Génesis 1:2 que a veces se traduce como "moverse sobre" [o revolotear] y otras veces como "incubar". La palabra aparece sólo dos veces más en el Antiguo Testamento. La encontramos en Jeremías 23:9:

En cuanto a los profetas: quebrantado está mi corazón dentro de mí, tiemblan todos mis

huesos. (Énfasis añadido)

Aquí, la palabra transmite la idea de temblar. Encontramos otra vez la palabra en Deuteronomio 32:11:

Como un águila que despierta su nidada, que revolotea sobre sus polluelos, extendió sus alas y los tomó, los llevó sobre su plumaje. (Énfasis añadido)

Cuando pensamos en la actividad de un ave madre "incubando", nos inclinamos a pensar en cuando se sienta sobre sus huevos para mantenerlos calientes antes de que se produzca el rompimiento del cascarón. En la imaginería de Deuteronomio, sin embargo, los huevos ya se han roto. G. C. Aalders comenta:

La palabra incubar sencillamente no cabe una vez que los huevos se han roto y la madre está dedicada a educar a sus pequeños. Por lo tanto, es más probable que aquí la palabra esté referida al ave madre vigilando a sus pequeños mientras aprenden a volar. Cuando ellos no consiguen volar, ella desciende rápidamente para ponerse debajo de ellos y les libra de caer. Cuando se considera todo, la traducción "revoloteaba" aún tiene la preferencia.3 Aalders continúa su explicación de est pasaje:

3 G. C. Aalders, Genesis [Génesis], vol. 1 del Bible Student's Commentary [Comentario del Estudiante de la Biblia], trad. William Heyman (Grand Rapids: Zondervan, 1981), 56. 4 Ibíd.

¿Cuál, entonces, es el propósito de este movimiento del Espíritu de Dios sobre las aguas? Es obvio que no indica una mera presencia del Espíritu Santo. La intención, aparentemente, es indicar que un poder activo proveniente del Espíritu de Dios actúa sobre la sustancia de la tierra que ya ha sido creada. Esta actividad tiene una relación directa con la obra creativa de Dios. Tal vez podemos decir que el Espíritu preserva este material creado y lo prepara para la actividad creativa posterior de Dios a través de la cual el entonces desordenado mundo llegaría a ser un todo bien ordenado a medida que los actos creativos posteriores se desarrollaran.4 Cuando consideramos el significado total de "crear" (bara) en Génesis, nos damos cuenta de que, cuando Dios crea algo, también sostiene aquello sustentando todas las cosas por su poder.

La creación no es una obra en staccato. Para usar otro término musical, es en sostenuto, sostenida. En la música, pensamos en las notas en staccato como notas cortas, precisas, percutidas. Su duración es rápida y concisa. Una nota sostenida perdura. Tiene resistencia. Nunca es abrupta. Una nota en un órgano puede, en teoría, durar para siempre, tanto como dure la presión sobre la tecla. La creación es como esa clase de nota.

Parte de la obra del Espíritu es "moverse" sobre la creación manteniendo las cosas intactas. En este sentido, vemos al Espíritu como el Preservador divino y el Protector. El Espíritu trabaja para mantener lo que el Padre trae a la existencia.

Lo más notable en el pasaje de Génesis es el rol del Espíritu como Ordenador de la creación. El Espíritu genera orden a partir del desorden. Su presencia excluye la posibilidad de caos o confusión. Vemos aquí al Espíritu Santo trayendo integridad al mundo. Lo que quiero decir aquí con integridad es la estructura de la totalidad, la integración de las partes del cosmos con el todo. Es debido a Él que tenemos cosmos en vez de caos.

Es digno de mención el hecho de que hay un claro paralelo entre la obra del Espíritu en la creación y su obra en la redención. Como nuestro Santificador, Él se mueve sobre sus hijos para producir integridad en sus vidas. Él ordena y preserva lo que Dios crea y redime.

Al "moverse" el Espíritu sobre las aguas, ya no hay más desorden. El universo desestructurado adquiere una maravillosa estructura. Las complejidades de esa estructura llegaron a ser el punto focal de la investigación científica. La ciencia es posible gracias a que el universo es ordenado y gobernado por leyes coherentes. Los científicos no podrían hacer su trabajo en un mundo irregular y caótico.

Antes de que el Espíritu "se mueva", el universo inconcluso está marcado por la vaciedad

. De los tres términos descriptivos de Génesis 2, quizás éste es el más aterrador para el alma del hombre. La desesperación humana es expresada frecuentemente en términos de un
espantoso sentimiento de vacuidad, un sentido del vacío y la amenaza de ello. En e
l más oscuro estado de ánimo del existencialismo pesimista oímos hablar del abismo, la
oscuridad estigia del vacío absoluto, el foso de la nada. Aun en las relaciones h
umanas tenemos un fastidioso sentido de la amenaza de la vacuidad, la cual ident
ificamos con la triste soledad.
El Espíritu Santo llena lo vacío. Lo conquista. Cuando su obra está acabada, el univer
so una vez solitario rebosa con una abundancia de flora y fauna. La tierra yerma
se transforma en un pulsante campo de vida. Necesitamos aquí al Espíritu de Dios co
mo Aquel que llena todas las cosas. Sumado, entonces, a su rol de Formador y Pre
servador, está su rol de Abastecedor de vida.

EL ESPÍRITU COMO ILUMINADOR

Sin embargo, el Espíritu no suspende su actividad tras formar lo informe y llenar
lo que estaba vacío. Cuando su obra está acabada, la oscuridad primordial es derrota
da. Al moverse el Espíritu, Dios emite su primer imperativo: "Sea la luz". Y las luces
se encienden.
La imagen de la luz en la Escritura es crucial. Encierra un marcado contraste co
n las formas de dualismo religioso. En algunas religiones, la metáfora expresa las
imágenes de luz y oscuridad como fuerzas iguales y opuestas encerradas en una luc
ha eterna por la supremacía. No hay esperanza de redención final donde las fuerzas o
puestas están igualadas. Lo mejor que puede suceder es un empate. En un esquema co
mo ése, la redención es una ilusión vana.
En la Biblia, el poder de la oscuridad no es un rival digno para el poder de la
luz. No hay un solo indicio de llegar a un punto muerto dualístico. La oscuridad d
ebe
ceder ante la luz.
Siempre me ha intrigado el poder de la luz sobre la oscuridad. Cuando era niño, te
mía bajar por la escalera que llevaba al sótano a menos que primero encendiera las l
uces. Recuerdo cuando entraba en el escalofriante corredor y me quedaba aterrori
zado en la densa oscuridad del descansillo de la escalera. Temblaba mientras bus
caba a tientas el interruptor. Mi espíritu se llenaba de alivio cuando mis dedos h
allaban el interruptor y yo lo presionaba. No tenía que pasar minutos de agonía espe
rando el resultado de una batalla entre la oscuridad y la luz. En el mismo insta
nte en que yo presionaba el interruptor, la aterradora oscuridad desaparecía. La e
scalera quedaba instantáneamente bañada de luz y yo podía bajar los escalones con resu
elto valor.
Juan lo dijo de esta manera:

En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en las
tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. (Juan 1:4-5)

En la obra de creación y de redención, el Espíritu Santo funciona como el Iluminador d
ivino. Aquel que ilumina los cielos inspira también la Escritura, revela la Palabr
a de Dios e ilumina la Palabra para nuestro entendimiento.

EL ESPÍRITU SANTO COMO FUENTE DE PODER

Cuando Dios crea vida, obra a través del Espíritu Santo. En el Concilio ecuménico de C
onstantinopla en 381 D. C., la iglesia confesó y declaró que el Espíritu Santo es el "Da
dor de la vida" (zoapoion). El Espíritu es la fuente inmediata de toda vida.
Estamos acostumbrados a pensar que las únicas
personas que "tienen" al Espíritu Santo son los creyentes regenerados. El Espíritu Santo
mora en el creyente y, por lo tanto, éste tiene al Espíritu Santo en un sentido red
entivo.

Sin embargo, hay otro sentido en el cual toda la humanidad, creyentes y no creye
ntes por igual, "tiene" al Espíritu Santo. En el sentido de la creación (distinguida de
la redención), todo el mundo participa del Espíritu Santo. Puesto que el Espíritu Sant
o es la fuente y el suministro de poder de la vida misma, nadie puede vivir comp
letamente separado del Espíritu Santo. Pablo les declaró a los atenienses:

(…) para que buscaran a Dios, si de alguna manera, palpando, le hallen, aunque no
está lejos de ninguno de nosotros; porque en Él vivimos, nos movemos y existimos, así
como algunos de vuestros mismos poetas han dicho: "Porque también nosotros somos lin
aje suyo". (Hechos 17:27-28)

Es en Dios, a través de su Espíritu, que "vivimos, nos movemos y existimos". Sin el Espíri
tu Santo no hay vida, ni movimiento, ni existencia. El Espíritu es la fuente de po
der para todas estas cosas.
En el relato original de la creación de la vida humana leemos:

Entonces el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz el
aliento de vida; y fue el hombre un ser viviente. (Génesis 2:7)

En este pasaje vemos que el hombre recibe la vida como un resultado de que Dios "s
opla" en él. Hay un juego que se produce con la palabra hebrea ruach. Esta palabra p
uede traducirse como "aliento" o "espíritu". El aliento de vida está inseparablemente unid
al Espíritu
Santo. Es por medio del Espíritu Santo que los hombres llegan a ser seres viviente
s.
El Espíritu Santo es también la fuente de vida para las plantas y los animales. La h
ierba crece gracias al Espíritu.

Todos ellos esperan en ti, para que les des su comida a su tiempo. Tú les das, ell
os recogen; abres tu mano, se sacian de bienes. Escondes tu rostro, se turban; l
es quitas el aliento, expiran, y vuelven al polvo. Envías tu Espíritu, son creados,
y renuevas la faz de la tierra. (Salmo 104:27-30)

Note la actividad del Espíritu Santo en la profecía de Isaías con respecto al florecim
iento de la tierra.

(…) hasta que se derrame sobre nosotros el Espíritu desde lo alto, el desierto se co
nvierta en campo fértil y el campo fértil sea considerado como bosque. (Isaías 32:15)

Job mira al Espíritu Santo como el Autor de su vida:

El Espíritu de Dios me ha hecho, y el aliento del Todopoderoso me da vida. (Job 33
:4)

El Espíritu Santo es el poder de la vida misma. En el Nuevo Testamento, el concept
o de poder está estrechamente vinculado con el Espíritu Santo. La palabra griega que
se usa frecuentemente con referencia al poder del Espíritu Santo es dunamis, pode
r. Tenemos dos importantes palabras derivadas del griego dunamis. La primera es
la palabra dinamita. La segunda es más importante para la consideración que estamos
haciendo aquí. Es la palabra dinámico. Cuando usamos la palabra dinámico, habitualment
e nos referimos a lo que es
"animado" y "activo". Encapsula la energía de la vida misma.
Es el Espíritu Santo el que suministra la dinámica del mundo creado. Gracias a su po
der, el universo tiene vida y movimiento.
Como hemos visto anteriormente, hay un paralelo entre la obra del Espíritu en la c
reación y su obra en la redención. Así como Él es el poder generador de la vida biológica,
del mismo modo es la fuente y el poder generador de la vida espiritual. Su obra
en la redención refleja y complementa su obra en la creación. Él obra tanto en la cre
ación como en la re-creación de un mundo caído.

CAPÍTULO SEIS

LA NUEVA GÉNESIS:
EL ESPÍRITU SANTO Y LA REGENERACIÓN

Sin la presencia del Espíritu no hay convicción, ni regeneración, ni santificación, ni purificación,ni obras aceptables (…)
La vida se halla en el Espíritu avivador.
W. A. CRISWELL

NACIMIENTO y renacimiento. Ambos son el resultado de la operación del Espíritu Santo. Así como nada puede vivir biológicamente aparte del poder del Espíritu Santo, ningún hombre puede llegar a vivir para Dios sin la obra del Espíritu.

En su conversación con Nicodemo, Jesús dijo lo siguiente acerca del Espíritu Santo:

Con toda certeza, te digo, a menos que uno nazca de nuevo, no puede ver el reino
de Dios. (Juan 3:3) [NKJV traducida]

"Nacer de nuevo" es experimentar una segunda génesis. Es un nuevo comienzo, es partir
de cero en la vida. Cuando algo comienza, decimos que ha sido
generado. Si vuelve a empezar, es regenerado. El verbo griego geniauo que se tra
duce como "generar" significa "ser", "llegar a ser" o "suceder". La regeneración obrada po
itu Santo es un cambio. Es un cambio radical hacia una nueva clase de ser.
Ser regenerados no significa que seamos cambiados de seres humanos a seres divin
os. Significa que somos cambiados de seres humanos espiritualmente muertos a ser
es humanos espiritualmente vivos.
Las personas espiritualmente muertas son incapaces de ver el reino de Dios. Es i
nvisible para ellas, no porque el reino mismo sea invisible, sino porque los esp
iritualmente muertos son también espiritualmente ciegos.

LA REGENERACIÓN COMO ALGO NECESARIO

Cuando Jesús usa la expresión a menos al hablar con Nicodemo, está declarando lo que l
lamamos una condición necesaria. Una condición necesaria es un prerrequisito absolut
o para que tenga lugar un resultado deseado. No podemos tener fuego sin la prese
ncia de oxígeno porque el oxígeno es una condición necesaria para el fuego.
En la jerga de la cristiandad, la gente habla de cristianos "nacidos de nuevo". Técnic
amente hablando, esta frase es redundante. Si una persona no ha nacido de nuevo,
si no es regenerada, entonces no es cristiana. Puede ser miembro de una iglesia
cristiana, puede profesar ser cristiana, pero a menos que una persona sea regen
erada, no está en Cristo ni Cristo está en ella.
La expresión a menos convierte a la regeneración en una condición sine qua non de la s
alvación. Si no hay regeneración, no hay vida eterna. Sin regeneración, una persona no
puede ver el reino ni entrar al reino.
Cuando Nicodemo fue desconcertado por la enseñanza de Jesús, respondió:

¿Cómo puede un hombre nacer siendo ya viejo? ¿Acaso puede entrar por segunda vez en el
vientre de su madre y nacer? (Juan 3:4)

La respuesta de Nicodemo casi parece un intento de ridiculizar la enseñanza de Jesús
. En términos burdos, sugiere que Jesús debe querer decir que una persona totalmente
desarrollada debe tratar de llevar a cabo la difícil tarea de regresar al útero de
su madre.
Nicodemo no logró distinguir entre el nacimiento biológico y el nacimiento espiritua
l. No diferenció entre la carne y el espíritu. Jesús contestó a su respuesta diciendo:

Con toda certeza, te digo, a menos que uno nazca del agua y del Espíritu, no puede
entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, es carne, y lo que es
nacido del Espíritu, es espíritu. No te maravilles de que te dije "Debes nacer de nu
evo". (Juan 3:5-7) [NKJV traducida]

Una vez más, Jesús da comienzo a sus palabras diciendo "Con toda certeza, te digo…" La fra
se "Con toda certeza" el amén hebreo, trasladado al Nuevo Testamento indica un fuerte én
sis. Es decir, cuando Jesús habló de la regeneración como una condición necesaria para v
er y entrar al reino de Dios, declaró esta condición necesaria enfáticamente. Argüir con
tra la necesidad de renacer para ser cristiano, como muchos de nuestros contempo
ráneos lo hacen frecuentemente, es estar en clara oposición a la enfática enseñanza de C
risto.
La expresión no puede también es crucial en la enseñanza de Jesús. Es una frase negativa
que tiene que ver con la capacidad o la posibilidad. Sin la regeneración,
ninguno (negativa universal) es capaz de entrar al reino de Dios. No hay excepci
ones. Es imposible entrar al reino de Dios sin un renacimiento.

Nadie nace cristiano. Nadie nace biológicamente en el reino de Dios. El primer nac
imiento es de la carne. La carne engendra carne. No puede producir espíritu.
Más tarde en el Evangelio de Juan, Jesús añade este comentario:

El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha. (Juan 6:63)

Cuando Martín Lutero debatía con respecto a si el hombre caído es totalmente dependien
te del Espíritu Santo para la regeneración, citó este texto y agregó: "La carne para nada
aprovecha. Y esa „nada" no es un „algo pequeño"".
La carne no es meramente débil con respecto al poder del renacimiento. Es completa
mente impotente. No tiene poder alguno para efectuar el renacimiento. No puede a
yudar ni acrecentar la obra del Espíritu. Todo lo que la carne produce es más carne.
No puede producir un solo gramo de Espíritu. La nada no es un algo pequeño.
Finalmente, Jesús dice "Debes nacer de nuevo". Si existe la más ligera ambigüedad en el us
o de la frase condicional a menos, dicha ambigüedad se evapora completamente con l
a palabra debes.

LA REGENERACIÓN EN EFESIOS

En su Carta a los Efesios, el apóstol Pablo habla de la obra regeneradora del Espíri
tu Santo:

Y Él os dio vida a vosotros, que estabais muertos en vuestros delitos y pecados, e
n los cuales anduvisteis
en otro tiempo según la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad
del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cu
ales también todos nosotros en otro tiempo vivíamos en las pasiones de nuestra carne
, satisfaciendo los deseos de la carne y de la mente, y éramos por naturaleza hijo
s de ira, lo mismo que los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por caus
a del gran amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos en nuestros delitos, n
os dio vida juntamente con Cristo (por gracia habéis sido salvados). (Efesios 2:1-
5)

Pablo provee una descripción gráfica de nuestra impotencia espiritual previa a la re
generación. Él se está dirigiendo a los creyentes efesios y describiendo una condición p
revia de la cual todos participaron alguna vez. Añade la frase "lo mismo que los demás"
(2:3), presuntamente refiriéndose a la humanidad completa.
Él declara que esta condición previa era un estado de muerte: "Vosotros estabais muert
os en vuestros delitos y pecados". Una vez más, esta muerte no es, obviamente, una m
uerte biológica, por cuanto Pablo enumera actividades en las cuales estos muertos
se hallaban involucrados.
La forma de conducta característica de las personas muertas en delitos y pecados e
s descrita en términos de andar según una corriente particular. Él la llama "la corrient
e de este mundo" (2:1-2). Aquí, la corriente de este mundo se refiere obviamente a u
na corriente o norma opuesta a la corriente del cielo. Las palabras este mundo n
o se refieren tanto a un lugar sino más bien a un estilo o punto de referencia. In
volucra una orientación mundanal.
Cristianos y no cristianos por igual comparten la misma esfera de acciones. Todo
s vivimos nuestras vidas en este mundo. Sin embargo, la línea de conducta de una
persona regenerada es guiada desde arriba. Dicha persona tiene su mirada puesta
en el cielo y sus oídos afinados conforme al Rey del cielo. La persona no regenera
da es terrenal. Sus oídos están sordos a cualquier palabra que provenga del cielo; s
u vista está cegada cuando se trata de ver la gloria de lo alto. Vive como un cadáve
r caminante en un cementerio espiritual.
La corriente de este mundo se ha "desviado" del camino de Dios (Romanos 3:12). Mejor
dicho, sigue un camino que es "conforme al príncipe de la potestad del aire, el espír
itu que ahora opera en los hijos de desobediencia" (Efesios 2:2).
Los que están muertos espiritualmente tienen un amo. Su amo establece para ellos u
na línea de conducta que siguen gustosamente y aun con ansias . Este amo es llamado "el

príncipe de la potestad del aire”. Este apodo con características de realeza sólo puede referirse a Satanás, el arquitecto principal de todo lo diabólico. Pablo lo llama “el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia”. Satanás es un espíritu maligno, un ángel corrupto y caído que ejerce influencia y autoridad sobre sus hordas cautivas.

Pablo expone un principio de vida. O caminamos de acuerdo al Espíritu Santo o lo hacemos de acuerdo al espíritu maligno. Agustín comparó una vez al hombre con un caballo que es guiado por Satanás o por el Espíritu de Dios.

Pablo continúa describiendo vívidamente el estilo de vida no regenerado que tenía anteriormente la persona hoy regenerada:

> Entre los cuales también todos nosotros en otro tiempo vivíamos en las pasiones de nuestra carne, satisfaciendo los deseos de la carne y de la mente. (2:3)

Ahora la atención se aleja de la conducta externa y la influencia externa de Satanás para centrarse en el estado interno de la persona no regenerada. Nuevamente vemos esto como una condición universal: “Entre los cuales también todos nosotros en otro tiempo vivíamos…” La palabra descriptiva clave de esta condición interna previa es la palabra carne. Aquí Pablo repite el lenguaje que Jesús usó con Nicodemo.

La palabra carne usada aquí no debe entenderse como un sinónimo de “cuerpo físico”. Nuestros cuerpos no son malvados per se, puesto que Dios nos hizo como seres físicos y Él mismo se hizo un ser humano. La carne está referida a la naturaleza pecaminosa, a todo el temperamento caído del hombre.

Antes de la regeneración, vivimos exclusivamente en la carne y por la carne. Nuestra conducta sigue los deseos de la carne. Eso no se refiere exclusivamente a los apetitos físicos o sexuales sino a un patrón de deseos enteramente pecaminosos.

Pablo completa esta acusación universal de nuestra forma caída de comportamiento agregando: “Y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás” (2:3). Cuando Pablo dice “por naturaleza”, se refiere al estado en el cual entramos en este mundo. El nacimiento biológico es un nacimiento natural. La regeneración es un nacimiento sobrenatural. Los hombres, originalmente, no fueron creados como hijos de ira. La naturaleza original no era caída. Sin embargo, desde la caída de Adán y Eva, la palabra natural se refiere a nuestro estado de pecaminosidad innata.

Cada niño que llega a este mundo llega en un estado corrupto. David declaró “Yo nací en iniquidad, y en pecado me concibió mi madre” (Salmo 51:5). Todos nacemos espiritualmente muertos. Nacemos muertos en delitos y pecados. En teología, esta condición pecaminosa inherente se llama pecado original. El pecado original no se refiere al primer pecado de Adán y Eva; se refiere a las consecuencias de ese primer pecado con la transmisión de una naturaleza corrupta a toda la raza humana.

Somos por naturaleza “hijos de ira”. ¡Qué diferente suena esto de la noción socialmente aceptable de que todos somos por naturaleza hijos de Dios! Esta idea equivocada ha sido tanto duradera como extendida. Es una falsedad que gana credibilidad en virtud de su frecuente repetición. Si usted repite una mentira lo suficiente, la gente comenzará a creerla.

La mentira que consiste en decir que somos hijos de Dios por naturaleza fue una mentira que afligió a Jesús. Él se vio forzado a combatirla y refutarla en sus debates con los fariseos. Los fariseos bramaron ante las críticas de Jesús y dijeron:

> Nosotros no nacimos de fornicación; tenemos un Padre, es decir, Dios. Jesús les dijo: Si Dios fuera vuestro Padre, me amaríais, porque yo salí de Dios y vine de Él, pues no he venido por mi propia iniciativa, sino que Él me envió. ¿Por qué no entendéis lo que digo? Porque no podéis oír mi palabra. Sois de vuestro padre el diablo y queréis hacer los deseos de vuestro padre (…) El que es de Dios escucha las palabras de Dios; por eso vosotros no escucháis, porque no sois de Dios. (Juan 8:41-47)

Aunque la Biblia reconoce que Dios es el Padre de todos los hombres en el sentido de que es el Creador de todos los hombres, hay un sentido especial en el cual la Paternidad de Dios no se define en términos de biología sino en términos de ética. El término relevante es la obediencia. De acuerdo al enfoque bíblico, nuestro padre es

aquel a quien obedecemos. La relación no se establece mediante lazos biológicos, sino mediante una obediencia voluntaria.

Puesto que los fariseos obedecían a Satanás en lugar de Dios, Jesús dijo acerca de ellos "Sois de vuestro padre el diablo" (Juan 8:44).

En Efesios 2, Pablo habla tanto de "hijos de ira" (v. 3) como de "hijos de desobediencia" (v. 2). Estas frases nos describen a todos en nuestro estado no regenerado natural.

Cuando Pablo completa su descripción de nuestro estado no regenerado, pasa abrupta y gloriosamente a una doxología que alaba a Dios por su misericordia. La palabra de transición es aquella de la cual depende nuestro destino eterno. Es, quizás, la palabra más gloriosa de la Escritura, la palabra que cristaliza la esencia del Evangelio. Es la palabra pero. Esta diminuta conjunción cambia el estado anímico de todo el pasaje. Es el vínculo entre lo natural y lo sobrenatural, entre la degeneración y la regeneración:

Pero Dios, que es rico en misericordia, por causa del gran amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos en nuestros delitos, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia habéis sido salvados), y con Él nos resucitó, y con Él nos sentó en los lugares celestiales en Cristo Jesús, a fin de poder mostrar en los siglos venideros las sobreabundantes riquezas de su gracia por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no de vosotros, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para hacer buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas. (Efesios 2:4-10)

LA INICIATIVA DIVINA

La regeneración es la obra soberana de Dios el Espíritu Santo. La iniciativa es suya, no de nosotros mismos. Notamos que Pablo pone el acento en la obra de Dios, no en el esfuerzo del hombre:

Pero Dios, que es rico en misericordia…

Observamos que el Apóstol no escribe:

Pero el hombre, por su bondad, se inclina hacia Dios y asciende por sí mismo a un nuevo nivel espiritual.

Uno de los momentos más dramáticos de mi vida para la formación de mi teología tuvo lugar en un aula del seminario. Uno de mis profesores se acercó al pizarrón y escribió con letras gruesas las siguientes palabras:

LA REGENERACIÓN PRECEDE A LA FE

Estas palabras sacudieron mi sistema. Yo había entrado al seminario creyendo que la obra clave del hombre para efectuar el renacimiento era la fe. Pensaba que primero teníamos que creer en Cristo para nacer de nuevo. Uso la palabra para con una razón. Yo pensaba en términos de pasos que debían darse en una cierta secuencia para llegar a un destino. Yo había puesto la fe al principio de la secuencia. El orden era más o menos el siguiente:

Fe renacimiento justificación

Según este esquema, la iniciativa recae sobre nosotros. Sin duda, Dios había enviado a Jesús a morir en la cruz antes de que yo siquiera oyera el evangelio. Sin embargo, yo pensaba que, una vez que Dios hubiera hecho estas cosas externas a mí, la iniciativa para apropiarme de la salvación era trabajo mío.

Yo no había pensado muy cuidadosamente en el asunto. Tampoco había escuchado cuidadosamente la palabras que Jesús había pronunciado ante Nicodemo. Asumía que, aun cuando yo era pecador, nacido de la carne y viviendo en la carne, todavía tenía una pequeña isla de justicia, un diminuto depósito de poder espiritual guardado en mi alma que me capacitaría para responder al evangelio por mí mismo.

Quizás había sido confundido por la enseñanza tradicional de la iglesia católica romana. Roma y muchas otras ramas de la cristiandad habían enseñado que la regeneración es concedida por gracia; no puede ocurrir sin la ayuda de Dios. Ningún hombre tiene el poder de levantarse a sí mismo de la muerte espiritual. Se necesita la ayuda divina y se necesita en forma absoluta. Esta gracia, de acuerdo a Roma, viene en la forma de lo que se llama gracia precedente. "Precedente" significa aquello que viene antes de algo más.

Roma añade a esta gracia precedente el requisito de que debemos "cooperar con ella y asentir a ella" antes de que pueda tomar posesión de nuestros corazones.

En el mejor de los casos, este concepto de cooperación es una media verdad. Es verdad en la medida en que la fe que ejercemos es nuestra. Dios no cree en Cristo por nosotros. Cuando yo respondo a Cristo, lo que se ha ejercido es mi respuesta, mi fe y mi confianza.

La cuestión, sin embargo, es mucho más profunda. La pregunta sigue en pie: ¿Coopero yo con la gracia de Dios antes de nacer otra vez, o la cooperación ocurre después de que vuelvo a nacer?

Otra forma de plantear esta cuestión es preguntar si la regeneración es monergista o sinergista. ¿Es operativa o cooperativa? ¿Es eficaz o dependiente? Algunas de estas palabras son términos teológicos que requieren una explicación más extensa.

MONERGISMO Y SINERGISMO

Una obra monergista es una obra producida individualmente, por una persona. El prefijo mono- significa uno. La palabra erg se refiere a una unidad de trabajo. Palabras como energía están construidas sobre esta raíz. Una obra sinergista es aquella que implica cooperación entre dos o más personas o cosas. El prefijo sin- quiere decir "junto con".

Insisto en esta distinción por una razón. Es justo decir que todo el debate entre Roma y Martín Lutero pendió de este solo punto. Lo que estaba en discusión era esto: ¿Es la regeneración una obra monergista de Dios, o es una obra sinergista que requiere una cooperación entre el hombre y Dios?

Cuando mi profesor escribió "La regeneración precede a la fe" en el pizarrón, claramente estaba tomando partido por la respuesta monergista. Sin duda, después de que una persona es regenerada, dicha persona coopera ejerciendo fe y confianza. Pero el primer paso, el paso de la regeneración a través del cual una persona es avivada para la vida espiritual, es la obra de Dios y sólo de Dios. La iniciativa está en Dios, no en nosotros.

La razón por la cual no cooperamos con la gracia regeneradora antes de que ésta actúe sobre nosotros y en nosotros es que no podemos. No podemos porque estamos espiritualmente muertos. No podemos ayudar al Espíritu Santo cuando éste aviva nuestras almas para la vida espiritual más de lo que Lázaro podía ayudar a Jesús a levantarle de entre los muertos.

Probablemente es cierto que la mayoría de los cristianos profesantes del mundo actual creen que el orden de nuestra salvación es este: La fe precede a la regeneración. Somos exhortados a elegir nacer de nuevo. Sin embargo, decirle a un hombre que elija renacer es como exhortar a un cadáver a elegir resucitar. La exhortación cae en oídos sordos.

Cuando empecé a luchar contra el argumento del profesor, me sorprendí al descubrir que su aparentemente extraña enseñanza no era una innovación teológica. Encontré la misma enseñanza en Agustín, Martín Lutero, Juan Calvino, Jonathan Edwards y George Whitefield. Me asombré al hallarla incluso en la enseñanza del gran teólogo católico medieval Tomás de Aquino.

El hecho de que aquellos gigantes de la historia cristiana llegaran a la misma c

onclusión con respecto a este punto causó un impacto tremendo en mí. Yo estaba conscie
nte de que ellos no eran individual ni colectivamente infalibles. Todos y cada u
no de ellos podían estar equivocados. Sin embargo, yo estaba impresionado. Me había
impresionado especialmente Tomás de Aquino.
Tomás de Aquino es considerado el Doctor Angelicus de la iglesia católica romana. Du
rante siglos, su enseñanza teológica fue aceptada como dogma oficial por la mayoría de
los católicos, de modo que él era la última persona que yo esperaba encontrar adherid
a a semejante enfoque de la regeneración. No obstante, Aquino insistió en que la gra
cia regeneradora es gracia operativa, no gracia cooperativa. Aquino habló de la gr
acia precedente, pero habló de una gracia que viene antes de la fe, que es la grac
ia de la regeneración.
La frase clave en la Carta de Pablo a los Efesios con respecto a este asunto es
esta:

(…) aun cuando estábamos muertos en nuestros delitos, nos dio vida juntamente con Cr
isto (por
gracia habéis sido salvados). (Efesios 2:5)

Aquí, Pablo establece el momento en que la regeneración ocurre. Tiene lugar cuando e
stábamos muertos. Con una sola bomba de revelación apostólica, todos los intentos de a
signarle la iniciativa de la regeneración al hombre son aplastados total y complet
amente. De nuevo, los hombres muertos no cooperan con la gracia. Los espiritualm
ente muertos no toman iniciativa alguna. A menos que la regeneración ocurra primer
o, no hay posibilidad de fe.
Esto no dice nada diferente a lo que Jesús le dijo a Nicodemo. A menos que un homb
re nazca de nuevo en primer término, no puede ver ni entrar al reino de Dios. Si c
reemos que la fe precede a la regeneración, entonces establecemos nuestro pensamie
nto y consecuentemente a nosotros mismos en oposición directa no sólo a Agustín, Aquin
o, Lutero, Calvino, Edwards y otros, sino que nos oponemos a la enseñanza de Pablo
y de nuestro Señor mismo.

LA REGENERACIÓN ES GRATUITA

En la exposición de Pablo acerca de la regeneración hay un fuerte acento sobre la gr
acia. Es necesario que los cristianos de todas las persuasiones teológicas reconoz
can voluntaria y alegremente que nuestra salvación descansa sobre el fundamento de
la gracia.
Durante la Reforma, los protestantes usaron dos frases latinas como gritos de gu
erra: sola scriptura (sólo la Escritura) y sola fide (sólo por fe). Ellos insistiero
n en que la autoridad suprema en la iglesia bajo Cristo es la Biblia sola. Insis
tieron en que la justificación era sólo por fe. Ahora, Roma no negaba que la Biblia
tiene autoridad; era la palabra sola aquello con lo cual se atragantaban. Roma
no negaba que la justificación involucra fe; era la palabra sola lo que les provocó
a condenar a Lutero.
Hubo un tercer grito de guerra durante la Reforma. Fue escrito originalmente por
Agustín más de mil años antes de Lutero. Era la frase sola gratia. Esta frase afirma
que nuestra salvación descansa sólo en la gracia de Dios. El mérito humano no está mezcl
ado con ella. La salvación no es un logro humano; es un don gratuito de Dios. Un e
nfoque sinergista de la regeneración pone esta fórmula en peligro.
No es accidental que Pablo agregue a su enseñanza sobre la regeneración el hecho de
que sea una obra gratuita de Dios. Démosle otra mirada:

Pero Dios, que es rico en misericordia, por causa del gran amor con que nos amó, a
un cuando estábamos muertos en nuestros delitos, nos dio vida juntamente con Crist
o (por gracia habéis sido salvados), y con Él nos resucitó, y con Él nos sentó en los luga
res celestiales en Cristo Jesús, a fin de poder mostrar en los siglos venideros la
s sobreabundantes riquezas de su gracia por su bondad para con nosotros en Crist
o Jesús. Porque por gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no de vos
otros, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque som

os hechura suya, creados en Cristo Jesús para hacer buenas obras, las cuales Dios
preparó de antemano para que anduviéramos en ellas. (Efesios 2:4-10)

¿Alguna vez usted le ha hecho críticas correctivas a la Biblia? Yo, en verdad, lo he
hecho, para mi gran vergüenza. Frecuentemente me he preguntado, en medio de desac
uerdos teológicos, por qué la Biblia no habla más claramente de ciertas cuestiones. ¿Por
qué, por ejemplo, el Nuevo Testamento no nos dice directamente si
deberíamos o no bautizar a los niños?
Frente a muchas preguntas como ésa, quedamos abandonados a decidir sobre la base d
e inferencias extraídas de la Biblia. Cuando semejantes desacuerdos me desconciert
an, habitualmente vuelvo a este punto: El problema no yace en la falta de clarid
ad de la Biblia; yace en mi falta de comprensión clara con respecto a lo que la Bi
blia enseña.
Cuando se trata de la regeneración y la fe, me pregunto cómo podría Pablo haberlo expr
esado más claramente. Supongo que podría haber agregado a Efesios 2 la frase "La regen
eración precede a la fe". Sin embargo, honestamente pienso que aun esa frase no cer
raría el debate. No hay nada en esa frase que no haya sido ya claramente explicado
por Pablo en este texto o por Jesús en Juan 3.
¿Por qué, entonces, todo este alboroto? Supongo que se debe a que, si concluimos que
la regeneración es por iniciativa divina, que la regeneración es monergista, y que
la salvación es sólo por gracia, no podemos escapar de la manifiesta inferencia que
nos lleva rápida e irresistiblemente a la elección soberana.
Tan pronto como la doctrina de la elección pasa al frente, se produce una frenética
lucha por encontrar una manera de lograr que la fe aparezca antes de la regenera
ción. A pesar de todas estas dificultades anexas, nos encontramos de frente con la
enseñanza del Apóstol:

Porque por gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no de vosotros,
sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. (Efesios 2:8-9)

Aquí el Apóstol enseña que la fe a través de la cual somos salvos es una fe que viene a
nosotros por gracia. Nuestra fe es algo que ejercemos por nosotros mismos y
en nosotros mismos, pero no es de nosotros mismos. Es un don. No es un logro.
Con la gratuidad del don de la fe como fruto de la regeneración, toda la jactancia
es excluida para siempre, excepto si está basada en las extraordinarias riquezas
de la misericordia de Dios. Todos los enfoques de la salvación que se centran en e
l hombre son excluidos si retenemos la palabra sola en sola gratia. Por lo tanto
, jamás debemos afligir al Espíritu Santo apropiándonos del crédito que le pertenece exc
lusivamente a Él.

LA REGENERACIÓN ES EFICAZ

Dentro de las formas tradicionales de la teología arminiana están aquellas que concu
erdan en que la regeneración precede a la fe pero insisten en que no siempre ni ne
cesariamente produce fe. Esta visión está de acuerdo en que la iniciativa es de Dios
; es por gracia, y la regeneración es monergista. Dicho enfoque está habitualmente v
inculado con algún tipo de visión de la regeneración universal.
Esta idea está ligada a la cruz. Algunos arguyen que uno de los beneficios univers
ales de la expiación de Cristo es que todas las personas son regeneradas al punto
de que la fe ahora es posible. La cruz rescata a todos los hombres de la muerte
espiritual en el sentido de que ahora tenemos el poder de cooperar o no cooperar
con la oferta de la gracia salvadora. Quienes cooperan ejerciendo fe son justif
icados. Quienes no ejercen fe nacen de nuevo pero no son convertidos. Son espiri
tualmente estimulados y se hallan espiritualmente vivos pero permanecen en la in
credulidad. Ahora son capaces de ver el reino y tienen el poder moral para entra
r en él, pero eligen no hacerlo.
Para mí, esta es una visión de gracia ineficaz o dependiente. Es cercana a lo que To
más de Aquino
rechazó como gracia cooperativa.

Cuando sostengo que la regeneración es eficaz, quiero decir que alcanza su objetiv
o deseado. Es efectiva. Realiza su tarea. Se nos hace vivir a la fe. El don cons
iste en una fe verdaderamente dada y que echa raíces en nuestros corazones.
A veces, la frase llamamiento eficaz se usa como sinónimo de regeneración. La palabr
a llamamiento se refiere a algo que ocurre dentro de nosotros y se distingue de
lo que ocurre fuera de nosotros.
Cuando el evangelio es predicado audiblemente, la boca del predicador emite soni
dos. Hay un llamado externo a la fe y al arrepentimiento. Cualquiera que no sea
sordo es capaz de oír las palabras con sus oídos. Las palabras estimulan los nervios
 auditivos de los regenerados y los no regenerados por igual.
Los no regenerados experimentan el llamado externo del evangelio. Este llamado e
xterno no efectuará la salvación a menos que el llamado sea oído y abrazado en fe. El
llamamiento eficaz se refiere a la obra del Espíritu Santo en la regeneración. Aquí, e
l llamado se halla dentro. Los regenerados son llamados internamente. Todo aquel
 que recibe el llamado interno de la regeneración responde en fe. Pablo dice:

Y a los que predestinó, a ésos también llamó; y a los que llamó, a ésos también justificó;
os que justificó, a ésos también glorificó. (Romanos 8:30)

Este pasaje de Romanos es elíptico. Es decir, requiere que proveamos en él una palab
ra que es asumida por el texto pero no declarada explícitamente. La gran pregunta
es: ¿Qué palabra debemos proveer, algunos o todos? Probemos con algunos:

Y a algunos de los que predestinó, a ésos también
llamó; y a algunos de los que llamó, a ésos también justificó; y a algunos de los que just
ificó, a ésos también glorificó.

Añadir aquí la palabra algunos es distorsionar el texto. Significaría que algunos de l
os predestinados nunca oyen el llamado del evangelio. Algunos de los que son lla
mados nunca llegan a la fe ni a la justificación. Algunos de los justificados no a
lcanzan a ser glorificados. En este esquema, no sólo el llamamiento no sería eficaz,
 sino que tampoco lo sería la predestinación ni la justificación.
La inferencia de este texto es que todos los que son predestinados son igualment
e llamados. Todos los que son llamados son justificados, y todos los que son jus
tificados son glorificados.
Si ese es el caso, entonces debemos distinguir entre el llamado externo del evan
gelio, que puede ser o no atendido, y el llamado interno del Espíritu, que necesar
iamente es eficaz. ¿Por qué? Si todos los llamados son también justificados, entonces
todos los llamados deben ejercer fe. Obviamente, no todo aquel que oye el llamad
o externo del evangelio viene a la fe y la justificación. Sin embargo, todos los q
ue son eficazmente llamados vienen efectivamente a la fe y la justificación. Aquí, e
l llamado se refiere a la obra interna del Espíritu Santo que está ligada a la regen
eración.
Aquellos a los cuales el Espíritu Santo aviva, con toda certeza vienen a la vida.
Ellos ven el reino; abrazan el reino; y entran al reino.
Es al Espíritu Santo de Dios que somos deudores por la gracia de la regeneración y l
a fe. Él es el Dador del don, quien mientras estábamos muertos nos dio vida con Cris
to, para Cristo, y en Cristo. Es debido al misericordioso acto de animación efectu
ado por el Espíritu Santo que cantamos sola gratia y soli deo gloria sólo para la glo
ria de Dios .

CAPÍTULO SIETE

SANOS Y SALVOS
POR EL ESPÍRITU SANTO

Para aquel que recuerda al Espíritu siempre hay una salida,aun estando en el desie rto con el diablo.

HERBERT F. BROKERING

LA TERCERA PERSONA de la Trinidad se llama Espíritu Santo. Nos preguntamos por qué e l título Santo se le atribuye de manera especial a Él. El atributo de la santidad le pertenece al Padre y al Hijo también. Sin embargo, normalmente no hablamos de la Trinidad en términos de Padre Santo, Hijo Santo y Espíritu Santo.

Aunque el Espíritu no es más ni menos santo que el Padre y el Hijo, el Santo en su n ombre centra la atención en el punto focal de su obra en la economía (plan) de la re dención. El Espíritu Santo es el Santificador. Él es Aquel que aplica la obra de Crist o a nuestras vidas trabajando en nosotros para desarrollar una total conformidad a la imagen de Cristo.

En la salvación, no sólo somos salvados del pecado y la condenación; somos salvados pa ra vivir en santidad. El objetivo de la redención es la santidad.

Cuando Pedro escribió acerca de la regeneración, hizo el siguiente comentario:

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien según su gran miseric ordia, nos ha hecho nacer de nuevo a una esperanza viva. (1 Pedro 1:3)

Somos personas que han sido hechas nacer de nuevo, personas revestidas de una es peranza para el futuro. A la luz de esta gratuita obra de re-creación y regeneración , Pedro añade la siguiente exhortación:

Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y poned vuestra esperanza completamente en la gracia que se os traerá en la revelación de Jesucristo ; como hijos obedientes, no conformándoos a los deseos que antes teníais, en vuestra

ignorancia; sino que así como aquel que os llamó es santo, sed vosotros santos en toda vuestra manera de vivir, porque escrito está: “Sed santos, porque yo soy santo”. (1 Pedro 1:13-16) [NKJV traducida]

La exhortación de Pedro empieza con la expresión por tanto. Esta frase apunta a una conclusión que viene a continuación y que se basa en las premisas ya expuestas. A la luz de la maravillosa obra de regeneración, se nos desafía a buscar diligentemente la santidad.

Lo que sigue a la frase por tanto es una metáfora que suena extraña: “Ceñid los lomos de vuestro entendimiento”. No estamos acostumbrados a relacionar los lomos con el entendimiento. La imagen de Pedro evoca la panoplia con que Pablo se refiere a la armadura de Dios:

Revestíos con toda la armadura de Dios para que podáis estar firmes contra las insidias del diablo. Porque nuestra lucha no es contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los poderes de este mundo de tinieblas, contra las huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiéndolo hecho todo, estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñida vuestra cintura con la verdad. (Efesios 6:11-14)

Cuando Pablo toca el clarín de llamado a la batalla, la primera parte de la preparación comprende un ceñimiento de la cintura. Pedro habla de ceñir el entendimiento. En su debate con Job, Dios ordenó a Job “Ciñe ahora tus lomos como un hombre” (Job 40:7). El ceñimiento de los lomos era el primer acto que llevaba a cabo el antiguo soldado cuando se preparaba para la batalla. El atavío estándar en aquellos días era el manto (en el caso de los romanos, la toga). El manto caía hasta los tobillos en el uso diario normal. Cuando sonaba la corneta para la batalla, el soldado subía su manto por sobre las rodillas, asegurando los pliegues alrededor de la cintura con un cinturón asegurado. Esta era la acción de ceñir los lomos. Si los lomos no eran ceñidos, el soldado no podía moverse con agilidad. Se hacía tropezar a sí mismo con los pliegues de su manto. Una vez que los lomos estaban ceñidos, las rodillas y las piernas se hallaban libres para moverse velozmente y con suavidad.

Cuando Pedro usa esta imagen, la aplica al entendimiento. “Ceñid los lomos de vuestro entendimiento”. Esto significa que, una vez que el cristiano ha nacido de nuevo, debe estar listo para la guerra. Ingresar a la vida cristiana es ingresar a una guerra cósmica. El camino a la santificación es un camino de militancia.

Cuando reflexiono sobre mi propio peregrinaje como cristiano, me retuerzo al recordar cuando oía aquellos celosos predicadores que vendían el evangelio con una especie de lisonja al estilo de la Avenida Madison. Oía promesas como “Venga a Jesús y todos sus problemas se acabarán”. “Tenga una simple f y la vida será simple para usted”. Esto podrá funcionar en la Avenida Madison, pero no funcionará en la Vía Dolorosa, el camino de la Cruz.

En un sentido, mi vida no empezó a complicarse sino hasta que llegué a ser cristiano. Antes de mi conversión, yo “vivía reposadamente en Sion”. Estaba cómodo con mis patrones pecaminosos de conducta. La vida era un juego. Después de mi conversión, me di cuenta de que ahora estaba jugando para siempre. Cada decisión ética estaba ahora cargada de importancia moral. Ahora mi conciencia estaba viva a la Palabra de Dios, y me di cuenta de que estaba llamado a marchar al sonido de un tambor diferente al de mis amigos y mi sociedad.

Aunque en ese tiempo yo era un muchacho pequeño, conservo algunos recuerdos vivos de la Segunda Guerra Mundial. Recuerdo aquellas veces en que mi padre fue ascendido de rango. Empezó siendo teniendo segundo y se licenció como comandante, muy poco antes de ser coronel. Cuando se le confería un nuevo grado, me enviaba sus medallas e insignias. Mi madre me dejaba adornar una camiseta del ejército con estos artículos (Así es como aprendí a coser).

Uno de los tipos de insignia que recibí de mi papá fueron los galones. Estas rayas de tela se usaban en la manga para indicar años de servicio en las fuerzas armadas. A mi padre no lo reclutaron. Cuando la guerra estalló, él era demasiado viejo para ser reclutado. Fue designado cabeza de la junta local de reclutamiento. Tras cer

ca de dos semanas cumpliendo este servicio, le dio una sorpresa a mi madre llega
ndo a casa vistiendo el uniforme completo. Le dijo "No podía enviar a esos muchachos
 a la
guerra sin ir yo mismo, así que me enrolé". Mi padre entró al servicio a principios de 1
942 y fue licenciado a fines de 1945 tras la rendición de Japón. Cuando se enroló, lo
hizo por toda la duración.
Cuando entramos en la vida cristiana, nos enrolamos por toda la duración. Esta gue
rra no se acaba en cuatro años a menos que el Señor nos llame a su presencia. La gue
rra dura tanto como vivamos. Cada año cosemos un nuevo galón en nuestras mangas.
Para sobrevivir en esta batalla cósmica necesitamos ceñir los lomos de nuestro enten
dimiento. La batalla contra Satanás es principalmente una batalla por nuestras men
tes. No hay una mayor necedad ni un mayor peligro para nuestra santificación que s
ucumbir ante la atractiva seducción que dice que "el Cristianismo es estrictamente u
n asunto del corazón".
Dios nos ha hecho de manera tal que el corazón debe seguir a la mente. Dios no nos
 envió una tarjeta de San Valentín para instruirnos. El Espíritu nos dio un libro con
el contenido de la revelación para que podamos ser transformados por la renovación d
e nuestras mentes. Proverbios dice "Pues de la manera en que piensa en su corazón, a
sí es él". (23:7) [NKJV traducida]
El autor de Proverbios sabía muy bien que el órgano del pensamiento no es el corazón,
sino la mente. Cuando habla de pensar en su corazón, está hablando de los pensamient
os más profundos que tenemos. Somos lo que pensamos. O tal vez sería más preciso decir
 "Llegamos a ser lo que pensamos". Si nuestros pensamientos son constantemente impur
os, pronto la impureza comenzará a mostrarse en nuestras vidas. Si nuestro pensami
ento es confuso, nuestras vidas serán desordenadas y caóticas.
En el proceso de la santificación, el Espíritu es nuestro maestro. Su libro de texto
 es la Biblia. El Espíritu busca informar nuestro pensamiento. El arrepentimiento
mismo, que es el primer fruto de la regeneración, es un
cambio de parecer. Hablar de un cristianismo sin sentido es caer en una contradi
cción de términos. Los cristianos son exhortados a pensar profundamente guiados por el
 Espíritu Santo.
El Espíritu Santo es también el Espíritu de Verdad. Cuando Pablo habló de ceñir los lomos
y de toda la armadura de Dios, dijo que lo que necesitamos para ceñirnos es la ver
dad:

Estad, pues, firmes, ceñida vuestra cintura con la verdad. (Efesios 6:14)

Es la verdad lo que hace al soldado cristiano dejar de ser un torpe patán para con
vertirse en un guerrero listo y veloz. Es la verdad lo que nos hace libres. Jesús
lo dijo así:

Si vosotros permanecéis en mi palabra, verdaderamente sois mis discípulos; y conoceréi
s la verdad, y la verdad os hará libres. (Juan 8:31-32)

En su discurso en el aposento alto, Jesús prometió enviar al Espíritu Santo. Dijo:

Y yo rogaré al Padre, y Él os dará otro Consolador para que esté con vosotros para siemp
re; es decir, el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque ni
le ve ni le conoce, pero vosotros sí le conocéis porque mora con vosotros y estará en
vosotros. (Juan 14:16-17)

Y una vez más, dijo:
Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, Él os en
señará todas las cosas, y os recordará todo lo que os he dicho. (Juan 14:26)
Tal vez la expresión más completa dada por Jesús acerca de este concepto sea ésta:

Pero yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, el C
onsolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré. Y cuando Él venga, conv
encerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio; de pecado, porque no creen en
mí; de justicia, porque yo voy al Padre y no me veréis más; y de juicio, porque el prínc

ipe de este mundo ha sido juzgado. Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora
no las podéis soportar. Pero cuando Él, el Espíritu de verdad, venga, os guiará a toda l
a verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga,
 y os hará saber lo que habrá de venir. Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo
ará saber. (Juan 16:7–14)

En este discurso, Jesús enseña mucho a sus discípulos acerca de la persona y la obra d
el Espíritu Santo. Éste es llamado el Espíritu de Verdad. Es enviado a nosotros tanto
por el Padre como por el Hijo. Su misión incluye desempeñar el rol de Maestro nuestr
o.
El Espíritu Santo es el autor de la sagrada Escritura. Él es Aquel que inspiró los esc
ritos originales. Él es Aquel que ilumina la Palabra para nuestra comprensión. Él es A
quel que usa la Palabra para convencernos.
El Espíritu Santo puede distinguirse de la Palabra, pero separar la Palabra y el E
spíritu es espiritualmente fatal. El Espíritu Santo nos enseña, nos guía y nos habla a t
ravés de la Palabra y con la Palabra, no sin ni contra la Palabra. Qué doloroso es p
ara el Espíritu Santo cuando los espíritus desenfrenados se mofan de Dios afirmando
ser guiados por el Espíritu cuando están actuando en contra de la Palabra de Dios.
La Palabra de Dios es la Palabra del Espíritu. El Espíritu nunca enseña en contra de l
a Palabra. La Palabra es verdad; es la verdad del Espíritu. La Palabra nos llama a
 "probar" los espíritus:

Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus para ver si son de Dios,
porque muchos falsos profetas han salido al mundo. (1 Juan 4:1)

Cuando se nos llama a probar los espíritus, la prueba está referida al problema de l
a verdad. La razón que da Juan para la necesidad de dicha prueba se halla en los f
alsos profetas. Un falso profeta es falso porque no dice la verdad.
Una marca clásica de un falso profeta es que afirma estar diciendo la verdad. Afir
ma tener la autorización del Espíritu Santo. Estas afirmaciones son fraudulentas. No
 todo aquel que afirma ser guiado por el Espíritu de Dios es, en verdad, guiado po
r el Espíritu de Dios. El Espíritu es el Espíritu de verdad. Él guía sólo a la verdad, nun
 alejándose de ella o en contra de ella.
Puesto que las Escrituras son la verdad revelada del Espíritu Santo, ellas funcion
an como la norma y la prueba de la verdad. El Espíritu no se contradice a sí mismo.
El Espíritu no es autor de confusión. Si alguien afirma que es guiado por el Espíritu
y luego enseña lo contrario a la Escritura, claramente no está siendo guiado por el
Espíritu.
El Espíritu de Verdad es el Espíritu Santo. Él nos instruye en la verdad con el fin de
 que podamos ser santos. Conocer la verdad no es un fin en sí mismo; es el medio q
ue permite alcanzar el fin de aprender y practicar la santidad.
No es accidental que, donde Pedro comienza llamándonos a ceñir los lomos de nuestro
entendimiento, concluye con una alusión al mandato del Antiguo
Testamento "Sed santos, porque Yo soy santo" (1 Pedro 1:16).

SANOS Y SALVOS

Cuando el Espíritu Santo nos regenera y nos aviva a la vida espiritual, esta acción
da como resultado el despertar del alma a la fe salvadora. El fruto de esta fe e
s la justificación. En el momento en que abrazamos a Cristo por fe, Dios nos decla
ra justos. No somos justos porque hayamos llegado a ser instantáneamente santifica
dos; somos justos porque los méritos de Cristo son imputados a nuestra cuenta. Dio
s nos considera justos en Cristo mientras en nosotros mismos aún estamos contamina
dos por el pecado.
La famosa fórmula de Lutero para capturar esta idea es la siguiente: Simul justus
et peccator. Esta frase significa "justo y pecador al mismo tiempo". Somos justos en
 Cristo, a través de Cristo y por Cristo, mientras todavía luchamos contra nuestro p
ecado. La justificación sólo por fe significa justificación sólo por Cristo.
Vemos entonces que nuestra justificación precede a nuestra santificación. Así como la

regeneración precede a la fe y la fe precede (en una prioridad lógica) a la justificación, la justificación precede a la santificación.

Sin embargo, es absolutamente crucial entender y establecer firmemente en nuestras mentes que, si la regeneración es real, siempre producirá fe. Si la fe es genuina, siempre producirá justificación. Si nuestra justificación es auténtica, siempre producirá santificación. No puede haber una verdadera justificación que no sea seguida por una santificación real.

En este punto, debemos notar algunas diferencias críticas que hay entre la regeneración y la santificación. La regeneración es inmediata y espontánea. Nuestra conciencia de la regeneración puede desarrollarse gradualmente en nosotros, pero el acto mismo, llevado a cabo por el Espíritu Santo, es instantáneo. Ninguno es jamás regenerado en forma parcial o renacido a medias. Una persona, o es regenerada, o es no regenerada; no hay un punto intermedio.

Lo mismo es cierto en cuanto a la justificación. Ninguno es jamás justificado parcialmente. En el instante en que la fe salvadora se halla presente, Dios inmediatamente nos declara justos.

La santificación es algo diferente. Aunque la santificación comienza en el momento en que somos justificados, es un proceso gradual. Continúa a lo largo de nuestra vida. La justificación no produce una santificación total inmediata. No obstante, si la santificación no tiene un comienzo definido, es una prueba positiva de que no hubo justificación, fe ni regeneración en primer término.

Una segunda diferencia clave entre la regeneración y la santificación tiene relación con las partes involucradas en su operación. La regeneración es monergista. Es la obra de Dios y nadie más. Sin embargo, la santificación es sinergista. Involucra la cooperación entre el Espíritu Santo y nosotros:

Así que, amados míos, tal como siempre habéis obedecido, no sólo en mi presencia, sino ahora mucho más en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor; porque Dios es quien obra en vosotros tanto el querer como el hacer, para su beneplácito. (Filipenses 2:12-13)

Este texto ofrece la idea clásica del sinergismo. Vemos dos partes que ya se hallan involucradas en el desarrollo de la salvación. Se nos llama a trabajar, trabajar duro, con temor y temblor. Al mismo tiempo se nos promete que Dios está obrando dentro de nosotros.

Cuando el Espíritu Santo nos regenera, no sólo actúa sobre nosotros y en nosotros de una manera que cambia la disposición de nuestras almas; Él viene y mora dentro de nosotros. Mientras mora en el creyente, el Espíritu continúa ejerciendo su influencia sobre nosotros para asistirnos en nuestra búsqueda de la santidad.

En este punto hay una señal de peligro, una luz roja de advertencia que debemos observar para que no caigamos en una seria herejía que aun ahora sigue inflamándose dentro de la comunidad evangélica.

Cuando el Espíritu Santo mora en nosotros, Él no se convierte en nosotros. Ni tampoco nosotros somos deificados en manera alguna. Aunque ahora mora en mí un Ser Divino, el Espíritu Santo de Dios, yo no me convierto en una nueva encarnación de Dios. Hay algunos que incluso ahora enseñan que una persona en la cual mora el Espíritu Santo es la encarnación de Dios tanto como Cristo lo fue. Este concepto es tan crasamente herético y blasfemo que no mencionaré aquí los nombres de dichos maestros.

El Espíritu obra para producir seres humanos santificados, no criaturas deificadas. Dios no nos hace ser criaturas eternas ni existentes por sí mismas. Dios no crea otro dios. Todo lo que Dios crea es, por definición, una criatura. Lo creado no puede ser eterno ni existente por sí mismo. Dios podría crear una criatura inmortal, pero no una criatura eterna. Una criatura inmortal tendría la capacidad de vivir para siempre en el futuro pero no eternamente en el pasado.

Cuando Dios el Espíritu Santo nos aviva a la fe por la cual somos justificados, estamos a salvo. La justificación nos salva de la ira que ha de venir. En el momento de nuestra justificación, como indicaba la fórmula de Lutero, estamos a salvo, pero no sanos. Lutero hizo una analogía más amplia al señalar que el médico declara que con toda certeza viviremos aunque la enfermedad aún no haya sido curada. No obstante, junto con la gracia santificadora

se nos da la medicina que nos restaurará del todo. O. P. Gifford ofreció la siguien te ilustración para describir el proceso de santificación:

El buque de vapor cuyo mecanismo está roto puede ser traído al puerto y atado al mue lle. Está a salvo, pero no sano. Las reparaciones pueden durar un largo tiempo. Cr isto planea hacernos tanto salvos como sanos. La justificación proporciona lo prim ero estar a salvo ; la santificación proporciona lo segundo estar sanos .5

5 A. H. Strong, Systematic Theology [Teología Sistemática] (Old Tappan, N. J.: Flemi ng H. Revell, 1907), 869. 6 Ibíd.

En nuestros días hay una disputa entre los cristianos con respecto a la posibilida d de aceptar a Cristo como Salvador sin aceptarlo, a la vez, como Señor. Esta dico tomía Salvador/Señor se halla lo más lejos que sea posible desviarse del concepto bíblic o de la justificación-santificación. A. A. Hodge comentó una vez: "Cualquier hombre que piensa que es cristiano y que ha aceptado a Cristo para la justificación sin haber lo aceptado al mismo tiempo para la santificación, se halla miserablemente engañado en la experiencia misma".6 No puede haber fe justificadora que reciba a Jesús como S alvador mientras al mismo tiempo lo ignore, lo rechace o lo pase por alto como S eñor. Aunque podemos distinguir entre los roles que Jesús cumple como Salvador y Señor , de ninguna manera podemos separarlos. Aceptar a Cristo por fe es aceptar a Cri sto entero.

Una vez más, al distinguir entre la obra del Espíritu Santo en la regeneración y la santificación, queda una conexión necesaria entre las dos. Somos regenerados a la fe para la justificación y para la santificación. A . H. Strong escribe:

La operación de Dios se revela en, y es acompañada por, una actividad inteligente y voluntaria del creyente en el descubrimiento y la mortificación de los deseos peca minosos, y en la conducción del ser completo a la obediencia a Cristo y la conform idad a las normas de conducta expresadas en Su Palabra.7 La santificación involu cra movimiento. Habitualmente nos referimos a ese movimiento en términos de crecim iento espiritual. A veces puede parecer que estuviéramos dando dos pasos hacia del ante y uno hacia atrás. Hablamos de "reincidir" cuando resbalamos y caemos en nuestro andar espiritual. No obstante, el patrón total de la santificación es un patrón de cre cimiento. El crecimiento es gradual; a veces puede ser penosamente lento. Sin em bargo, debe haber movimiento. De nuevo, ningún cristiano nace espiritualmente muer to. Strong cita a Horace Bushnell con respecto a esto:

7 Ibíd., 871. 8 Ibíd., 872.

Si las estrellas no se movieran, se descompondrían en el cielo. El hombre que mont a la bicicleta debe mantenerse en marcha o bajar. Una gran parte de la santifica ción consiste en la formación de hábitos correctos, tales como el hábito de la lectura bíb lica, de la oración privada, de la asistencia a la iglesia y de hacer esfuerzos po r convertir y beneficiar a otros.8

Me gusta la analogía de la bicicleta de Bushnell. Para mantener el equilibrio en u na bicicleta, uno debe mantenerla en movimiento. Tan pronto como el impulso de l a bicicleta se detiene, es mejor que tengamos piernas lo suficientemente largas como para alcanzar el suelo o con toda seguridad caeremos. Yo aprendí a montar una bicicleta cuando mis piernas aún eran demasiado cortas como para alcanzar el suel o cuando la bicicleta estaba detenida. Puse un colchón en el camino de entrada jun to a mi lugar de llegada para asegurarme de que, cuando me detuviera, tuviera un lugar suave sobre el cual caer.

EL ROL DE LA CONCIENCIA EN LA SANTIFICACIÓN

Los cambios que trae la santificación a nuestras vidas obran desde dentro hacia fu era. Nuestras conductas externas manifiestan la disposición interna de nuestro cor azón y el pensamiento de nuestras mentes.

Hay tres cambios importantes que el Espíritu Santo obra en nosotros al trabajar so bre nuestras mentes y nuestros corazones.

Hay un cambio en nuestra conciencia. El Espíritu despierta dentro de nosotros una

nueva conciencia. Al escuchar atentamente la Palabra de Dios, llegamos a estar c
onscientes de las cosas de Dios en una nueva manera. Al nacer de nuevo, he aquí, t
odas las cosas son hechas nuevas. Obtenemos discernimiento espiritual:

Y nosotros hemos recibido, no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de D
ios, para que conozcamos lo que Dios nos ha dado gratuitamente, de lo cual también
hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las enseñadas por
el Espíritu, combinando
pensamientos espirituales con palabras espirituales. Pero el hombre natural no a
cepta las cosas del Espíritu de Dios, porque para él son necedad; y no las puede ent
ender, porque se disciernen espiritualmente. En cambio, el que es espiritual juz
ga todas las cosas; pero él no es juzgado por nadie. Porque ¿quién ha conocido la ment
e del Señor, para que le instruya? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo. (1 Cor
intios 2:12–16)

Tener la mente de Cristo es pensar como Él lo hace. Es afirmar lo que Él afirma y ne
gar lo que Él niega. Es amar lo que Él ama y aborrecer lo que Él aborrece.
Nuestra santificación comienza a tomar posesión de nosotros cuando nuestro pensamien
to cambia. Llegamos a ser conscientes de una nueva perspectiva, un nuevo y compl
eto sistema de valores.
Sin embargo, no basta con que estemos meramente conscientes de la verdad. Para q
ue actuemos según la verdad, esa conciencia debe involucrar un nivel de intensidad
que llamamos convicción.
El Espíritu Santo obra no solamente para darnos una conciencia de la verdad; Él obra
para convencernos de la verdad. Nos declara culpables de pecado y de injusticia
. Yo puedo pensar o comprender, por ejemplo, que robar es incorrecto. Sin embarg
o, si esa comprensión es vaga y débil, es improbable que mi conducta cambie.
Para cada verdad que Dios revela hay una mentira correspondiente que la ataca. P
odemos comprender que la fornicación es un pecado. No obstante, las voces de nuest
ra cultura proclaman tan fuerte y persistentemente que es normal y está bien, que
nuestra resolución a favor de la castidad se debilita. Si hemos de evitar las sedu
cciones de nuestra cultura, debemos estar firme y totalmente convencidos de la p
ecaminosidad del pecado.
El cambio en la conducta llega a ser dramático
cuando atravesamos las etapas que van de la conciencia a la convicción y alcanzan
el punto en que nuestras conciencias cambian.
La conciencia del hombre es un mecanismo poderoso pero cambiable. Ha sido llamad
a "la voz interna de Dios", una especie de gobernador incorporado que nos acusa o no
s excusa. La conciencia sirve como monitor de nuestra conducta. El problema con
nuestra conciencia es que puede ser agudamente sensible a la Palabra de Dios o p
uede ser insensibilizada.
Como pecadores, somos adeptos a cauterizar nuestras conciencias. Somos maestros
de la racionalización a través de la cual apagamos el sonido acusador de la voz inte
rior.
Hay personas que arguyen furiosamente que el aborto es un mal monstruoso, mientr
as otras afirman que es moralmente justificable. La persona que copia en la escu
ela o engaña en el trabajo tiene para ello una justificación intrincadamente concebi
da. Seguramente Hitler proveyó una justificación moral para sus acciones en el Holoc
austo. Pocas personas dicen directamente "Lo que estoy haciendo es malo, pero de t
odas maneras lo hago porque lo disfruto".
Podemos admitir que ciertas acciones son pecaminosas, pero insistimos en que el
pecado que hay en ellas es menor e intrascendente. Podemos incluso añadir la excus
a abarca-todo "Al menos soy honesto en cuanto a lo que hago", como si admitir honest
amente un crimen excusara el crimen.
Es poco frecuente para nosotros siquiera reconocer o admitir la gravedad de nues
tro pecado. Nuestras confesiones de pecado tienden a carecer de una convicción pro
funda.
Dios habló a través del profeta Jeremías para reprender a la nación de Israel por ser au
tocomplaciente:

Pero a pesar de todo esto, aún dices: "Soy inocente, ciertamente su ira se ha aparta
do de mí." He aquí, entraré en juicio contigo porque dices: "No he pecado." (Jeremías 2:35

Jeremías comparó a Israel con alguien que tiene "frente de ramera, no quisiste avergon
zarte" (3:3). Como la ramera, Israel, a través de un pecado constante y repetido, pe
rdió su capacidad de avergonzarse.
El pecado de Israel revela el devastador resultado de una conciencia cauterizada
. Israel llegó a estar cada vez más cómoda con su pecado hasta el punto en que podía pec
ar y ya no sentirse culpable. Había silenciado efectivamente la voz de la concienc
ia. Su conciencia comenzó a trabajar para excusar a Israel cuando debería haberle ac
usado.
Una buena conciencia es aquella que ha sido entrenada por el Espíritu Santo a través
 de la Palabra de Dios. Cuando entendemos claramente la verdad de Dios y ésta nos
convence firmemente, entonces el gobernador de la conciencia comienza a dirigirn
os guiándonos a la justicia. La conciencia espiritualmente madura es escrupulosa.
No admite lo que la carne admite.
La conciencia cristiana debe estar viva a la Palabra de Dios. No es un tirano qu
e nos paraliza mediante una culpa morbosa. Si es entrenada por la Palabra de Dio
s, será saludable. Nos sentiremos culpables cuando verdaderamente seamos culpables
. Eso es tan esencial para la salud espiritual como lo es el dolor real para la
salud física. El dolor señala una enfermedad. Si perdemos la capacidad de experiment
ar dolor, no tenemos un sistema de alerta frente a las enfermedades serias.
Pepe Grillo le dijo a Pinocho "Siempre deja que tu conciencia sea tu guía". Ese es un
consejo fatal si la conciencia está cauterizada y en desarmonía con la Palabra de Di
os. No obstante, es un consejo sano si, como
sucedió con Lutero, nuestras conciencias son tomadas cautivas por la Palabra de Di
os.
De ser conscientes frente a la Palabra de Dios, el Espíritu nos mueve a experiment
ar una convicción acerca de ella. A partir de esa convicción, el Espíritu redime nuest
ras conciencias para que podamos ser conformados a la imagen de Cristo. Este es
el objetivo de la santificación, el punto final que el Espíritu se esfuerza por desa
rrollar en nuestro interior.

CAPÍTULO OCHO

EL BAUTISMO

La vida llena del Espíritu no es un misterio revelado a unos pocos escogidos ni un objetivo difícil de alcanzar.
Confiar y obedecer es la sustancia de todo el asunto.
V. RAYMOND EDMAN

UNO de los movimientos más espectaculares que se hayan extendido a través de la igle sia cristiana es el movimiento carismático. Desde el estallido del hablar en lengu as en la Misión de la Calle Azusa en Los Ángeles, a principios del siglo veinte, al crecimiento de las iglesias pentecostales y las Asambleas de Dios, y a la expans ión al interior de la iglesia católica romana y las principales iglesias protestante s durante los años sesenta, el avivamiento carismático ha provocado una celosa devoc ión entre sus adherentes y ha alimentado una profunda discusión teológica. Ningún histor iador de la iglesia puede ignorar el impacto de los carismáticos en la iglesia mod erna.

Las transmisiones de la televisión cristiana han estado dominadas por la programac ión carismática, como se observa en "El Club 700", la Trinity Broadcasting Network [TBN] y (anteriormente) la red PTL. El intento de Pat Robertson por alcanzar la presidencia de los Estados Unidos en 1988 reveló en parte la enorme acogida que ha disfrutado el cristianismo carismático. Los escánd alos que han sacudido a la iglesia concentrándose en las malas acciones de Jim Bak ker y Jimmy Swaggart no han hecho menguar el celo que acompaña al avivamiento cari smático más amplio.

No pertenece al ámbito de este libro redactar la crónica de la historia del movimien to carismático o evaluar en detalle todas las dimensiones de la teología carismática. Ya se han escrito muchos libros sobre esa materia.9 En este capítulo, mi punto foc al se hallará en una doctrina central que se ubica en el corazón de la teología carismát ica/neo-pentecostal: el bautismo del Espíritu Santo.

LA DOCTRINA DEL BAUTISMO DE L ESPÍRITU SANTO

Antes de resumir la visión neo-pentecostal del bautismo del Espíritu Santo, debemos notar primero el fundamento histórico tras el uso del prefijo neo- con la raíz pentecostal.

9 Para conocer un excelente sumario y análisis histórico, vea A Theology of the Holy Spirit [Una Teología del Espíritu Santo] por Frederick Dale Brunner (Grand Rapids: Eerdmans, 1970).

El neo-pentecostalismo está referido a una modificación significativa en la enseñanza con respecto a la teología pentecostal clásica. El "neo-" o "nuevo" pentecostalismo tiene a base mucho más amplia que una mera localización en la iglesia pentecostal en sí. En las denominaciones pentecostales originales, el bautismo del Espíritu Santo estaba ligado a un concepto de santificación que era parte integral del llamado movimien to de Santidad.

Como hemos visto anteriormente, el movimiento de Santidad enfatizaba la idea de la santificación como una segunda obra de gracia (posterior a la regeneración) que e ra instantánea y producía una perfección moral completa o parcial. Aunque el término per feccionismo parcial suena extraño, involucra algunas distinciones importantes. En efecto, el perfeccionismo parcial implica un imperfeccionismo parcial, lo cual t iende a nublar la idea total del perfeccionismo. Estrictamente hablando, lo que es perfecto no admite manchas, defectos ni otros tipos de imperfecciones.

Algunos perfeccionistas arguyeron que la segunda obra de gracia alcanzaba una sa ntificación total, pura y completa mediante la cual el receptor quedaba enterament e libre de pecado. John Wesley, en su versión del perfeccionismo, se detuvo un poc o antes de llegar a esto restringiendo el perfeccionismo a la recepción del poder espiritual de un amor perfeccionado. El himno "Perfecto Amor", que irónicamente se usa con frecuencia en las bodas, tuvo su origen en una expresión de esta doctrina wes leyana de la santificación.

Otros partidarios de la Santidad han modificado el enfoque de la "segunda bendición" p

ara restringirlo a la consecución de una vida victoriosa sobre el "pecado deliberado".
Es decir, una vez que una persona recibe el bautismo del Espíritu Santo para sant
ificación, aún puede pecar, pero nunca deliberadamente. Cualquiera sea el pecado que
permanezca en la persona santificada, es pecado accidental o pecado cometido en
ignorancia. El bautismo del Espíritu Santo santifica a una persona de manera tal
que ésta es, entonces, libre de pecar deliberadamente.
Aunque algunas iglesias aún enseñan esa clase de doctrinas perfeccionistas, la idea
del perfeccionismo, total o parcialmente, no ha hecho una gran intrusión en la línea

principal del cristianismo. En dicha teología, la tendencia es a disminuir las rig
urosas demandas de la ley de Dios o a inflar la percepción de logro espiritual que
el propio individuo tiene de sí mismo. Para que una persona permanezca convencida
de que vive sin pecado, debe evitar realizar un escrutinio minucioso de la ley
de Dios o un escrutinio minucioso y honesto de su propio desempeño.
La evidencia de pecado continuo en las vidas de los más grandes santos es tan fuer
te que casi inevitablemente las formas de perfeccionismo tienden a ser modificad
as, limitadas y restringidas a algún grado de perfeccionismo parcial que, por supu
esto, no es sino otra forma de llamar al imperfeccionismo.
En la teología neo-pentecostal, el vínculo entre el perfeccionismo moral y el bautis
mo del Espíritu Santo ha sido prácticamente abandonado. No oímos a líderes carismáticos co
mo Pat Robertson hablar de ser totalmente santificados. Y Jim Bakker no hace afi
rmaciones de ser perfecto.
En la teología neo-pentecostal, el énfasis que se pone en el bautismo del Espíritu San
to corresponde a la idea de ser capacitado o dotado para el ministerio. La misma
palabra carismático deriva de la palabra griega del Nuevo Testamento que se tradu
ce como "don" o "gracia espiritual". La palabra carismático ha llegado a ser usada tan amp
liamente que ha encontrado la forma de ingresar al léxico del habla popular. Un ar
tista emocionante o un líder político puede ser llamado "carismático" sin que haya insinua
ción religiosa alguna conectada a la palabra.
Puesto que el movimiento neo-pentecostal ha penetrado prácticamente todas las deno
minaciones cristianas, su teología ha sido moldeada por las teologías de las diversa
s iglesias. Por ejemplo, la teología de los carismáticos católicos romanos tiene un ca
rácter católico romano tal como las de los carismáticos luteranos y
episcopales tienen sus propios caracteres.
Dado que el neo-pentecostalismo ha influido en tantas tradiciones, no es sorpren
dente que ninguna teología pentecostal monolítica haya surgido a partir del movimien
to. Esto hace necesario hablar en términos generales y señalar las tendencias mayore
s del movimiento.
La tendencia básica de la teología neo-pentecostal es ver el bautismo del Espíritu San
to como una obra especial del Espíritu Santo a través de la cual un creyente es dota
do de poder para la vida y el servicio. Él está ahora dotado para el ministerio. Est
a obra del Espíritu Santo es distinta de, y habitualmente posterior a, la obra de
regeneración llevada a cabo por el Espíritu. A veces, se hace una distinción entre ser
bautizado "por" o "de" el Espíritu Santo (lo cual ocurre en el nuevo nacimiento) y el bau
tismo "en" o "con" el Espíritu Santo (que normalmente es posterior al nuevo nacimiento). E
n este esquema, todos los cristianos son bautizados "por" el Espíritu, pero no todos l
os cristianos son bautizados "en" o "con" el Espíritu.
Aunque hay un desacuerdo general entre los neo-pentecostales con respecto a este
punto, la tendencia es a ver el hablar en lenguas (glossolalia) como la evidenc
ia inicial del bautismo del Espíritu Santo.

PENTECOSTALISMO Y PENTECOSTÉS

El pentecostalismo deriva su nombre del énfasis que pone en su manera de entender
lo que sucedió con la iglesia en el Día de Pentecostés. El registro de la actividad de
l Espíritu Santo en la vida de la iglesia primitiva es fundamental para el movimie
nto carismático moderno. Hay un fuerte deseo de recapturar el poder y la vitalidad
espiritual que se revela en el Libro de los Hechos:

Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos juntos en un mismo lugar. De repente
vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso que llenó toda la
casa donde estaban sentados, y se les aparecieron lenguas como de fuego que, re
partiéndose, se posaron sobre cada uno de ellos. Todos fueron llenos del Espíritu Sa
nto y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba habilidad par
a expresarse. (Hechos 2:1-4)

Más adelante en el relato Pedro se dirige a los perplejos observadores de este fenóm
eno y ofrece la siguiente interpretación del evento:

Porque estos no están borrachos como vosotros suponéis, pues apenas es la hora terce
ra del día; sino que esto es lo que fue dicho por medio del profeta Joel: Y sucede
rá en los últimos días dice Dios que derramaré de mi Espíritu sobre toda carne. (Hechos
-17)

Hacia el final de su sermón, Pedro hace la siguiente observación:

A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltad
o a la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Sant
o, ha derramado esto que vosotros veis y oís. (Hechos 2:32-33)

Pedro concluye:

Arrepentíos y sed bautizados cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para
perdón de vuestros
pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. (Hechos 2:38)

Hay relatos adicionales del derramamiento del Espíritu Santo en el Libro de los He
chos. Hechos 8 registra la experiencia de los convertidos samaritanos:

Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la pal
abra de Dios, les enviaron a Pedro y a Juan, quienes descendieron y oraron por e
llos para que recibieran el Espíritu Santo, pues todavía no había descendido sobre nin
guno de ellos; sólo habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces les im
ponían las manos, y recibían el Espíritu Santo. (Hechos 8:14-17)

En el caso de la dramática conversión de Saulo en el camino a Damasco, hubo un retra
so de tres días entre su conversión y el momento en que fue llenado con el Espíritu Sa
nto (Ver Hechos 9:1-18).
Otro derramamiento del Espíritu Santo ocurrió en la casa del soldado Cornelio:

Mientras Pedro aún hablaba estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que
escuchaban el mensaje. Y todos los creyentes que eran de la circuncisión, que habían
venido con Pedro, se quedaron asombrados, porque el don del Espíritu Santo había si
do derramado también sobre los gentiles, pues les oían hablar en lenguas y exaltar a
Dios. (Hechos 10:44-46)

El registro final de un derramamiento similar del Espíritu Santo se encuentra en H
echos 19:1-6:

Y aconteció que mientras Apolos estaba en Corinto, Pablo, habiendo recorrido las r
egiones superiores, llegó a Éfeso y encontró a algunos discípulos, y les dijo: ¿Recibistei
s el Espíritu Santo cuando creísteis? Y ellos le respondieron: No, ni siquiera hemos
oído si hay un Espíritu Santo. Entonces Él dijo: ¿En qué bautismo, pues, fuisteis bautiza
dos? Ellos contestaron: En el bautismo de Juan. Y Pablo dijo: Juan bautizó con el
bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyeran en aquel que vendría
después de él, es decir, en Jesús. Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre
del Señor Jesús. Y cuando Pablo les impuso las manos, vino sobre ellos el Espíritu San
to, y hablaban en lenguas y profetizaban. (Hechos 19:1-6)

Estos registros textuales del derramamiento del Espíritu Santo en el Libro de los Hechos forman el fundamento de la doctrina neo-pentecostal del bautismo del Espíritu Santo. Del relato histórico emerge un patrón que indica lo siguiente:

1. Las personas eran creyentes, y por lo tanto, nacidas del Espíritu antes de que recibieran el bautismo del Espíritu Santo. Esto indica que debe haber una distinción entre la obra de regeneración llevada a cabo por el Espíritu y la obra efectuada por el Espíritu al bautizar.
2. Hay un intervalo de tiempo entre la fe (regeneración) y el bautismo del Espíritu Santo. Esto indica claramente que mientras algunos cristianos tienen el Espíritu Santo hasta el punto de ser regenerados, pueden carecer aún del bautismo del Espíritu Santo, que es posterior.
3. La evidencia externa inicial del bautismo en el Espíritu Santo es hablar en lenguas.

Cuando consideramos el debate actual acerca del bautismo del Espíritu Santo entre los partidarios de la teología neo-pentecostal y los partidarios de la teología tradicional, vemos que no hay una disputa significativa con respecto al Punto 1. Prácticamente todas las denominaciones cristianas han estado de acuerdo en que hay una diferencia entre la obra del Espíritu Santo en la regeneración (aunque no todos concuerdan plenamente en la forma de entender la regeneración) y la obra de bautismo efectuada por el Espíritu Santo. Es decir, aunque la diferencia yace en la comprensión de la regeneración y el bautismo del Espíritu Santo, hay un acuerdo en que, sea lo que sea que implique cada cosa, la una es diferente a la otra.

El debate es provocado por la segunda y la tercera conclusión de los Hechos. Ambos lados están de acuerdo en que, en Hechos, el bautismo en el Espíritu Santo era verdaderamente posterior a la conversión (al menos en algunas personas) y que el hablar en lenguas era una señal o evidencia externa del bautismo del Espíritu.

El punto crucial es este: ¿Es el relato de Hechos una prueba de que la secuencia de la obra del Espíritu Santo entre los primeros cristianos pretende ser normativa para la iglesia a lo largo de las edades?

La suposición de trabajo de la teología neo-pentecostal es que el propósito de la narrativa bíblica es enseñarnos que lo que ocurrió entonces había de ser normativo para todas las generaciones. Cuestionar esta suposición parece, a primera vista, equivaler a cuestionar la autoridad de la Escritura misma. El punto crucial no es la autoridad de la Escritura sino la cuestión de la intención de la Escritura. Es una cuestión de interpretación.

La cuestión práctica que arde al interior de la iglesia es esta: ¿Hay dos niveles de cristianos una clase que tiene el bautismo del Espíritu Santo y otra que no lo tiene ?

Esta pregunta se complica más teniendo en cuenta el registro de la historia de la iglesia. Aunque algunos han hecho el mayor esfuerzo posible tratando de probar que ha habido un torrente continuo de hablar en lenguas y otras evidencias de un bautismo en el Espíritu posterior a lo largo de la historia de la iglesia, el testimonio abrumador de dicha historia revela la discontinuidad del hablar en lenguas como una evidencia del bautismo del Espíritu.

La historia de la iglesia parece indicar que las vidas de los más grandes santos Atanasio, Agustín, Anselmo, Tomás de Aquino, Martín Lutero, Juan Calvino, Jonathan Edwards, Charles H. Spurgeon y otros no alcanzaron a desplegar indicación alguna de hablar en lenguas que manifestara que éstos hubieran sido bautizados en o por el Espíritu Santo.[10] Aunque el hablar en lenguas ha ocurrido aquí y allá en la historia de la iglesia, generalmente estuvo asociado con movimientos heréticos tales como el montanismo del siglo dos y el movimiento irvinguita del siglo diecinueve.

10 Ciertamente, la cuestión del hablar en lenguas no fue ignorada por los grandes santos. Lutero y Calvino hablaron favorablemente del don, aunque parecen haberlo conectado con la predicación misionera. Wesley también habló favorablemente de ello. Sin embargo, no hay evidencia de que estos dinámicos hombres de fe practicaran alguna vez personalmente el hablar en lenguas.

Si el hablar en lenguas es la evidencia externa del bautismo del Espíritu Santo, y el bautismo del Espíritu Santo es una obra posterior en las vidas de los creyentes, ¿por qué, entonces, la gran mayoría de los creyentes en la historia de la iglesia n

o ha logrado alcanzar esta vital dimensión de la vida cristiana? ¿Fue el Pentecostés original, en realidad, un “fracaso” para las vastas épocas de la historia cristiana que se extendieron hasta el presente? (Si el propósito de Pentecostés fue derramar un don de lenguas continuo, entonces la discontinuidad histórica indica que el objetivo no fue alcanzado).

Algunos han respondido esta pregunta planteando una explicación escatológica. El fenómeno del primer siglo indicaba las “Lluvias tempranas” del Espíritu Santo, mientras el derramamiento actual o avivamiento de Pentecostés indica la “Lluvia tardía” del Espíritu Santo y la hora cercana del regreso de Cristo (La imaginería de las “lluvias” proviene de una profecía que se halla en Joel 2:23).

Esta teoría ciertamente explicaría el problema de la discontinuidad histórica. Sin embargo, también invalidaría la teoría de que la intención del relato en Hechos era expresar una experiencia cristiana normativa para todas las edades.

Una explicación más débil de la discontinuidad histórica sería la afirmación de que los creyentes del pasado simplemente no fueron lo suficientemente serios en su búsqueda de la espiritualidad como para adquirir la llenura del Espíritu Santo. Esta es una posibilidad, pero difícilmente parece probable a la luz del profundo ardor espiritual manifestado por algunos santos del pasado. Hubo, y hay, creyentes devotos cuyas vidas parecen ser modelos de centralidad en Dios, y sin embargo muchos (tal vez la mayoría) no hablaron en lenguas.

Una vez más, el punto central de la cuestión regresa a la suposición neo-pentecostal de que los pasajes narrativos de Hechos pretendían enseñar a la iglesia que siempre habrá un intervalo de tiempo normal entre la conversión y el bautismo del Espíritu y que el hablar en lenguas es la señal externa normal del bautismo del Espíritu.

Uso intencionalmente aquí la palabra suposición. En ningún lugar la Escritura enseña explícitamente que el hablar en lenguas sea una señal necesaria del bautismo del Espíritu Santo o que deba haber un intervalo de tiempo entre la conversión y el bautismo del Espíritu. Estas ideas son inferencias extraídas de la narración. Tales inferencias pueden ser o no ser válidas.

Estoy persuadido de que estas inferencias no son válidas. Mi preocupación es que estas inferencias ponen en peligro el significado total de Pentecostés en la historia de la iglesia. Mi queja contra la teología neo-pentecostal es que tiende a tener una visión demasiado baja de Pentecostés. Parece que la teología neo-pentecostal no logra hacerle justicia al significado histórico del Libro de los Hechos y nos deja con una visión de la obra de dotación carismática efectuada por el Espíritu más similar al Antiguo Testamento que al Nuevo Testamento.

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

El Espíritu Santo estaba activo en la obra de redención en el Antiguo Testamento. La regeneración era entonces un prerrequisito para la fe tanto como lo es ahora. Jesús reprendió a Nicodemo, un maestro de Israel, por no entender que renacer mediante el Espíritu Santo era necesario para la salvación.

Además de la obra de regeneración mediante la cual los creyentes del Antiguo Testamento eran avivados a la fe, el Espíritu Santo distribuía también dones especiales, o poder carismático, a personas específicas. Las primeras personas que la Escritura menciona señalando que fueron llenadas con el Espíritu Santo fueron los artesanos Bezaleel y Aholiab. Ellos fueron dotados por el Espíritu Santo recibiendo poder para llevar a cabo obras especializadas de arte:

Entonces Moisés dijo a los hijos de Israel: Mirad, el Señor ha llamado por nombre a Bezaleel, hijo de Uri, hijo de Hur, de la tribu de Judá. Y lo ha llenado del Espíritu de Dios en sabiduría, en inteligencia, en conocimiento y en toda clase de arte, para elaborar diseños, para trabajar en oro, en plata y en bronce, y en el labrado de piedras para engaste, y en el tallado de madera, y para trabajar en toda clase de obra ingeniosa. También le ha puesto en su corazón el don de enseñar, tanto a él como a Aholiab, hijo de Ahisamac, de la tribu de Dan. (Éxodo 35:30-34)

Si observamos de cerca esta narración estaremos forzados a concluir que Bezaleel y
 Aholiab fueron dos de los más dotados y versátiles artistas de la historia humana.
Fueron plateros, orfebres, joyeros, canteros y talladores, y tenían también el don d
e enseñar.
En el Antiguo Testamento, ciertos individuos fueron especialmente habilitados pa
ra el ministerio mediante la unción del Espíritu Santo. Los profetas hablaron bajo l
a inspiración del Espíritu. Jueces como Sansón, Otoniel y Samuel exhibieron unciones e
speciales del Espíritu. Aun los reyes fueron ungidos por el Espíritu. Cuando David s
e arrepintió de su pecado con Betsabé, exclamó "No quites de mí tu santo Espíritu" (Salmo
1).
Es importante recordar que la palabra Mesías se origina en la palabra hebrea que s
ignifica "ungido". Jesús cumplió el rol del Mesías prometido en el Antiguo Testamento. Él
e ungido en su bautismo para cumplir la tarea mesiánica.

Después de ser bautizado, Jesús salió del agua inmediatamente; y he aquí, los cielos se
abrieron, y él vio al Espíritu de Dios que descendía como una paloma y venía sobre Él. (Ma
teo 3:16)

Más tarde, en Nazaret, Jesús dirigió la atención a la profecía de Isaías y declaró que se
cumplido en su propia persona:
El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar el evangelio a lo
s pobres. (Lucas 4:18)

Quizás la unción más dramática de un individuo en el Antiguo Testamento fue la de Moisés.
Moisés fue el mediador del Antiguo Testamento y el instrumento escogido de Dios pa
ra entregar la Ley a Israel. Él ejerció su liderazgo sobre Israel en virtud del pode
r carismático del Espíritu. Un episodio crucial para entender Pentecostés tiene lugar
durante la vida de Moisés y se halla registrado en Números 11. Cuando los hijos de I
srael se quejaron de su dieta de maná, Moisés expresó una protesta ante Dios: "Yo solo n
o puedo llevar a todo este pueblo, porque es mucha carga para mí" (Números 11:14).
En respuesta a la carga expresada por Moisés, Dios dijo:

Reúneme a setenta hombres de los ancianos de Israel (…) Entonces descenderé y hablaré co
ntigo allí, y tomaré del Espíritu que está sobre ti y lo pondré sobre ellos, y llevarán co
igo la carga del pueblo para que no la lleves tú solo. (Números 11:16-17)

Aquí vemos una distribución expansiva del Espíritu Santo. En vez de que el poder caris
mático del Espíritu estuviera limitado a un solo individuo aislado, Dios distribuye
el Espíritu Santo entre otros setenta.
Cuando Dios llevó a cabo la distribución expandida y los receptores manifestaron ese
 poder (Números 11:20-27), Josué protestó ante esta aparente usurpación del poder y la a
utoridad de Moisés. Dijo "¡Moisés, señor mío, detenlos!" (Números 11:28).

Pero Moisés le dijo: ¿Tienes celos por causa mía? ¡Ojalá todo el pueblo del Señor fuera pr
eta, que el
Señor pusiera su Espíritu sobre ellos! (Números 11:29)

La apasionada súplica expresada por Moisés de que Dios pusiera su Espíritu sobre todo
el pueblo del Señor en vez de ponerlo meramente sobre algunos de ellos llegó a ser u
na profecía en Joel:

Y sucederá que después de esto, derramaré mi Espíritu sobre toda carne. (Joel 2:28)

Esta es la profecía que Pedro cita en el Día de Pentecostés. A la luz del principio de
 la distribución limitada del Espíritu Santo que hallamos en el Antiguo Testamento,
el Día de Pentecostés apunta al derramamiento del Espíritu Santo no sobre parte del pu
eblo de Dios sino sobre todo el pueblo de Dios.
La diferencia entre el mediador del Antiguo Pacto Moisés y el Mediador del Nuevo Pac
to Jesús es que Jesús distribuye su Espíritu Santo sobre todo su pueblo. Este es un punt
o clave que la teología neo-pentecostal oscurece. El neo-pentecostalismo admite qu

e la distribución del Espíritu Santo está disponible para todo el pueblo de Dios pero no es necesariamente obtenida por todo el pueblo de Dios.

Aquí es donde se hace relevante otra interpretación del Libro de los Hechos. Antes de que consideremos una vez más los pasajes fundamentales en Hechos, puede resultar útil ocuparse un poco en hacer un análisis de la fuente.

La ciencia neotestamentaria de la crítica de fuentes encierra un análisis técnico de diversos libros en un esfuerzo por reconstruir el material fuente que fue usado para compilar los manuscritos originales. Esto no se hace con propósitos especulativos académicos ociosos. Una de las recompensas cruciales que se obtienen de dicho análisis es la identificación precisa de los temas e intereses mayores que tenían los autores individuales de los libros del Nuevo Testamento.

Si podemos identificar los propósitos principales de los autores como también los públicos a los que pretendían dirigirse, esto contribuye mucho ayudándonos a entender su enseñanza con mayor exactitud.

Por ejemplo, cuando los eruditos analizan los Evangelios Sinópticos Mateo, Marcos y Lucas , son capaces de aislar material que es único de cada escritor. Muchos eruditos creen que Marcos fue escrito primero y que Mateo y Lucas tuvieron el Evangelio de Marcos frente a ellos cuando escribieron. Hay mucho material de Marcos que es duplicado tanto por Mateo como por Lucas.

Al mismo tiempo, hay mucho material común a Mateo y Lucas que no se encuentra en Marcos. Es evidente que Lucas y Mateo usaron una fuente que no estuvo disponible para Marcos o no fue usada por él. Por lo general esta fuente es llamada la fuente "Q" (La letra Q quiere decir Quelle, palabra alemana que significa "fuente").

Lo que nos interesa es el material que se halla únicamente en Lucas. Lo llamamos "L". "L" se refiere a la información suministrada por Lucas que no se encuentra en los otros Evangelios. Al aislar este material obtenemos una visión de los intereses y las preocupaciones especiales de Lucas (En el caso de Mateo, su material único generalmente llamado "M"   revela un fuerte interés por dirigirse a un público judío).

Un examen de Lucas indica que Lucas estaba escribiendo para un público gentil y que uno de sus principales intereses era manifestar la universalidad del evangelio.

A partir de la Escritura, sabemos que una de las controversias más intensas que atormentaron a la iglesia primitiva (o, posiblemente, la más intensa) fue la cuestión del estatus de los gentiles en la iglesia. La iglesia comenzó primariamente con creyentes judíos, y luego, como relata Hechos, se extendió al mundo gentil, en gran parte debido a los viajes misioneros de Pablo.

Es importante tener en mente que Lucas fue el autor del Libro de los Hechos. Él estaba profundamente consciente del crucial debate que concernía al rol de los gentiles en la iglesia.

El Libro de los Hechos sigue estructuralmente el mandato de la Gran Comisión expresada por Cristo:

Pero recibiréis poder cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros; y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra. (Hechos 1:8)

La cronología de Hechos sigue este patrón de la propagación del cristianismo: Jerusalén Judea Samaria el mundo gentil. La narración comienza con eventos en Jerusalén y luego se expande hacia el exterior en la empresa misionera.

El Día de Pentecostés fue un evento judío. Tuvo lugar en Jerusalén. Pentecostés mismo era una fiesta judía. Los participantes fueron "judíos, hombres piadosos, procedentes de todas las naciones bajo el cielo" (Hechos 2:5). Los judíos habían subido a Jerusalén para la Fiesta de Pentecostés.

En este acontecimiento, es importante notar que "todos fueron llenos del Espíritu Santo" (Hechos 2:4). No hay evidencia aquí de que algunos judíos creyentes no lograran recibir el Espíritu Santo. No hay evidencia de que algunos hayan buscado el don con dedicación mientras otros no alcanzaron a tenerlo. Todos los creyentes judíos experimentaron el derramamiento pentecostal.

El mismo fenómeno se ve en los otros derramamientos que se registran en Hechos. No hay

registro en Hechos de que algún creyente perteneciente a un grupo de creyentes no
lograra recibir (o recibiera parcialmente) el Espíritu Santo prometido cuando éste d
escendió. El Espíritu viene inclusiva e incondicionalmente.

LOS CUATRO “PENTECOSTESES”

En la iglesia primitiva, la cuestión de la inclusión total en el cuerpo de Cristo no
estaba limitada meramente a los dos grupos genéricos amplios de judíos y gentiles.
Había cuatro grupos distintos de personas cuyo estatus en la iglesia se hallaba en
discusión. Estos cuatro grupos incluían a los judíos, los samaritanos, los temerosos
de Dios y los gentiles. Los temerosos de Dios eran gentiles convertidos al judaísm
o que habían abrazado los dogmas del judaísmo pero que no habían alcanzado una convers
ión total optando por permanecer incircuncisos. Considerando Hechos 10, es claro q
ue Cornelio era un temeroso de Dios.

Había en Cesarea un hombre llamado Cornelio, centurión de la cohorte llamada la Ital
iana, piadoso y temeroso de Dios con toda su casa, que daba muchas limosnas al p
ueblo judío y oraba a Dios continuamente. (Hechos 10:1-2)

Es sorprendente que los cuatro derramamientos de tipo pentecostal registrados en
Hechos cubrieran precisamente los cuatro grupos cuyo estatus en la iglesia se h
allaba en cuestión. Los judíos recibieron el Espíritu Santo en Pentecostés; los samarita
nos recibieron el Espíritu durante el ministerio de Felipe, Pedro y Juan (Hechos 8
); los temerosos de Dios recibieron el Espíritu Santo en la casa de Cornelio (Hech
os 10); y finalmente
hubo un derramamiento estrictamente sobre los gentiles en Éfeso (Hechos 19). Los c
uatro grupos, y todos los que se hallaban en dichos grupos, recibieron el derram
amiento del Espíritu Santo.
La pregunta sigue en pie: ¿Cuál es el significado de estos eventos? El neo-pentecost
alismo encuentra el significado en el retraso que se produce entre la conversión y
la recepción del Espíritu y en la manifestación externa de las lenguas.
Sin embargo, ese no es el significado que Lucas enfatiza en cuanto a estos event
os. No es el mensaje principal que los apóstoles mismos extrajeron de allí.
¿Cómo interpretaron los apóstoles estos eventos? La clave se halla en Hechos 10:

Mientras Pedro aún hablaba estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que
escuchaban el mensaje. Y todos los creyentes que eran de la circuncisión, que habían
venido con Pedro, se quedaron asombrados, porque el don del Espíritu Santo había si
do derramado también sobre los gentiles, pues les oían hablar en lenguas y exaltar a
Dios. Entonces Pedro dijo: ¿Puede acaso alguien negar el agua para que sean bauti
zados éstos que han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros? Y mandó que fuer
an bautizados en el nombre de Jesucristo. (vv. 44-48)

El texto indica que los creyentes judíos se escandalizaron al ver que los gentiles
recibían el Espíritu. Para Pedro, el significado claro de esto fue que estos conver
tidos debían gozar de una membresía total en la iglesia. “¿Puede acaso alguien negar el
agua?” Preguntó Pedro. Luego mandó que fueran bautizados. Aquí, el tema principal de Luc
as referido a la inclusividad total de la iglesia del Nuevo Testamento brilla de
principio a fin. No
debía haber ciudadanos de segunda clase en el reino de Dios. Judíos, samaritanos, te
merosos de Dios y gentiles, todos ellos recibieron el bautismo del Espíritu Santo.
Lo normativo acerca de Pentecostés es que el Espíritu bautiza a todo el pueblo de D
ios. El hecho de que hubiera un retraso en Hechos entre la conversión y el bautism
o no establece este aspecto como norma. Había claras razones histórico-redentivas pa
ra que ocurrieran estos “pentecosteses” distintivos. Estos demostraban claramente la
igualdad de los cuatro grupos en la iglesia. No hay nada en el texto que indiqu
e que dicho retraso sea normativo. En Hechos 19, Pablo les preguntó a los efesios “¿Re
cibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?” (Hechos 19:2). Al hacer esta pregunta,
Pablo aparentemente dio la posibilidad de que los efesios hubieran recibido la e

xperiencia pentecostal en el momento de su conversión, indicando que, al menos en
este punto, Pablo no tenía un concepto de un retraso normativo. Él admitía la posibili
dad de un retraso pero no la necesidad de él. ¿Y qué decir de las lenguas como una evi
dencia necesaria para el bautismo del Espíritu Santo?
A partir de los textos en Hechos, es claro que el don de hablar en lenguas funci
onó verdaderamente como una señal externa de la llenura del Espíritu Santo. Las lengua
s proveyeron una indicación tangible de que el Espíritu había caído sobre los individuos
tal como el brote de expresión extática señaló la recepción del Espíritu Santo por Eldad
Medad en Números 11. En el caso de Jesús, sin embargo, durante su ungimiento hubo un
a visión externa del Espíritu que descendía como una paloma (Mateo 3:16).11 En Penteco
stés hubo una señal tanto
11 El relato del bautismo de Jesús es la base para el uso de la paloma como un símbo
lo del Espíritu Santo. La paloma, que además ha llegado a ser un símbolo de la paz (ba
sado en la

paloma del relato del arca de Noé), no es un mal símbolo para el Espíritu, pero cierta
mente no transmite muy bien el concepto de poder. El viento impetuoso es un símbol
o mucho mejor, y ciertamente el viento y el Espíritu tienen muchas conexiones bíblic
as. El fuego, como lo manifiesta el relato de Pentecostés, es también un símbolo aprop
iado, pero, tal como el viento y la paloma, no transmite la idea de personalidad
. Es lamentable que, en el aspecto visual, no haya símbolos realmente apropiados p
ara el Espíritu.

visible como auditiva, a saber, la visión de lenguas de fuego que se posaron sobre
cada uno de los que fueron llenados.
Pese a que estas señales visibles ocurrieron aquí y allá, es claro que no fueron vista
s como indicadores necesarios o normativos de la llenura del Espíritu. Aunque el h
ablar en lenguas continuó en la vida de la iglesia como lo atestigua la discusión de
Pablo con respecto al asunto en 1 Corintios, es claro que en el tiempo en que s
e escribió 1 Corintios el hablar en lenguas no era considerado como un signo indis
pensable de la dotación carismática.
En 1 Corintios, Pablo insiste en el punto de que, aunque las lenguas son un don
de Dios y por lo tanto son beneficiosas, no deben ocupar una categoría demasiado e
xaltada en la iglesia. Pablo declara su preferencia de esta manera:
Doy gracias a Dios porque hablo en lenguas más que todos vosotros; sin embargo, en
la iglesia prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento, para instruir t
ambién a otros, antes que diez mil palabras en lenguas. (1 Corintios 14:18-19)

La proporción apostólica que tenemos aquí es 5:10000. En otro lugar, Pablo plantea una
pregunta: “¿Acaso hablan todos en lenguas?” (1 Corintios 12:30b) Aquí no se da una resp
uesta explícita. Sin embargo, no
hay duda con respecto a ella. La pregunta de Pablo no deja un final abierto para
su respuesta. Sólo puede haber una respuesta para este tipo de pregunta estructur
ada. La respuesta es no.
En la iglesia corintia, los dones del Espíritu eran altamente evidentes y operativ
os. Sin embargo, Pablo insiste una vez más en el punto de que el Espíritu dota a su
pueblo con una diversidad de dones.

Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversida
d de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero
es el mismo Dios el que hace todas las cosas en todos. Pero a cada uno se le da
la manifestación del Espíritu para el bien común. Pues a uno le es dada palabra de sa
biduría por el Espíritu; a otro, palabra de conocimiento según el mismo Espíritu; a otro
, fe (…) Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, distribuyendo indi
vidualmente a cada uno según la voluntad de Él. (1 Corintios 12:4-11)

El Espíritu Santo dota soberanamente a su iglesia. La iglesia es un cuerpo de miem
bros dotados que funcionan dentro del marco de la unidad y la diversidad. Ningún o
ficio ni don debe ser elevado al nivel de una señal exclusiva de la manifestación de
l Espíritu.

Pablo continúa afirmando:

Pues por un mismo Espíritu todos fuimos bautizados en un solo cuerpo, ya judíos o griegos, ya esclavos o libres, y a todos se nos dio a beber del mismo Espíritu. (1 Corintios 12:13)

Dale Brunner comenta acerca de este pasaje:

Si este versículo se interpreta como si estuviera hablando de un segundo bautismo en el Espíritu Santo, posterior y separado, más allá del bautismo en Cristo, sólo para algunos cristianos, entonces no sólo están siendo violadas las palabras del texto "todos (…) todos" sino el propósito del texto en su contexto corintio (…) En 1 Corintios 12:13 Pablo no está enseñando un bautismo universal alcanzado solamente por unos pocos; está enseñando el bautismo cristiano gratuito a través del Espíritu que es dado a todos.12 El peso de la interpretación bíblica en cuanto al significado de Pentecostés milita en contra de la comprensión neo-pentecostal del bautismo del Espíritu Santo. A todos los que el Espíritu regenera, también los bautiza, los llena y los dota con poder para el ministerio.

12 Frederick Dale Brunner, A Theology of the Holy Spirit [Una Teología del Espíritu Santo] (Grand Rapids: Eerdmans, 1970), 292. 13 Muchos carismáticos y pentecostales enfatizan otros dones del Espíritu sanidad, profecía, liderazgo, hospitalidad, discernimiento, exhortación, interpretación, etc. . Es lamentable que, en la opinión de muchos cristianos, el hablar en lenguas haya llegado a ser visto como la evidencia del bautismo del Espíritu.

Esta es la emocionante noticia de Pentecostés. En el plan de redención de Dios, el Espíritu Santo ha dotado a cada creyente para el ministerio. La iglesia completa ha sido capacitada desde lo alto. No hay dos niveles de creyentes dotados y no dotados, bautizados en el Espíritu y no bautizados en el Espíritu .13

Oímos un abundante testimonio de cristianos modernos que declaran que su experiencia del bautismo en el Espíritu y el hablar en lenguas ha cambiado dramáticamente sus vidas espirituales. Experimentan más celo, más valentía y más devoción en la oración. Se ha dicho que un hombre con una experiencia jamás estará a merced de un hombre con un argumento.

No tengo nada en contra de las experiencias de la gente con el Espíritu Santo. Me deleita oír hablar de fe aumentada, celo, devoción en la oración y todo lo demás. Mi preocupación no está centrada en el hecho de que la experiencia sea significativa, sino en la comprensión del significado de la experiencia. Lo que tiende a ir contra la Escritura es la interpretación de la experiencia. Nuestra autoridad no es nuestra experiencia sino la Palabra de Dios. No todas las personas en la iglesia tienen la misma experiencia en el Espíritu, pero esto no es un indicador de que no todos tienen el mismo Espíritu. Es el mismísimo problema que afligió tan profundamente a la iglesia corintia.

No estoy diciendo que todo aquel que sea miembro de una iglesia cristiana tiene el Espíritu Santo. La membresía en la iglesia visible no garantiza el bautismo del Espíritu Santo más de lo que garantiza la salvación. Sabemos que hay incrédulos que son miembros de la iglesia. Ningún incrédulo tiene el bautismo del Espíritu Santo, pero todo creyente, toda persona regenerada, tiene efectivamente el bautismo del Espíritu Santo. Desde Pentecostés hasta hoy, todo cristiano es tanto regenerado por el Espíritu como bautizado en el Espíritu. Esa es la esencia del significado de Pentecostés. Cualquier cosa que esté por debajo de eso arroja una sombra sobre la importancia sagrada de Pentecostés en la historia de la redención. Cualquier persona regenerada ha sido también sellada por el Espíritu, bautizada en el Espíritu, y tiene al Espíritu como garantía.

CAPÍTULO NUEVE

EL FRUTO DEL ESPÍRITU

Dios os selló dándoos
el don de su Espíritu Santo.
Todo hijo de Dios lleva el mismo sello;es la morada del mismo Espíritu Santo.
TOM REES

LOS DONES del Espíritu Santo son fascinantes y emocionantes. Ser una persona dotada es recibir elogios de nuestros compañeros por nuestras actuaciones o habilidades. Por estas razones y tal vez otras, los dones del Espíritu reciben mucha más atención en nuestra cultura que el fruto del Espíritu. Los frutos del Espíritu parecen estar condenados a la oscuridad, ocultos a la sombra de los dones más preferidos.
Sin embargo, es la evidencia del fruto del Espíritu lo que marca nuestro progreso en la santificación. Por supuesto, Dios se complace cuando ejercitamos obedientemente los dones que el Espíritu Santo nos ha conferido. No obstante, creo que Dios se complace aun más cuando ve que su pueblo manifiesta el fruto del Espíritu.
Pablo exhorta a los gálatas:

Digo, pues: Andad por el Espíritu, y no cumpliréis el deseo de la carne. (Gálatas 5:16)

La vida cristiana es un peregrinaje. En la imaginería de la Escritura, es un viaje que hacemos a pie. Andar es una forma de transporte relativamente lenta. En este viaje, la mayoría de nosotros avanzamos a paso de tortuga. No corremos ni saltamos en la carrera de obstáculos de la tentación. Hay barreras que impiden nuestro progreso. En cada punto enfrentamos los resaltos reductores de velocidad que nos impone la carne. Una vez más, Pablo escribe:

Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne, pues éstos se oponen el uno al otro, de manera que no podéis hacer lo que deseáis. (Gálatas 5:17)

Aquí está la batalla. El viejo hombre se opone al nuevo. La naturaleza pecaminosa de la carne lucha para reprimir la influencia del Espíritu. Aunque esta guerra es interna e invisible, hay claras señales externas de la carnicería que se produce durante la batalla. Cuando el Espíritu es victorioso, vemos su fruto. Cuando gana la carne, vemos también su evidencia externa.
Antes de desarrollar el fruto del Espíritu, Pablo expone primero las obras de la carne. Las obras de la carne se hallan en un completo contraste con el fruto del Espíritu.

Ahora bien, las obras de la carne son evidentes, las cuales son: adulterio, fornicación, impureza, lujuria, idolatría, hechicería, enemistad, pleitos, celos, arrebatos de ira, ambiciones egoístas, disensiones, herejías, envidia, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes; de las
cuales os advierto con anticipación, como también os dije anteriormente, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. (Gálatas 5:19-21) [NKJV traducida]

Esta lista de las obras de la carne es crucial por dos razones. Primero, ofrece el contraste ya mencionado con el fruto del Espíritu. Segundo, identifica las prácticas pecaminosas que, como enfatiza el Apóstol (por repetición), caracterizan a los no regenerados y a los perdidos. Por supuesto, es posible que un redimido caiga en cualquiera de estos pecados durante un tiempo. Cada uno de ellos ha sido manifestado en un momento u otro por el más grande de los santos. Sin embargo, dichos pecados no han de ser una característica del cristiano. Si esta lista caracteriza el estilo de vida de una persona, es una evidencia de que no es redimida.
Puesto que esta lista conlleva una advertencia tan ominosa, es importante dar un

a breve definición de los pecados mencionados:
1. Adulterio. El primer pecado mencionado es una prohibición del Séptimo Mandamiento
. Implica la violación de la santidad del matrimonio mediante relaciones sexuales
ilícitas entre personas casadas.
2. Fornicación. La fornicación, usualmente, está referida a las relaciones sexuales en
tre personas no casadas. Habitualmente está asociada a las relaciones sexuales pre
matrimoniales. En este texto, sin embargo, tiene un significado más extenso incluy
endo relaciones sexuales ilegítimas en el sentido más amplio de la palabra (Los acto
s homosexuales están incluidos aquí).
3. Impureza. Esto encierra un sentido sexual. Refleja una clase de conducta que
el lenguaje popular denomina "sucia".
4. Lujuria. Esto describe un estilo de vida desenfrenado y revoltoso, sin restri
cciones y fuera de
control.
5. Idolatría. Esto se refiere a la adoración pagana de ídolos o dioses falsos. La idol
atría, en su sentido más amplio, puede incluir cosas tales como la adoración de posesi
ones materiales.
6. Hechicería. Esto implica la práctica de magia y la participación en prácticas prohibi
das tales como el espiritismo, la adivinación, la astrología y otras semejantes.
7. Enemistad. Esto refleja un carácter de hostilidad, que guarda rencor y carece d
e amor.
8. Pleitos. Esto se refleja en una actitud pendenciera. El que es contencioso es
discutidor y combativo. Es resentido.
9. Celos. Los celos reflejan un espíritu egocéntrico que desprecia los logros o las
victorias de otras personas. Exhibe una falta de amor. Las obras 7, 8 y 9 son pr
obablemente algunos de los pecados favoritos de los cristianos, posiblemente deb
ido a que pueden ser tan fácilmente encubiertos o excusados.
10. Arrebatos de ira. Esto indica un carácter de impetuosos ataques de furia.
11. Ambiciones egoístas. Esto encierra la idea de un despiadado deseo de obtener b
eneficios personales a expensas de los demás.
12. Disensiones. Esto no impide que usemos formas legítimas de disentir. En lugar
de eso, caracteriza una vez más el espíritu contencioso que está constantemente riñendo,
peleando y creando disensiones en los grupos.
13. Herejías. El significado raíz de esto implica una deliberada elección de opiniones
que van contra la verdad establecida. Incluye más que errores teológicos pudiendo r
eferirse también a errores expresados en actitudes y conductas.
14. Envidia. La envidia implica el deseo de poseer lo que pertenece a otro. Esto
puede incluir alimentar una
mala voluntad hacia quienes disfrutan ciertos beneficios.
15. Homicidios. Esto es evidente. La mayoría de los cristianos no son asesinos dec
larados, por supuesto, pero deberían tenerse en mente las palabras de Cristo acerc
a de aborrecer a nuestros hermanos (Mateo 5:22).
16. Borracheras. Esto se refiere al uso excesivo del alcohol y, por inferencia,
al abuso de drogas.
17. Orgías. Esto encierra el estilo de vida del desenfrenado asistente a fiestas q
ue disfruta las orgías desinhibidas o el abuso de la bebida.
En contraste con esta lista de las obras de la carne, Pablo expone el fruto del
Espíritu:

El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad
, mansedumbre, dominio propio; contra tales cosas no hay ley. (Gálatas 5:22-23)

Aquí, el Apóstol exhibe el modelo de la auténtica rectitud. El fruto es designado como
el fruto del Espíritu. El fruto es algo que es producido en nosotros. No nos pert
enece. En nosotros mismos, solamente somos carne. La carne no produce nada sino
más carne. Las obras de la carne son el fruto de la carne. La carne para nada apro
vecha. Martín Lutero declaró que "nada" no es un "algo pequeño".
De tal palo, tal astilla. El producto viene del productor. La progenie recapitul
a la ontogenia. Sólo el Espíritu Santo puede concebir y producir el fruto del Espíritu
. Podemos ser expertos predicadores sin el Espíritu. Podemos ser genios teológicos e

n la carne. Podemos ser elocuentes oradores sin poseer la gracia. No obstante, la única fuente del fruto del Espíritu es la obra del Espíritu Santo en nosotros.

No es accidental que no elevemos el fruto del Espíritu a los primeros lugares como la prueba más alta de rectitud. La carne permanece tan presente en nosotros que preferimos usar otro criterio. La prueba del fruto es demasiado alta; no podemos superarla. De este modo, dentro de nuestras subculturas cristianas preferimos darle realce a alguna prueba menor de acuerdo a la cual podamos evaluarnos con un éxito mayor. Podemos competir entre nosotros con mayor facilidad si mezclamos algo de carne con el Espíritu.

¡Cuán difícil nos resulta ser medidos de acuerdo a nuestro amor! Y, por favor, no me evalúe según el criterio de la mansedumbre. Soy demasiado impaciente como para merecer que la paciencia sea considerada mi patrón de crecimiento. Es más fácil para mí predicar que ser tolerante. Me resulta más fácil escribir un libro sobre la paz que practicarla.

El fruto del Espíritu incluye una lista de virtudes que en la superficie parecen ser cosas comunes. Juan Calvino habló de las virtudes que los paganos no regenerados son capaces de exhibir hasta cierto punto. Describió la “justicia civil” que practica el hombre natural. Por la gracia común de Dios, las criaturas caídas exhiben una forma externa de justicia.

La justicia externa es aquello que corresponde exteriormente a la ley de Dios pero carece de la motivación que se halla en un corazón dispuesto hacia el amor de Dios. Los incrédulos pueden amar por un afecto natural. Los esposos incrédulos sienten un afecto natural por sus esposas. Las madres incrédulas sienten un afecto natural por sus hijos. La música secular exalta la virtud del amor.

De este modo, también las otras virtudes mencionadas como el fruto del Espíritu pueden manifestarse entre los impíos. Hubo momentos en que Adolf Hitler fue amable. Stalin tenía demostraciones momentáneas de mansedumbre. El faraón de Egipto en la época de Moisés permanecía paciente algunas veces. En nuestros propios días, los mormones se destacan por ser templados.

Es aquí donde está el problema. Si los incrédulos pueden manifestar las virtudes mencionadas en el fruto del Espíritu, ¿cómo podemos saber si la presencia de estas virtudes indica, de alguna manera, la presencia del Espíritu en nuestras vidas? Ningún fruto del Espíritu, exteriormente exhibido, es una prueba de la regeneración.

Tal vez se debe a la facilidad de confusión que se produce entre la “justicia civil” y el fruto del Espíritu el hecho de que los cristianos tiendan a buscar en otro lugar los indicadores de la verdadera piedad. Sin embargo, la Biblia no nos deja ceder ante esa tentación. El Espíritu produce un fruto auténtico. Es su obra la que debemos cultivar en nuestras vidas (Puesto que aun los incrédulos pueden ser amables, bondadosos, pacíficos, etc., los cristianos generalmente se centran en intereses tales como la predicación y la escritura elocuente, etc. Ser bueno manifestar el fruto del Espíritu en forma discreta es menos dramático pero posiblemente más piadoso que ser un excelente predicador, escritor religioso, cantante evangélico, etc.).

Debemos aprender a discernir la diferencia entre la justicia civil y el fruto del Espíritu. La diferencia va más allá del grado. Es una diferencia de clase también. El fruto del Espíritu sale de lo común y es extraordinario. Es la diferencia que hay, por ejemplo, entre un amor que es común y un amor que no lo es, entre un amor ordinario y un amor extraordinario, entre el amor natural y el amor sobrenatural.

AMOR

El fruto del amor que nace del Espíritu Santo es un amor trascendente. Está por encima de la virtud común del afecto natural. Es el agape bíblico, el amor exaltado en 1 Corintios 13. Una cosa es amar a quienes nos parecen encantadores, pero es algo totalmente distinto amar a nuestros enemigos. El amor natural es como el oro mezclado con abundante escoria. Se halla manchado por los intereses egoístas. Está mezclado con el filón de la envidia y una aleación de descortesía. Es un amor inconsecuente. Pablo, en 1 Corintios 13, nos dice que el amor no tiene envidia, no se jacta ni es arrogante. No es

descortés ni egoísta y no se irrita con facilidad. No guarda registros de los agravios sufridos. No se deleita en lo malo. El amor no está definido por una abstinencia simplista en cuanto a la bebida, el baile, el maquillaje, las películas, los juegos de cartas y otras cosas por el estilo. Lo que hizo necesaria la cruz fue la envidia, no los lápices labiales; lo que reclamó una expiación fue la codicia, no el póquer; lo que hizo surgir la necesidad de propiciación fue el orgullo, no el cine.

Algunos describen el amor verdadero como “amor incondicional”. Este concepto puede ser una moneda de oro puro o una roca bañada en oro en la bolsa de trucos de un farsante. Es al mismo tiempo verdadero o notoriamente falso dependiendo de cómo sea entendido. El predicador que sonríe benignamente desde su púlpito asegurándonos que “Dios te acepta tal como eres” dice una mentira monstruosa. El reino de Dios demanda requisitos mucho más rigurosos que el vecindario del Sr. Rogers.14 El evangelio de amor no puede ser endulzado con gracia de sacarina. Dios no acepta al arrogante en su arrogancia. Le da su santa espalda al impenitente. Sin duda, Él demuestra amor hacia sus criaturas caídas, pero ese amor conlleva

14 El autor se refiere a un programa de televisión infantil en cuya canción de apertura el presentador invitaba a todos los niños a ser sus vecinos (N. del T.).

demandas santas. Debemos venir a Él doblando las rodillas y con un corazón contrito. Jonathan Edwards habló así del amor:

Si el amor es la suma del cristianismo, ciertamente aquellas cosas que destronan al amor son extremadamente impropias para los cristianos. Un cristiano envidioso, un cristiano malicioso, un cristiano de corazón frío y duro es la ridiculez y la contradicción más grande. Es como si uno hablara de brillantez oscura o verdad falsa.

Mi profesor, el Dr. John Gerstner, habló una vez de la manifestación del agape en la vida del apóstol Pablo. Usó las letras del nombre de Pablo [en inglés, Paul] como un acróstico para describir el carácter del hombre. La P [Polluted] representaba la palabra contaminado, teniendo en cuenta que Pablo se describía a sí mismo como el pecador principal. La A [Apostolic] representaba su oficio apostólico. Sin embargo, las relevantes aquí son la U y la L. La U [Uncompromising] estaba referida al compromiso intransigente de Pablo con la verdad mientras la L [Love] correspondía a su atributo del amor. Gerstner lo dijo así: “No estamos diciendo que Pablo fuera intransigente y amoroso. O que fuera intransigente pero amoroso. En lugar de eso, decimos que Pablo era intransigente y por lo tanto amoroso”.

El amor espiritual es forjado por Dios. Somos capaces de amarle a Él porque Él nos amó primero y porque es su propio amor el que es derramado ampliamente en nuestros corazones. Este amor trasciende el afecto natural. Fluye de un corazón que ha sido cambiado por Dios el Espíritu Santo.

GOZO

El gozo es mencionado como un fruto del Espíritu. Este gozo no es el gozo que sentimos durante un momento cuando nuestro equipo favorito gana el Súper Tazón. No es esa felicidad que ha sido comparada con “un cachorro cálido”. Como el amor trascendente agape, el gozo del cristiano es un gozo trascendente, un gozo que nace de ser bendito. Un incrédulo experimenta emociones positivas que evocan sonrisas, pero ningún incrédulo ha experimentado jamás el gozo beatífico de la salvación.

El gozo del Espíritu es permanente. El ganador del Súper Tazón de este año podría no ganar los partidos finales de la próxima temporada. Los cachorros cálidos se enfrían al morir. El gozo de la salvación dura por siempre. La victoria que Cristo ha obtenido para nosotros no es temporal. El Salvador nunca ha tenido un mal año.

El gozo del Espíritu es tan duradero como estimulante. Es el gozo que mora en medio del sufrimiento. Tiene profundidad. Penetra el alma. Envía la desesperación al exilio y ahuyenta al pesimismo. Produce confianza sin arrogancia y valor sin baladr

onadas. Jesús de Nazaret fue capaz de llorar. Sin embargo, sus lágrimas no podían disolver el gozo que Él había conocido en la casa de su Padre.

Nos regocijamos en nuestra esperanza. Nuestra esperanza no es la fantasía del soñador sino la seguridad del redimido. Es el gozo de aquellos que tienen oídos para oír la orden del Señor que dice "Confiad, yo he vencido al mundo" (Juan 16:33).

PAZ

La paz del Espíritu es igualmente trascendente. Es la paz o el shalom que todo judío anhelaba. Va más allá de lo que Martín Lutero llamó una paz carnal, esa paz ofrecida por los falsos profetas de Israel. No es la paz cobarde que se gana mediante el apaciguamiento. Es una paz forjada por una victoria permanente.

Cuando las guerras terrenales concluyen y se firman los tratados de paz, siempre se produce una tregua incómoda. Siempre queda una guerra fría en la cual el menor repiqueteo de una espada puede señalar el comienzo de nuevas hostilidades. Hay una enorme diferencia entre ver a Neville Chamberlain apoyado sobre un balcón declarando "Hemos alcanzado la paz en nuestro tiempo" y ver a Jesús apoyado sobre una mesa diciendo "La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como el mundo la da" (Juan 14:27).

El legado de Cristo es la paz. La paz es la herencia que recibimos del Príncipe de Paz. Es una paz que el mundo no puede dar. Esta paz es una paz duradera que nadie puede arrebatarnos.

El Espíritu Santo nos da una paz profunda, una paz que sobrepasa el entendimiento. Sin embargo, la paz que Él da es infinitamente más valiosa que la paz mental. Trasciende la imperturbabilidad de los estoicos y la ataraxia de los epicúreos. Es la paz que fluye de nuestra justificación. Siendo justificados, tenemos paz con Dios.

Hemos oído y recibido el evangelio. Hemos oído el toque de clarín de Dios. "Consolad, consolad a mi pueblo (…) Hablad al corazón de Jerusalén y decidle a voces que su lucha ha terminado, que su iniquidad ha sido quitada" (Isaías 40:1-2).

El peor holocausto de la historia es la guerra entre un Dios santo y sus criaturas rebeldes. Para el cristiano, esa guerra ha terminado de una vez por todas. Podemos continuar pecando e incurrir en el disgusto de Dios. Podemos afligir al Espíritu, pero Él nunca volverá a declararnos la guerra. Eso fue ratificado para nosotros en la cruz.

PACIENCIA

El fruto del Espíritu es paciencia. Esta virtud refleja el carácter de Dios. No da lugar a rabietas explosivas de una personalidad impulsiva. Es lenta para irritarse. Tolera el insulto y la malicia de los otros. No sabe nada de tener un espíritu crítico.

Es aquello de lo cual Job estaba hecho cuando declaró "Aunque Él me mate, en Él esperaré" ob 13:15). Tiene la capacidad de esperar. Esperar es difícil. Esperamos a los aviones y a los autobuses. Esperamos el correo y también visitas. Esperamos que Cristo regrese. Esperamos la promesa de su vindicación.

El cristiano rechaza el espíritu de pragmatismo. Vive en términos de objetivos a largo plazo. Evita el oportunismo. Acumula tesoros en el cielo. Está dispuesto a esperar el tiempo de Dios.

El Espíritu es paciente con las personas. El fruto que Él da nos capacita para ser tolerantes con los demás. No exigimos la santificación instantánea de nuestros hermanos. La paciencia y la resignación no censuran la mota en el ojo de nuestro hermano. Están casadas con el amor que cubre una multitud de pecados.

BENIGNIDAD

Jesús fue fuerte y cariñoso. Cuando enfrentó a los poderosos y a los arrogantes, no les pidió ni les concedió cuartel. Cuando se encontró con los débiles y los quebrantados de corazón, fue cariñoso. Nunca quebró una caña cascada. Sus reprimendas para el pecador

estaban envueltas en bondad. “Yo tampoco te condeno. Vete; desde ahora no peques más”
(Juan 8:11) fue su respuesta ante una mujer humillada. El Juez de toda la tierra
no era cruel. No se regocijaba en la condenación.
La benignidad es una virtud de gracia. Involucra una buena disposición para manten
er un control sobre el poder y la autoridad que uno posee. No aplasta al débil. Es
considerada y bondadosa. Manifiesta un juicio caritativo que templa la justicia
con la misericordia.

BONDAD

La bondad incorpora una integridad personal básica. El fruto del Espíritu promueve u
na personalidad cándida. La bondad es un término relativo. Algo o alguien es bueno c
on relación a algún criterio. El modelo final de bondad es el carácter de Dios mismo.
Es por eso que Jesús le dijo al joven gobernante rico “¿Por qué me llamas bueno? Nadie e
s bueno, sino sólo uno, Dios” (Lucas 18:19).
Sin embargo, la cualidad de la bondad está plantada en las vidas en que el Espíritu
Santo obra. Él obra bondad en nuestro interior. Aunque nuestras mejores obras perm
anecen contaminadas por el pecado, dentro de nosotros es forjado un cambio real.
Además del perdón, en la salvación obtenemos una cura. Somos beneficiados por Él.
Dios no sólo nos declara justos mediante la imputación de la justicia de Cristo sino
que mora en nosotros para hacernos ser lo que Él declara que somos. La santificac
ión sigue a la justificación. Esa santificación es tan real como nuestra justificación.
El fruto es la bondad.

FIDELIDAD

La fe es un don de Dios. Es, además, un fruto. La fe por la cual somos salvos no e
s algo que obremos nosotros mismos. Viene de Dios. Sin embargo, viene a nosotros
y
es ejercida por nosotros. El Espíritu obra la fe en nosotros. Esta es la fides viv
a de Lutero, la fe viviente que produce obras de obediencia.
La fe es confianza. Significa mucho más que creer en Dios. Significa creerle a Dio
s. El fruto del Espíritu implica confiar en Dios con nuestras vidas.
No obstante, el fruto de la fe implica más que confianza. Significa que llegamos a
ser confiables. Una persona de fe no es solamente una persona que confía sino una
persona en quien se puede confiar. Su sí significa sí y su no significa no. Cumple
su palabra. Paga sus facturas. Cumple sus obligaciones. Es fiel. Es leal. La fid
elidad es una marca de su carácter.

MANSEDUMBRE

La mansedumbre es una virtud piadosa. Un hombre manso es un caballero. Ser un au
téntico caballero es seguir el modelo de Cristo. En las revistas de mujeres, las e
ncuestas revelan repetidamente que las virtudes hermanas que las mujeres prefier
en en los hombres son la fuerza y la ternura.
La mansedumbre docilidad no debe confundirse con la debilidad. Moisés fue un hombre
manso. Es decir, tenía la cualidad de la humildad. Él sabía quién era. Era valiente sin
ser arrogante. Es a los mansos a quienes se les promete el mundo. Cristo promete
que ellos heredarán la tierra. Dios da gracia a los humildes. Es una gracia que e
ngendra aun más gracia.

DOMINIO PROPIO

El último fruto del Espíritu que se halla en la lista dominio propio o templanza fluye
de las otras
virtudes. La falta de modestia, el extremismo y la rimbombancia no encajan con l

a templanza. Aquí se manifiesta la moderación que pertenece al dominio propio. El Es
píritu no es rudo ni molestoso. Tampoco es violento ni grosero. Estos son los frut
os del Espíritu Santo. Son las verdaderas marcas de la piedad. Son las virtudes qu
e vemos eminente y vívidamente representadas por las vidas de los cristianos madur
os.
Estas son las virtudes que nuestro Señor quiere que cultivemos; virtudes que al mi
smo tiempo son dones de Dios. Dios promete recompensar estas características en no
sotros, no porque fluyan de nuestra propia justicia intrínseca, sino porque, como
dijo Agustín, "A Dios le place coronar sus propios dones".

CAPÍTULO DIEZ

EL OTRO CONSOLADOR

El hombre puede desterrar

la compasión de su corazón, pero Dios nunca lo hará.

WILLIAM COWPER

EN LA VÍSPERA de su muerte, Jesús se reunió con sus discípulos en el aposento alto. Expresó un profundo anhelo de celebrar la Pascua con sus amigos antes de experimentar el sufrimiento. En un momento así, podríamos esperar que Jesús mirara a sus amigos buscando consuelo y apoyo, pero en vez de eso, Jesús actúa confortándolos a ellos.

En el aposento alto, Jesús pronuncia su más largo discurso registrado acerca de la Persona y la obra del Espíritu Santo. En este discurso, Jesús promete que enviará al Espíritu Santo:

Y yo rogaré al Padre, y Él os dará otro Consolador para que esté con vosotros para siempre; es decir, el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque ni le ve ni le conoce, pero vosotros sí le conocéis porque mora con vosotros y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros. (Juan 14:16-18)

Aquí, Jesús habla de “otro Consolador”. La palabra traducida como “Consolador”, “Ayudador” ejero” es la palabra griega paracleto.

La primera cosa que notamos es que Jesús promete “otro” Paracleto. Esto significa que, claramente, el Paracleto prometido no es el primero en aparecer en la escena, porque si ha de haber “otro” de alguna cosa, al menos debe haber uno con anterioridad.

Insisto en este punto porque en el lenguaje de la iglesia es habitual hablar del Espíritu Santo como el Paracleto. En verdad, el título de Paracleto es usado casi exclusivamente para el Espíritu Santo.

Sin embargo, debemos insistir en que el Espíritu Santo no es el Paracleto. El Paracleto es Jesucristo. El rol de Paracleto jugado por Jesús es vitalmente importante para su ministerio inicial. El Espíritu Santo asume el título de “Otro Paracleto” a la luz de la ausencia de Jesús. El Espíritu es enviado para ser el “sustituto” o “relevo” ini al de Cristo. El Espíritu es el Vicario Supremo de Cristo en la tierra.

JESÚS COMO NUESTRO PARACLETO

Para entender el rol de Jesús como nuestro Paracleto, observemos la narración del nacimiento en el Evangelio de Lucas. En el relato de la presentación de Jesús en Jerusalén leemos lo siguiente:

Y había en Jerusalén un hombre que se llamaba Simeón; y este hombre, justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él. (Lucas 2:25)

En este texto, la frase “consolación de Israel” funciona como un término aplicable al Mesías que vendría. A Simeón se le había prometido que “no vería la muerte sin antes ver al Cristo del Señor” (Lucas 2:26) (Ambas palabras Cristo en griego y Mesías en hebreo significan “ungido”).

En el judaísmo del Antiguo Testamento, el concepto de la “consolación de Israel” expresa la esperanza de la salvación mesiánica. Consolar a su pueblo es una obra de Dios. Dios tiene el poder de transformar la desolación en consolación. Oímos la promesa de Dios en Isaías:

Consolad, consolad a mi pueblo dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén y decidle a voces que su lucha ha terminado, que su iniquidad ha sido quitada, que ha recibido de la mano del Señor el doble por todos sus pecados. (Isaías 40:1-2)

La imagen del consuelo dado por Dios a su pueblo es expresada en la imagen del pastor:

Como pastor apacentará su rebaño, en su brazo recogerá los corderos, y en su seno los llevará; guiará con cuidado a las recién paridas. (Isaías 40:11)

La consolación de Jerusalén está vinculada a la imagen de Dios como una madre que consuela:

Alegraos con Jerusalén y regocijaos por ella, todos los que la amáis; rebosad de júbilo con ella, todos los que por ella hacéis duelo, para que maméis y os saciéis del pecho de sus consolaciones (…) Como uno a quien consuela su madre, así os consolaré yo; en Jerusalén seréis consolados. (Isaías 66:10-13)

El consolador más grande enviado por Dios para la consolación de su pueblo es su Siervo Sufriente. En la descripción que hace Isaías del rol del Siervo de Dios, leemos:

El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque me ha ungido el Señor para traer buenas nuevas a los afligidos; me ha enviado para vendar a los quebrantados de corazón, para proclamar libertad a los cautivos y liberación a los prisioneros; para proclamar el año favorable del Señor, y el día de venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran, para conceder que a los que lloran en Sion se les dé diadema en vez de ceniza, aceite de alegría en vez de luto, manto de alabanza en vez de espíritu abatido. (Isaías 61:1-3)

Estas palabras son repetidas parcialmente por Jesús en el Sermón del Monte: “Bienaventurados los que lloran, pues ellos serán consolados” (Mateo 5:4).
El ministerio del Mesías incluye un ministerio de consolación. Él viene para sanar a los quebrantados de corazón y consolar a los que lloran. El Paracleto es el Mesías, Jesús mismo. Es sólo en su anunciado abandono de este mundo que Él proclama el envío de “otro” Paracleto.

¿QUÉ ES UN PARACLETO?

Aunque hemos esbozado un breve perfil del rol de consolación en el ministerio de Cristo, nos trasladamos ahora del concepto básico de consolación al título mismo de Paracleto.
El término Paracleto tenía un uso rico y variado en el mundo antiguo. La palabra se deriva de un prefijo
(para-) y una raíz (kalein) que, en conjunto, significan “uno que es llamado para estar al lado”.
En el mundo antiguo, un paracleto era alguien llamado para prestar asistencia en un tribunal de justicia. El paracleto era un asesor legal que defendía la causa de una persona en la corte. Este es el sentido central en que se usa en 1 Juan:

Hijitos míos, os escribo estas cosas para que no pequéis. Y si alguno peca, Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. (2:1)

Aquí, la palabra traducida como “Abogado” es Paracleto. En este pasaje, no hay duda de que es Jesús, y no el Espíritu Santo, quien es llamado Paracleto.
En este pasaje, el Paracleto es un abogado ante el tribunal de Dios. La tremenda verdad del Nuevo Testamento es que cuando estemos ante el tribunal de Dios, el juez que presidirá nuestro juicio será Jesús. Al mismo tiempo, nuestro abogado defensor designado por la corte será también Jesús. No es un pensamiento espantoso ir a un juicio cuando uno está seguro en el conocimiento de que el juez es también nuestro abogado defensor.
Encontramos una exposición gráfica del rol de Jesús como Abogado en el relato de la lapidación de Esteban:

Y alborotaron al pueblo, a los ancianos y a los escribas, y cayendo sobre él, lo arrebataron y lo trajeron en presencia del concilio. Y presentaron testigos falsos que dijeron: Este hombre continuamente habla en contra de este lugar santo y de la ley. (Hechos 6:12-13)

Esteban pasó por el remedo de un juicio en que se le imputaron cargos falsos. La a
samblea terrenal se comportó como un tribunal incompetente. Luego de que Esteban
pronunciara un resonante discurso en su defensa, sus jueces reaccionaron con una
desenfrenada furia:

Al oír esto, se sintieron profundamente ofendidos, y crujían los dientes contra él. (H
echos 7:54)

En su ira y hostilidad, el apresurado tribunal se encolerizó fallando en contra de
Esteban. En ese preciso momento, por la gracia de Dios, a Esteban se le dio una
extraordinaria visión del tribunal celestial:

Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, fijos los ojos en el cielo, vio la gloria
de Dios y a Jesús de pie a la diestra de Dios; y dijo: He aquí, veo los cielos abier
tos, y al Hijo del Hombre de pie a la diestra de Dios. (Hechos 7:55–56)

Esteban dijo "¡Miren!" Ciertamente, si él no hubiera estado fuera de sí en éxtasis por cau
de la gloriosa visión que estaba disfrutando, se habría dado cuenta de que no había n
ada más inútil que decirles a sus acusadores que miraran. No era posible para ellos
ver lo que Dios estaba permitiendo que los ojos de Esteban atestiguaran.
Más allá de su entusiasta llamado a mirar, está la importancia crucial de lo que Esteb
an realmente vio. Vio a Jesús de pie a la diestra de Dios.
La iglesia tiene una importante doctrina que se llama la Sesión (del latín sessio) d
e Cristo. La sesión de Cristo se refiere a su posición exaltada en la cual se encuen
tra sentado a la diestra de Dios. Esta sesión involucra la investidura de Cristo c
on una autoridad cósmica. Él ocupa el asiento de autoridad preeminente. Desde este a
siento a la diestra de Dios, Jesús ejerce dominio real y poder judicial. Es tanto
rey como juez.
Sin embargo, en la visión de Esteban, Jesús no está sentado. Está de pie. En una sala de
justicia, el juez está
sentado sobre el estrado. La única vez en que el juez está de pie es cuando entra y
sale de la sala. Durante el juicio mismo, el juez permanece sentado. Cuando la c
ausa está siendo vista, el fiscal se pone de pie para interrogar a los testigos, d
irigirse al jurado o aproximarse al estrado. Del mismo modo, el abogado defensor
se pone de pie cuando es su turno de juzgar la causa.
La ironía suprema de la visión de Esteban es que, en el momento mismo en que su trib
unal terrenal le está condenando a muerte como un hereje teológico, el Príncipe de la
Teología se levanta en el tribunal del cielo para defender la causa de Esteban ant
e el Padre. Cuando Jesús se pone de pie, se levanta como el Abogado de Esteban. Él e
s el Paracleto de Esteban en el cielo.
Lo que Jesús hizo por Esteban no fue un evento aislado. Él hace lo mismo por todos l
os que son de su pueblo. Él es nuestro Abogado, aun ahora.
El rol de Jesús como nuestro Abogado ante el Padre es tan importante que no nos at
revemos a dejarlo en oscuridad al entender el ministerio del Espíritu Santo como P
aracleto.
El Espíritu Santo es nuestro "otro" Paracleto, nuestro Abogado sagrado. En su rol como
Paracleto, Él lleva a cabo más de una tarea.
En primer lugar, el Espíritu Santo nos asiste al dirigirnos al Padre:

Y de la misma manera, también el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; porque no
sabemos orar como debiéramos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemi
dos indecibles; y aquel que escudriña los corazones sabe cuál es el sentir del Espírit
u, porque Él intercede por los santos conforme a la voluntad de Dios. (Romanos 8:2
6–27)

Uno de los ingredientes más vitales de la oración implica que nuestras oraciones deb
erían conformarse a la voluntad de Dios. La oración misma es una forma de adoración. D
ios exige que nuestra adoración sea en espíritu y en verdad. Tal como gozamos de dos
Abogados delante del Padre, tenemos dos intercesores ante Él. El Espíritu Santo nos

asiste para orar apropiadamente al Padre.
En la jerga popular secular, un abogado es a veces llamado “boquilla”. Recordamos el
temor que le sobrevino a Moisés cuando Dios le llamó a guiar el Éxodo desde Egipto. M
oisés se hallaba afligido por sus sentimientos de insuficiencia como orador. Excla
mó delante de Dios:

Por favor, Señor, nunca he sido hombre elocuente, ni ayer ni en tiempos pasados, n
i aun después de que has hablado a tu siervo; porque soy tardo en el habla y torpe
de lengua. Y el Señor le dijo: ¿Quién ha hecho la boca del hombre? ¿O quién hace al hombr
e mudo o sordo, con vista o ciego? ¿No soy yo, el Señor? Ahora pues, ve, y yo estaré c
on tu boca, y te enseñaré lo que has de hablar. (Éxodo 4:10-12)

Al continuar Moisés protestando, Dios prometió darle a Aarón como portavoz:

Y tú le hablarás, y pondrás las palabras en su boca; y yo estaré con tu boca y con su bo
ca y os enseñaré lo que habéis de hacer. Además, él hablará por ti al pueblo. (Éxodo 4:15-

Vemos aquí al Hacedor de la boca del hombre condescendiendo para ayudar a sus cece
antes hijos. El Espíritu Santo es nuestro Paracleto no sólo delante del Padre sino i
gualmente ante los seres humanos. Lo que
Dios le promete a Moisés en el Antiguo Testamento es prometido, en su esencia, a t
odos los hijos de Dios en el Nuevo Testamento.
Jesús prometió a sus discípulos que en sus momentos de crisis el Espíritu Santo estaría al
lí para asistirles al hablar delante de los hombres:

Y cuando os lleven y os entreguen, no os preocupéis de antemano por lo que vais a
decir, sino que lo que os sea dado en aquella hora, eso hablad; porque no sois v
osotros los que habláis, sino el Espíritu Santo. (Marcos 13:11)

Vemos entonces que el Espíritu Santo sirve como nuestro Abogado o Paracleto ante e
l Padre al igual que ante los tribunales de este mundo.
Al mismo tiempo en que el Espíritu obra para defendernos, obra para declarar culpa
ble de pecado al mundo. Es nuestro abogado defensor mientras al mismo tiempo eje
rce el rol de fiscal contra el mundo:

Y cuando Él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio; de pecado
, porque no creen en mí; de justicia, porque yo voy al Padre y no me veréis más; y de
juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido juzgado. (Juan 16:8-11)

Vemos entonces que, en su rol de Paracleto, la tarea primaria del Espíritu Santo e
s de carácter forense o legal. Esta dimensión de su actividad es coherente con su na
turaleza y carácter. Él es el Espíritu de verdad y el Espíritu de santidad. El Espíritu da
testimonio de la verdad de Cristo. No creer en Jesús es pecado. El mundo es decla
rado culpable del pecado de la incredulidad. Cuando el Espíritu enjuicia al mundo,
está al mismo tiempo obrando para exculparnos a través de Cristo. El
Espíritu Santo siempre permanece del lado de la verdad y la justicia.

EL PARACLETO Y EL CONSUELO

Cuando vemos que el rol primario del Paracleto es el de un abogado defensor, nos
preguntamos cómo se vincula esto al concepto del consuelo.
Como ya hemos visto, hay un vínculo lingüístico entre la expresión consolación de Israel y
el título Paracleto. Tanto la palabra consolación como el título Paracleto se derivan
de las mismas formas verbales (Consolación es paraklesis en griego).
Aunque es importante distinguir entre la obra de consolación llevada a cabo por el
Espíritu y su obra de asistencia intercesora entre Dios y el hombre, no podemos s
epararlas. Parte de la consolación que disfrutamos es el conocimiento cierto de qu
e el Espíritu Santo es llamado a estar a nuestro lado durante nuestros momentos de

prueba.

Hay, sin embargo, otra distinción crítica que debe tenerse en cuenta. Cuando hablamos de consuelo, habitualmente lo concebimos como algo que se administra después de que somos heridos. Una madre consuela a un niño que llora. Se nos consuela mediante el Espíritu cuando estamos de luto.

Ciertamente, el Espíritu Santo efectúa estos tiernos actos de ministerio para el pueblo de Dios. El Espíritu es el Autor de la paz que sobrepasa el entendimiento. Sin embargo, en su rol de Paracleto, el Espíritu hace algo con el fin de asistirnos antes de que seamos heridos. Obra proveyéndonos fuerza para la batalla al igual que consolándonos tras ella.

En las versiones más antiguas de la Biblia inglesa, el título Paracleto era normalmente traducido como Consolador. En la mayor parte de las traducciones actuales, se ha sustituido por una palabra diferente como Ayudante o Consejero.

Esto no refleja un error en las traducciones anteriores. En vez de eso, dirige la atención a la mutabilidad del lenguaje humano. Nuestras formas comunes de hablar tienden a experimentar transiciones a medida que el uso popular cambia.

Por ejemplo, en inglés la palabra cute solía significar "patizambo" [mientras que actualmente se usa para decir "lindo"]. Consideremos, también, el verbo scan [que actualmente ha llegado a significar "echar un vistazo"]. ¿Qué haría usted si su maestro, instándolen idioma inglés] a estudiar su libro de texto, usara el verbo scan? La mayor parte de la gente interpretaría esa instrucción como "hojear el libro". Este es el caso de una palabra que ha adoptado un significado casi exactamente opuesto al original. Inicialmente, scan significaba "leer con precisión estricta, prestando una atención minuciosa". Cuando subimos a un avión, esperamos que los encargados de leer [scan] las pantallas de los radares que siguen nuestros vuelos lo hagan prestando una atención más que casual. Tal vez el cambio en la palabra scan se deba a que su sonido es similar al de la palabra skim [hojear]. En el uso de hoy, la primera significa lo mismo que la segunda, mientras que originalmente se trataba de términos opuestos.

Algo similar ha experimentado la comprensión de la palabra confortar [consolar]. Cuando pensamos en confortar, lo hacemos casi totalmente en términos de ministrar un apoyo afectuoso ante la pena y el dolor. La palabra viene del latín. Tiene un prefijo (con-, que significa, precisamente, "con") y una raíz (fortis, que significa "fuerte"). Así, originalmente la palabra significaba "con fuerza". De esta manera, alguien que confortaba era uno que venía a dar fuerza para la batalla en vez de consuelo tras ella.

Por supuesto, el Espíritu Santo hace ambas cosas. Él es la más tierna fuente de consuelo que el herido, el derrotado y el acongojado puedan conocer. Sin embargo, el énfasis que se aprecia en el Paracleto prometido es que vendrá con el fin de darnos fuerza y prestarnos asistencia para la batalla.

A veces oímos la expresión "ese no es mi fuerte". Cuando una persona dice eso, está declarando que es débil en una cierta área. La palabra fuerte es usada popularmente como sinónimo de fortaleza.

En términos bíblicos, nuestra fortaleza es el Espíritu Santo. Él es Aquel del cual se deriva nuestra fuerza. Es por causa de que el Espíritu Santo prometido ha venido, mora en nosotros y permanece con nosotros que las Escrituras pueden declarar:

En todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. (Romanos 8:37)

Una de las ironías de la historia se halla en la crítica que dirige hacia el cristianismo el filósofo alemán Frederick Nietzsche. Nietzsche se quejó de que el cristianismo era una religión de debilidad, una religión que hacía que los hombres rechazaran su impulso más fundamental, la "voluntad de poder".

Al declarar la muerte de Dios, Nietzsche dijo que Dios murió de compasión. El legado del cristianismo para el mundo había sido la compasión, la ternura y la timidez o debilidad de carácter. Nietzsche solicitó una nueva humanidad que sería introducida por el superhombre. La característica principal del superhombre sería el coraje. Por sobre todas las cosas, el superhombre sería un vencedor.

Aquí está la ironía de Romanos 8. Cuando Pablo dice que somos "más que vencedores", nos to

tres palabras traducir una sola palabra griega. La palabra griega es hupernikon
. El prefijo huper- aparece en nuestro
idioma como la palabra hiper. Literalmente, Pablo escribe que los cristianos no
sólo son vencedores, sino que son "hiper-vencedores" (La traducción latina de hupernikon
es supervincemus. De este modo, el latín, en verdad, dice "Somos super-vencedores").
Si Nietzsche está buscando superhombres, debe buscar a aquellos que han sido forta
lecidos por el poder y la presencia de Dios el Espíritu Santo, el Espíritu que es ll
amado para ponerse a nuestro lado trayendo fuerza.
Verdaderamente, en y de nosotros mismos, como cristianos somos una masa de debil
idad. Sin embargo, oímos una vez más la promesa hecha por Cristo a su iglesia:

Recibiréis poder cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros; y me seréis testigos e
n Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra. (Hechos 1
:8)

BIOGRAFÍA

El Dr. R. C. Sproul, teólogo, pastor y maestro, es presidente de la junta de Minis
terios Ligonier. Graduado de Westminster College, Pittsburgh Theological Seminar
y y Free University of Amsterdam, el Dr. Sproul es actualmente profesor de teolo
gía sistemática en Reformed Theological Seminary y director emérito de Prison Fellowsh
ip, Inc. Sus muchos libros incluyen Complaciendo a Dios; La Santidad de Dios; Es
cogidos por Dios; El Misterio del Espíritu Santo; El Alma en Busca de Dios; Verdad
es Esenciales de la Fe Cristiana; La Gloria de Cristo; y Si Hay un Dios, ¿Por Qué Ha
y Ateos?